

Discurso, compromiso e historia

Una aproximación sociológica al trabajo intelectual y político



Fotografía:
Entremedio
María Etlice Martín Chalabe

**María Francisca Fernández Cáceres • Juan Gustavo Núñez Olguín • Adriana Razquin Mangado
Jesús González Fisac • María Nohemí González Martínez**

E d i t o r e s :

Carlos Federico Miranda Medina • Juan Gustavo Núñez Olguín

María Nohemí González Martínez

María Francisca Fernández Cáceres

Master en Patrimonio Histórico por la Universidad de Cádiz, doctoranda, investigadora del grupo de investigación "Sobre el problema de la alteridad en el mundo actual" (HUM-536) de la Universidad de Cádiz, España, e integrante de la RED-HILA. Es también investigadora en el Proyecto I+D "Vigilancia de fronteras, colaboración crítica y reconversión: un estudio comparado de las relaciones de la filosofía con las ciencias sociales en España y Francia (1940-1990)", financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España. Sus investigaciones se han centrado en la sociología de los intelectuales y en el filósofo español Manuel Sacristán Luzón.

Juan Gustavo Núñez Olguín

Master en Patrimonio Histórico por la Universidad de Cádiz, doctorando, investigador en el grupo de investigación "Sobre el problema de la alteridad en el mundo actual" (HUM-536) de la Universidad de Cádiz, España e integrante de la RED-HILA. Sus intereses de investigación se centran en la historia política y en la recepción de la vía chilena al socialismo en la izquierda europea. Es también investigador en el Proyecto I+D "Vigilancia de fronteras, colaboración crítica y reconversión: un estudio comparado de las relaciones de la filosofía con las ciencias sociales en España y Francia (1940-1990)", financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España.

Adriana Razquin Mangado

Doctora en Artes y Humanidades por la Universidad de Cádiz, investigadora en el grupo de investigación "Sobre el problema de la alteridad en el mundo actual" (HUM-536) de la Universidad de Cádiz, España, e integrante de la RED-HILA. Entre sus principales líneas



**RED
HILA** RED IBEROAMERICANA
EN CIENCIAS SOCIALES
CON ENFOQUE DE GÉNERO

EDICIONES
**UNIVERSIDAD
SIMÓN BOLÍVAR**



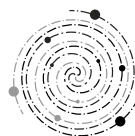
Discurso, compromiso e historia

Una aproximación sociológica
al trabajo intelectual y político

María Francisca Fernández Cáceres
Juan Gustavo Núñez Olguín
Adriana Razquin Mangado
Jesús González Fisac
María Nohemí González Martínez

E d i t o r e s :

Carlos Federico Miranda Medina • Juan Gustavo Núñez Olguín
María Nohemí González Martínez



RED
HILA | RED IBEROAMERICANA
EN CIENCIAS SOCIALES
CON ENFOQUE DE GÉNERO

EDICIONES
UNIVERSIDAD
SIMÓN BOLÍVAR



RECONOCIDO POR
COLCIENCIAS
2014 - 2017

Discurso, compromiso e historia. Una aproximación sociológica al trabajo intelectual y político / María Francisca Fernández Cáceres ... [et al.]. -- Barranquilla: Red Iberoamericana en Ciencias Sociales con Enfoque de Género: Universidad Simón Bolívar, 2014.

166 p.; 17 x 24 cm.

ISBN: 978-958-8715-64-3

I. Ideología (Ciencia política). 2. Violencia política. 3. Ciencias políticas. 4. Sociología política. 5. Sistemas políticos. I. Fernández Cáceres, María Francisca. II. Núñez Olguín, Juan Gustavo. III. Razquin Mangado, Adriana. IV. González Fisac, Jesús. V. González Martínez, María Nohemí.
320.5 D61 I 2014 cd 21 ed.

Universidad Simón Bolívar-Sistema de Bibliotecas

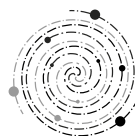
Discurso, compromiso e historia

Una aproximación sociológica
al trabajo intelectual y político

María Francisca Fernández Cáceres
Juan Gustavo Núñez Olguín
Adriana Razquin Mangado
Jesús González Fisac
María Nohemí González Martínez

E d i t o r e s :

Carlos Federico Miranda Medina • Juan Gustavo Núñez Olguín
María Nohemí González Martínez



RED
HILA | RED IBEROAMERICANA
EN CIENCIAS SOCIALES
CON ENFOQUE DE GÉNERO

EDICIONES
UNIVERSIDAD
SIMÓN BOLÍVAR



RECONOCIDO POR
COLCIENCIAS
2014 - 2017



PRESIDENTA SALA GENERAL
ANA BOLÍVAR DE CONSUEGRA

RECTOR FUNDADOR
JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS (Q.E.P.D.)

RECTOR EJECUTIVO
JOSÉ CONSUEGRA BOLÍVAR

DIRECTORA INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
MARÍA DE LOS ÁNGELES PÉREZ HERNÁNDEZ

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
FRANCISCO JAVIER VÁSQUEZ DE LA HOZ

DISCURSO, COMPROMISO E HISTORIA. UNA APROXIMACIÓN SOCIOLÓGICA AL TRABAJO INTELECTUAL Y POLÍTICO

María Francisca Fernández Cáceres©, Juan Gustavo Núñez Olguín©

Adriana Razquin Mangado©, Jesús González Fisac©

María Nohemí González Martínez©

Editores

Carlos Federico Miranda Medina

Juan Gustavo Núñez Olguín

María Nohemí González Martínez

ISBN: 978-958-8715-64-3

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en ninguna forma por medios electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin la previa autorización por escrito de Ediciones Universidad Simón Bolívar y de los autores. Los conceptos expresados de este documento son responsabilidad exclusiva de los autores y no necesariamente corresponden con los de la Universidad Simón Bolívar y da cumplimiento al Depósito Legal según lo establecido en la Ley 44 de 1993, los Decretos 460 del 16 de marzo de 1995, el 2150 de 1995, el 358 de 2000 y la Ley 1379 de 2010.

Ediciones

Universidad Simón Bolívar©

Carrera 54 No. 59-102

<http://publicaciones.unisimonbolivar.edu.co/edicionesUSB/>

dptopublicaciones@unisimonbolivar.edu.co

Barranquilla - Cúcuta

Fotografía portada

Entremedios

María Emilce Martín Chalabe

Impresión:

Editorial Mejoras

Calle 58 No. 70-30

info@editorialmejoras.co

editorial_mejoras@yahoo.com

www.editorialmejoras.co

A este libro se le aplicó

Patente de Invención No. 29069

Julio de 2014

Barranquilla

Printed and made in Colombia

ÍNDICE

PRÓLOGO

La intelectualidad que no cesa	9
---	---

Francisco Vázquez García

INTRODUCCIÓN	15
---------------------------	----

CAPÍTULO I

Condiciones de una decisión político-intelectual:

Manuel Sacristán hacia 1956

María Francisca Fernández Cáceres

Resumen	19
Abstract	20
Introducción	20
El PCE hacia 1956.	21
Aislamiento y dependencia.....	22
Un nuevo contexto: la doble coyuntura política, el Informe Krushev y la llegada de Carrillo	25
¿Qué significaba ser comunista en 1956?.....	30
«El advenimiento del marxismo occidental».....	37
Existencialismo y marxismo.....	41
Conclusión.....	49
Bibliografía	50

CAPÍTULO II

El intelectual ante el acontecimiento histórico. El caso de Enrique Tierno Galván y su valoración de la vía chilena al socialismo

Juan Gustavo Núñez Olguín

Resumen	55
Abstract	56
Introducción	56
Campo intelectual, campo político y condiciones para la opinión crítica	57
Enrique Tierno Galván, intelectual y político.....	61
Impresiones tras la visita al Chile de la UP	67
Golpe de Estado en Chile, reflexiones tras el desastre	73
Apreciaciones finales	78
Bibliografía.....	80

CAPÍTULO III

Apuntes para una recepción de *La dominación masculina* de Pierre Bourdieu entre el feminismo del Estado español

Adriana Razquin Mangado

Resumen	83
Abstract	84
Autonomía creativa como obstáculo para la recepción.....	85
La escritura: autoras, conceptos y debates	90
Esbozo del espacio feminista. Los signos que cotizan en alza: Publicaciones académicas y el polo militante en cuatro momentos [2000, 2008, 2009 y 2010]	98
Desterrando la larga noche de la deshistorización.	
La división sexual como producto de un trabajo social	108
La aprehensión y la reproducción de la dominación:	
El <i>habitus</i> como alternativa al voluntarismo y a la superestructura	111
Sostenimiento de la violencia simbólica.....	116
Bibliografía	118

CAPÍTULO IV

Política y feminismo en Judith Butler

Jesús González Fisac

Resumen	123
<i>Abstract</i>	123
La violencia parroquial de la universalidad	124
La violencia del proyecto y de la teoría. Ficción y estrategias provisionales	127
Bibliografía	131

CAPÍTULO V

La identidad como ficción y la subversión como estrategia de agencia. La teoría de Judith Butler. Herramientas conceptuales para renovar la perspectiva de la identidad de género en la investigación educativa latinoamericana

María Nohemí González Martínez

Resumen	133
<i>Abstract</i>	134
El estudio de la categoría de identidad a través de la revisión de la matriz heterosexual como un nuevo elemento y categoría de análisis educativo en el contexto educativo latinoamericano	149
Referentes conceptuales para una práctica pedagógica crítica a partir de la idea de performatividad	159
Bibliografía	162

Prólogo

LA INTELLECTUALIDAD QUE NO CESA

Francisco Vázquez García

La sociología y la historia de los intelectuales conocen desde las últimas décadas un creciente interés en los ámbitos académicos de España y Latinoamérica.¹ Aunque se discute mucho sobre la pervivencia de este personaje en el mundo global, donde la concentración de la industria cultural, por no hablar de la profusión de *Think Tanks* articulados por grandes partidos y organizaciones económicas internacionales, deja poco margen al pensamiento independiente, no se duda en reconocer su importancia en los movimientos sociales más proactivos. Los nombres de Eduardo Galeano, Enrique Dussel, Marta Harnaecker, Vicenç Navarro, o los de José Saramago y José Luis Sampedro, recientemente fallecidos, vienen a recordarnos que la instancia del intelectual crítico, aunque sea de un modo intermitente, no ha desaparecido de nuestro horizonte.

Los intelectuales, definidos como grupo social de productores simbólicos, involucrados en el campo político, esto es, que toman posición en el debate público acerca de cuestiones de interés colectivo, componen un sujeto histórico característico del paisaje cultural latino, siendo más excepcional su presencia en el mundo anglogermánico. Esto se cumple en los estudios reunidos en esta compilación, con la notoria excepción de Judith Butler, que además es la única mujer e intelectual viva abordada.

1. Un ejemplo, en este último caso, lo constituye la obra coordinada por Altamirano, Carlos (dir.): *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 vols. Buenos Aires: Katz Editores, 2010.

Esta boyante historia social de los intelectuales practicada en España y América Latina, se encuentra además muy alejada del idealismo lingüístico, es decir, de la focalización exclusiva en el comentario de los grandes textos, y prefiere proyectar el examen de las obras en sus contextos sociopolíticos. Aunque Gramsci sigue suministrando herramientas decisivas en esta disciplina, los investigadores y estudiosos de España y Latinoamérica siguen manteniendo una fuerte dependencia respecto a metodologías y enfoques de procedencia francesa (Bourdieu, Charle, Sirinelli, Ory, Winock). Este nexo se advierte en los trabajos que componen este volumen, donde se deja sentir la incidencia de Bourdieu y de su escuela, aunque destaca también el intento de hacer valer una aproximación propia, que bebe además de otras fuentes, ya sea Ortega o Randall Collins.

El conjunto ofrecido al lector permite, en mayor o menor medida, atender a las distintas dimensiones del campo intelectual.² En primer lugar, el análisis de las trayectorias, subrayado en los trabajos de María Francisca Fernández Cáceres y de Juan Gustavo Núñez Olguín. Este es el mejor modo de situar el trabajo intelectual en su contexto sociopolítico. En segundo lugar, los espacios de sociabilidad, todo ese universo de editoriales, congresos, revistas, tertulias, asociaciones y partidos, que hacen el día a día de la vida intelectual. En este marco tiene lugar uno de los procesos privilegiados en este libro: el análisis de las recepciones y de las importaciones. Así sucede con los trabajos de Adriana Razquin sobre la acogida de *La dominación masculina* (1998), de Pierre Bourdieu, por el feminismo español, el de Jesús González Fisac sobre el impacto de Butler en el feminismo, o el de María Nohemí González sobre la instrumentación de Butler en las ciencias de la educación latinoamericanas. Por último, en todos los capítulos que componen la obra se aborda el estudio de las generaciones, y dentro de ellas, el papel desempeñado por los debates, cuyo análisis permite una verdadera vivisección del campo intelectual.³ Aunque el modelo de las “generaciones” no parece estar

2. En la delimitación de estas dimensiones seguimos a Morente Valero, Francisco: “Más allá del páramo. La historia de los intelectuales durante el franquismo”, en Frías, C., Ledesma, J. L. y Rodrigo, J. (eds.). *Reevaluaciones. Historias locales y miradas globales. Actas del VII Congreso de Historia Local de Aragón*. Zaragoza: Institución Fernando El Católico, 2011, pp. 41-76.

3. Esta importancia de los debates ha sido recientemente enfatizada por Moreno Pestaña, José Luis. *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013.

hoy en su mejor momento, las autoras y autores de este libro han sabido revitalizarlo, tonificando el viejo concepto orteguiano con las aportaciones sociológicas más convenientes (Mannheim, Mauger), incorporando en particular la distinción capital entre unidad, complejo y localización generacionales.

A pesar de estos denominadores comunes, que denotan un mismo aire de familia en las colaboraciones aportadas (no en vano son resultado del trabajo en un mismo grupo de investigación, el HUM-536), el cuerpo del libro dista de ser homogéneo. Existe un marcado contraste entre acercamientos más analíticos, como los dedicados a sondear las recepciones de Bourdieu o Butler por el feminismo, o a indagar los itinerarios de Sacristán y Tierno Galván, y el texto de María Nohemí González, de naturaleza mucho más instrumental, pues propone utilizar la “caja de herramientas” butleriana para fortalecer el tratamiento de las relaciones de género en las investigaciones latinoamericanas sobre educación.

En una primera lectura, salta a la vista que los autores y autoras de los distintos capítulos ejercen como verdaderos especialistas en los temas que han elegido. Pero la erudición y el rigor no son por ello las principales virtudes que exhibe el volumen. Por una parte destaca la capacidad para explorar intersecciones entre territorios distintos; entre feminismo y teoría *queer*; sociología y estudios de género; entre los campos intelectuales francés y español o entre el universo político chileno y el de la filosofía española;⁴ entre el comunismo occidental y el que imperaba en la península, entre género y educación. Por otro lado, cada contribución muestra un agudo sentido del problema, no se trata de descripciones planas acerca del “autor y su obra”. Estos son pretextos para afrontar conflictos de mucho calado que conectan entre sí actitudes intelectuales y tomas de posición en el terreno político, discursos y acciones.

En esta estela, Adriana Razquin se pregunta por qué ha sido tan limitada la recep-

4. Sobre la escasez y necesidad de estudios comparados entre campos intelectuales de países diferentes, véase Cristophe Charle. *Les intellectuels en Europe au XIXe siècle. Essai d'histoire comparée*. Paris: Seuil, 2001, p. 11.

ción de *La dominación masculina* en el marco del feminismo español, tanto en el polo militante como en el académico. Jesús González Fisac interroga acerca de la difícil relación entre las propuestas de Judith Butler y el feminismo, dado que la primera pone en tela de juicio precisamente el juego de las categorías identitarias, que parece inherente a la tradición feminista.

En esta misma senda de dar sentido a las incomprensiones y cartografiar el panorama de la circulación internacional de las ideas, María Nohemí González –forjadora de la red de investigación HILA y alma de este ensayo colectivo–, recurre a los conceptos de Butler para complicar y fecundar la perspectiva de género en el ámbito educativo. Este dominio, en el caso latinoamericano, se ha mostrado hasta la fecha muy reticente con los planteamientos butlerianos, prefiriendo bien el recurso a la propia herencia vernácula (Paulo Freire), bien la incursión en la tradición europea que representan Michel Foucault o Pierre Bourdieu.

Juan Gustavo Núñez Olguín, por su parte, opta por hacer chirriar escenas políticas e intelectuales dispares. Explora en qué medida la experiencia chilena del socialismo de Allende, en su éxito inicial y en su trágica interrupción, modificó la trayectoria intelectual de un gran marxista español, Enrique Tierno Galván, a la vez pensador y hombre político. Le acompaña, en el trabajo que cierra la recopilación, María Francisca Fernández Cáceres, quien pretende dar cuenta de otro enigma asociado al análisis de una trayectoria: ¿Cómo explicar el viraje político hacia el compromiso comunista en un filósofo formado en el falangismo y autor de una tesis doctoral, redactada hacia 1957, sobre Martin Heidegger? Se trata de un experimento con vistas a relacionar una singladura intelectual con un contexto político y filosófico cambiante, tanto en España como en la escena internacional.

En este afán por atender a lo afilado del problema, por mantenerse en la tensión más allá de la plácida explicación histórica retrospectiva, donde todas las piezas parecerían encajar armónicamente en la trama narrativa, las contribuciones de este libro revelan el fuelle filosófico de quienes lo han compuesto. En todas se trata de pensar, esto es, no de obviar las dificultades sino de insistir en ellas. Su trabajo no aporta solo un resultado tangible, producto de una colaboración entre las dos orillas del Atlántico; es también la promesa de un fructífero porvenir.

BIBLIOGRAFÍA

Altamirano, C. (dir.) (2010). *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 vols. Buenos Aires: Katz Editores.

Charle, C. (2001). *Les intellectuels en Europe au XIXe siècle. Essai d'histoire comparée*. Paris: Seuil.

Moreno Pestaña, J. L. (2013). *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Morente Valero, F. (2011). “Más allá del páramo. La historia de los intelectuales durante el franquismo”, en Frías, C., Ledesma, J. L. y Rodrigo, J. (eds.). *Reevaluaciones. Historias locales y miradas globales. Actas del VII Congreso de Historia Local de Aragón*. Zaragoza: Institución Fernando El Católico.

INTRODUCCIÓN

Discurso, compromiso e historia. Una aproximación sociológica al trabajo intelectual y político es el resultado de las múltiples reflexiones investigativas de los integrantes de la RED-HILA, pertenecientes al grupo de investigación HUM-536. El problema de la alteridad en el mundo actual, de la Universidad de Cádiz, España, desde la línea de *Sociología de las ideas* aborda el estudio y la evolución del pensamiento a partir de una perspectiva materialista y relacional con una visión no restringida exclusivamente a los productos culturales legítimos o consagrados. Se presenta el estudio de las ideas con atención a los marcos históricos concretos en que nacieron y se desarrollaron, y se apunta a la colaboración de las diversas disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades.

Este trabajo implica una doble perspectiva: La historia interna de los productos intelectuales –la historia de la filosofía y de las disciplinas particulares– que funcionan como ámbitos relativamente autónomos. Con sus lógicas propias y sus pozos conceptuales y categoriales, las fuentes literarias, artísticas y filosóficas ofrecen el material textual y empírico. Sin buscar disolver esta riqueza, se propone pensar la producción intelectual, entendiendo su originalidad como un cruce entre la historia disciplinar –siempre histórica pero con un tiempo histórico diferente– y el mundo concreto para el cual y sobre el cual se creó, pensó o escribió. Se considera que este trabajo de *historización* ayuda a comprender mejor el contenido textual de los productos, al volver visibles los contextos y problemáticas, tanto intelectuales como políticas y sociales, que fertilizaron o inhibieron las reflexiones de los intelectuales.

El presente texto surge como un compromiso de reflexividad sobre el propio

trabajo intelectual y sus condiciones de posibilidad, así como también por la colaboración crítica con las distintas ciencias del hombre y la sociedad.

Es por ello que desde diferentes ópticas y temas se abordan las influencias sociales sobre la elección intelectual de Manuel Sacristán, Enrique Tierno Galván, Pierre Bourdieu y Judith Butler a partir de la reflexión de los factores sociales que los llevan a precisarse en una idea, o conjunto de ideas, en vez de otras, durante los puntos de inflexión en su trayectoria académica.

Las diferentes perspectivas de este libro resaltan la inagotable tarea de descubrir las lógicas sociales relativamente autónomas y dinámicas, los mecanismos que subyacen y los procesos, que dan forma y estructuran la vida en los distintos entornos sociales intelectuales que habitan en departamentos académicos, campos disciplinarios, redes académicas. Son estos mecanismos y procesos que en la interacción con los hechos constituyen el material para la reflexión y explican las hipótesis, teorías, metodologías, interpretaciones de los datos, ideas concretas que les permiten a los pensadores la posibilidad de escindir.

El objetivo del texto es proporcionar una interpretación sociológica de la evolución de los pensadores y disciplinas dentro de las humanidades desde un marco más comprensivo, partiendo de la idea que existen los incentivos y las ventajas que llevan a los intelectuales estratégicamente en una dirección u otra dentro de una disciplina o campo, por lo que este trabajo se aleja de los esfuerzos anteriores en la sociología del conocimiento reduccionista que enmarca la ubicación del pensador dentro de un conjunto de estructuras sociales.

Es desde esta perspectiva que el texto apuesta a visibilizar y traer la agencia de vuelta y en torno a los diferentes capítulos, se introduce la idea de la función de “auto-concepto” de la persona, que resulta ser la base para las decisiones que el intelectual toma dentro del contexto de las realidades y sus estrategias de ajuste del campo.

A partir de estos referentes los cinco capítulos del libro abordan el análisis de las decisiones que un intelectual desarrolla en cada etapa de la vida y cómo impacta su trabajo en referentes teóricos y contextuales en la teoría social.

El primer capítulo aborda la relación entre el compromiso político y el compromiso intelectual desde el caso del filósofo español Manuel Sacristán Luzón. Se analiza el momento de entrada de Sacristán al PSUC-PCE (Partido Socialista Unificado de Cataluña - Partido Comunista de España), contextualizando los aspectos políticos e intelectuales de ese año 1956, momento clave tanto para el comunismo occidental como para el español. Desde una perspectiva objetiva y contextual se intentan dibujar las opciones del campo político, y también en el campo intelectual del marxismo, a la altura de 1956.

En el segundo capítulo se explora la reflexión política del intelectual de izquierda Enrique Tierno Galván y su valoración de la vía chilena al socialismo en el momento puntual del tardofranquismo. Para esto, el texto se centra en las opiniones que publicó durante 1973 en dos momentos, después de su visita a Chile a principios de ese año y posterior al golpe de Estado del 11 de septiembre. El capítulo centra la atención en su trayectoria política e intelectual, en lo que escribió en relación a Chile y en las condiciones histórico-políticas en que lo hizo y propone una lectura desde la intersección que se produce entre trayectoria, texto y contexto.

El tercer capítulo apunta a trabajar algunos elementos que pueden alumbrar, tentativamente a una reconstrucción de las razones de la escueta recepción de *La dominación masculina* (LDM) de Pierre Bourdieu entre el feminismo del Estado español (salvo en un espacio periférico y de reciente formación en el campo –las «nuevas masculinidades»–) por no adscribirse a la lógica del mercado de bienes simbólicos del feminismo. Porque, además de ocupar un aparataje teórico-metodológico propio, no ocupa los referentes legítimos. El relato no se inscribe en la tradición de autoras feministas coincidiendo justamente con un momento en el que el feminismo, en su polo académico, se encontraba envuelto en un impulso (más exhaustivo por unas facciones y menos por otras) por autonomizarse del

resto de cuerpos de análisis y de tradiciones, esforzándose por construir una línea del tiempo y unos referentes propios. En ese contexto, Bourdieu no nombró la realidad con los términos y nombres legitimados para hacerlo, e incluso, revisó críticamente el potencial de las propuestas de práctica política –la *performance*– de la corriente feminista pujante.

A lo largo del texto, se presentan elementos que, a juicio de la autora, pueden resultar interesantes para el feminismo alimentando el debate y perfilando (incluso mejorando) el marco teórico y metodológico del feminismo.

El cuarto capítulo, presenta la relación controvertida de Butler con el feminismo, pero reconociendo que en su filosofía, puede encontrarse una propuesta coherente aunque crítica en relación con este. Esboza los presupuestos filosóficos básicos de la siguiente discusión: para el feminismo uno de sus objetivos es la necesidad de afirmar a la mujer como sujeto político, pues una acción política sería demanda de un sujeto ontológicamente consistente; la ansiedad de reconocimiento ha hecho que el feminismo asuma el juego de las categorías de identidad que, a juicio de Butler, termina reproduciendo la violencia de la que se quiere defender. Concretamente el texto se ocupa de la violencia de la identidad, la universalización, de la categoría, y de la teoría y el proyecto.

El quinto capítulo aborda el estudio de la categoría de identidad a través de los referentes discursivos aportados por el feminismo de Judith Butler y por su lucha en hacer una vida vivible: la revisión de la *matriz heterosexual* y su visión de bien colectivo como un nuevo elemento y categoría de análisis educativo. Es una invitación a cruzar los límites de las identidades dadas y una posibilidad de multiplicar los diversos agentes implicados en el acto educativo y los discursos producidos.

Capítulo I

CONDICIONES DE UNA DECISIÓN POLÍTICO-INTELLECTUAL: MANUEL SACRISTÁN HACIA 1956*

María Francisca Fernández Cáceres¹

RESUMEN

Este capítulo aborda la relación entre el compromiso político y el compromiso intelectual desde el caso del filósofo español Manuel Sacristán Luzón. Se analiza el momento de entrada de Sacristán al PSUC-PCE (Partido Socialista Unificado de Cataluña-Partido Comunista de España), contextualizando los aspectos políticos e intelectuales de 1956, momento clave para el comunismo occidental y para el comunismo español. Desde una perspectiva objetiva y contextual intentamos dibujar las opciones que el campo político, y también el campo intelectual del marxismo, podían ofrecer a la altura de ese año. Desde una perspectiva individual y subjetiva se presenta el posicionamiento de Sacristán desde la operatividad del *habitus* —en otras palabras, desde la interiorización individual de la historia social que nos permite trabajar analíticamente con una abstracción controlada del Manuel Sacristán empírico— para evaluar cómo este reacciona y maniobra en el nuevo contexto.

Palabras clave: Filosofía española, Marxismo, Historia Contemporánea.

* Este trabajo se ha realizado gracias a la financiación de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación, dentro del proyecto “Vigilancia de fronteras, colaboración crítica y reconversión: un estudio comparado de la relación de la filosofía con las ciencias sociales en España y Francia (1940-1990)”, referencia FFI2010-15196 (subprograma FISO).

1. Integrante del grupo de investigación HUM- 536 de la Universidad de Cádiz, España.

ABSTRACT

This work describes the relationship between the political and intellectual commitment from the case of the Spaniard philosopher Manuel Sacristan Luzon. It analyzes the moment Sacristan entered PSUC-PCE, contextualizing the political and intellectual aspects of the year 1956, key moment for the occidental communism and Spanish communism. From the objective and contextual perspective, we tried to sketch the possibilities that could be offered by the Marxism political and intellectual fields around 1956. From the individual and subjective perspective, we addressed the Sacristan's positioning from the operability of *habitus* –in other words, from the individual insight of the social history, which allows us to work analytically with a controlled abstraction of the empiric Manuel Sacristan– to asses the way he reacts and operates in the new context.

Key words: Spanish philosophy, Marxism, Contemporary History.

INTRODUCCIÓN

Durante dos décadas Manuel Sacristán fue un referente para la izquierda española. Militante comprometido en la organización del antifranquismo, fue también un marxista original y un intelectual profundo. Este filósofo provenía de una familia falangista y en su adolescencia militó con pasión en el Frente de Juventudes del partido fascista español. Su paso desde el falangismo hacia la izquierda ocurre en un contexto generacional de tránsito hacia el antifranquismo que encuentra su momento álgido en la década de 1960. Entre los intelectuales falangistas que hicieron este viaje ideológico ha permanecido un relato bien asentado que lo justifica aludiendo a un supuesto corazón en el fondo liberal. Frente a este mito el caso de Sacristán ha sido en muchas ocasiones anatemizado, acusado de cambiar un totalitarismo a otro. A continuación nos ocuparemos de describir el ámbito de las posibilidades tanto políticas como intelectuales que delimitan las motivaciones y la particularidad de su decisión de ingresar en las filas del PSUC-PCE² en la Espa-

2. El Partido Socialista Unificado de Cataluña federó en su origen (23 de julio de 1936) a socialistas y comunistas catalanes, aunque se mantuvo como organización independiente, funcionó, sobre todo desde 1950, como la sección catalana del PCE.

ña de 1956. Estos contextos nos permitirán analizar un caso particular de tránsito ideológico, caracterizado por un compromiso radical y anticipado –atendiendo al ritmo generacional de circulación hacia la izquierda–, y de relevantes consecuencias para la configuración de la izquierda intelectual española.

Llegado 1956 Sacristán contaba con treinta años de edad y un arsenal cultural rico y variado: dos carreras universitarias –una de ellas, la de Filosofía y Letras, condecorada con el premio extraordinario de licenciatura–,³ estudios de posgrado en Lógica Matemática, manejo de varios idiomas, una importante cultura literaria y un nutrido grupo de amigos en el ambiente cultural de la Barcelona de mediados de los cincuenta, en el cual él mismo ocupaba un lugar destacado. Hacia el final de su larga etapa de formación universitaria, que inicia en 1944 y finaliza con su tesis doctoral en 1958, Sacristán debutará como docente. En el curso 1953-1954 comienza a dar clases de Historia de la Filosofía en el Instituto de Educación Secundaria Maragall⁴ y el mismo año inicia su actividad en la Universidad de Barcelona como profesor ayudante⁵ de Joaquín Carreras Artau (quien había sido su profesor en el Instituto Balmes) en la Facultad de Filosofía y Letras. Es en este periodo, a comienzos de 1956, cuando tomará la decisión de ingresar en las filas de PSUC-PCE.

El PCE hacia 1956

Para describir el campo político en este periodo debemos atender a dos cues-

3. Según consta en el título depositado en el Archivo Histórico de la Universidad de Barcelona (en adelante AHUB). También aparece en la lista de premios extraordinarios de licenciatura publicada por *La Vanguardia* el 6 de octubre de 1953 en p. 13. Sacristán estudio paralelamente Derecho y Filosofía.
4. Según consta en el expediente de Manuel Sacristán que se conserva en el Archivo del Instituto de Educación Secundaria Maragall, él fue «Ayudante de curso» en 1953-1954, «Ayudante becario» en el curso 1957-1958 y «Profesor adjunto becario adscrito al Seminario didáctico de filosofía con la remuneración de mil pesetas» el curso 1958-1959. Véase sobre esta etapa el comentario de María Rosa Borrás en López Arnal y De la Fuente (1996, p. 375).
5. Según consta en el expediente de Sacristán del Archivo de Clases Pasivas y en las copias de las liquidaciones de sueldo que pueden consultarse en AHUB, Sacristán comenzó oficialmente su actividad como «Profesor ayudante de universidad» el 1 de octubre de 1953 permaneciendo en esta condición hasta el 30 de septiembre de 1955; desde el 15 de marzo de 1956 hasta el 31 de diciembre de 1956 en la categoría de «Profesor encargado de curso» y desde el 1 de enero de 1957 hasta el 30 de septiembre de 1965 como «Profesor adjunto de universidad».

tiones fundamentales que, aunque diferentes, están profundamente vinculadas. Una es la posición del PCE respecto a la política española, esto es al franquismo obviamente, pero también en relación al resto de los grupos de la oposición. La otra es la relación del partido con el referente inevitable de la Unión Soviética, especialmente en este momento condicionado por el XX Congreso del PSUC y la llegada de Santiago Carrillo al grupo dirigente en el PCE. Ambas cuestiones atañen a las características de la institución y su relación con los intelectuales en el momento en que entra Manuel Sacristán en ella.

AISLAMIENTO Y DEPENDENCIA

Hacia 1956 las expectativas de una intervención extranjera que apoyara la caída del régimen franquista se habían diluido ya por completo. Ni la estrategia de guerrillas ni los intentos diplomáticos de los republicanos en el exilio mexicano habían conseguido socavar al régimen. Tras el trance difícil que significó para Franco la derrota del Eje y el consecuente aislamiento diplomático, el contexto que se abrió a continuación, la Guerra Fría y la división del mundo en dos bloques antagónicos, dejó al régimen, primero en una posición de indiferencia respecto a él por parte de las potencias vencedoras –pues ni Estados Unidos, Gran Bretaña, ni la Unión Soviética tuvieron real interés en intervenir efectivamente en pro de la restitución de la democracia en España–, para posteriormente quedar, la España franquista, integrada en el panorama internacional dentro del bloque occidental anticomunista y de influencia estadounidense. Entre 1950 y 1955 se consolida su normalización internacional con la firma de los pactos militares con los Estados Unidos y el Concordato con el Vaticano en 1953. El proceso se sella con la entrada de España en la ONU en 1955.

La Unión Soviética por su parte, con la política promovida desde 1947 por la Kominform, propugnaba la defensa de la paz, es decir, la convivencia pacífica de los dos bloques. No obstante, en la práctica, esta política desvinculaba a la Unión Soviética, y a los países que se encontraban bajo su influencia, de sus recientes colaboradores en la lucha contra el fascismo. El enemigo externo era Estados Unidos,

pero también las democracias occidentales y sus partidos socialdemócratas. En el plano interno del ámbito de influencia soviética, esta política va a significar una llamada a la ortodoxia, tanto en lo político como en lo cultural. Se inaugura así una nueva etapa de dura vigilancia ideológica, que se extiende por lo menos hasta 1953, con la consecuencia de los procesos de purga y depuración que parten con la condena del desvío yugoslavo, la «herejía titista», y se extienden a países como Polonia, Hungría y Bulgaria, dejándose sentir también en las dirigencias de los partidos comunistas occidentales (Sánchez, 2004, p. 38).

Ahora bien, cabe preguntarse ¿cómo afectó este contexto al PCE? si los conflictos acarreados desde la Guerra Civil⁶ habían malogrado la alianza del partido con el resto de las fuerzas republicanas y de izquierda, el contexto de la Guerra Fría le separará aún más de las fuerzas antifranquistas en el marco del exilio. En agosto de 1947 el PCE es expulsado del Gobierno Republicano en el exilio; mientras los socialistas, también al margen de la institución republicana aunque por voluntad propia, intentaban vanamente un acuerdo con los monárquicos para sacar a Franco del poder.⁷ A diferencia de otros partidos comunistas como el francés y el italiano, que tuvieron una destacada participación en la victoria sobre el fascismo y contaban con organizaciones de masas, el PCE operaba en el exilio con escasa conexión con el interior y no tenía una red en la que apoyarse dentro de una España lacerada por los años más duros de la dictadura. En 1950 el partido es ilegalizado en Francia, quedando la cúpula dirigente repartida de forma que

6. Singularmente el golpe del coronel Casado de marzo de 1939 y luego el Pacto germano-soviético de agosto del mismo año.

7. «Se inicia el periodo de la Guerra Fría y, tras la incapacidad por parte de los gobiernos republicanos de obtener el apoyo de las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial para derrocar a Franco, [Indalecio] Prieto consigue en la Asamblea de delegados socialistas celebrada en Toulouse, en julio de 1947, que abandonen la defensa de las instituciones republicanas, retirándose del Gobierno, con el objeto de intentar un acuerdo con los monárquicos orientado a sustituir a Franco. Igualmente, la asamblea ratifica la resolución del II Congreso Socialista sobre el rechazo de toda colaboración con los comunistas. Tras estos acuerdos Llopias [Rodolfo Llopias, en 1947 presidente del gobierno socialista en el exilio tras Giral] dimite de la presidencia del Gobierno no volviendo los socialistas a formar parte del mismo. La consecuencia para el PCE del giro producido en la política socialista es su salida, en agosto de 1947, del Gobierno republicano, coincidiendo con la expulsión de los comunistas de otros gobiernos europeos. El Gobierno en el exilio subsistirá hasta el fin de la dictadura compuesto exclusivamente por republicanos, pero sin que tenga en adelante ningún peso político» (Sánchez, 2004, p. 34).

en París permanecieron Santiago Carrillo y Francisco Antón, sirviéndose de las estructuras del Partido Comunista Francés (PCF), mientras Antonio Mije, Enrique Líster y Vicente Uribe se encontraban en Praga, Dolores Ibarruri residía en Moscú (Sánchez, 2004, p. 39).

Como vemos, el PCE es un partido pequeño, dividido y aislado, por tanto altamente dependiente de la Unión Soviética y sensible a sus cambios. Y un gran cambio, un verdadero terremoto acontecerá el 5 de marzo de 1953: la muerte de Stalin —el gran líder, la encarnación de la victoria frente al fascismo y del proyecto comunista como alternativa real al capitalismo—, va a alterar profundamente el escenario conocido hasta entonces. Con la muerte de Stalin se abre un periodo de lucha entre sus herederos, en el cual se irá imponiendo la figura de Krushev paralelamente a una gradual liberalización. Este proceso llevará a la condena del fallecido líder, como verdadero chivo expiatorio de todos los males del sistema soviético en el histórico XX Congreso del PCUS de febrero de 1956. El proceso encuentra a la dirección del PCE no solo repartida en distintos países, sino también dividida desde una perspectiva generacional. Este contexto va a favorecer el paulatino posicionamiento de Santiago Carrillo en un papel cada vez más protagonista en la dirección del partido. Para Fernando Claudín (1983, p. 105), «Carrillo fue el primero en captar los signos que venían desde Moscú» y a él se debe la iniciativa de la celebración de V Congreso de PCE. A este V Congreso, celebrado en Checoslovaquia en noviembre de 1954, le separaban del anterior nada menos que veintidós largos años. El V Congreso fue un éxito de la organización, en él se esbozaron algunas de las ideas que tomaran fuera dos años más tarde. El proyecto de «renovación» del partido era también el que llevaría a Carrillo y a su equipo al poder.⁸

8. Fernando Claudín (1983) pone énfasis en la formación política de Carrillo que «había conocido una experiencia más o menos democrática en la juventud socialista y en el PSOE» y aquella de los viejos dirigentes del grupo de Pasionario y José Díaz, que «fue enteramente fabricado por la IC, después de expulsar al núcleo principal de la dirección elegido por el IV Congreso» (Claudín, 1983, p. 105). En la página siguiente podemos leer: «Todos “jóvenes” y “viejos”, estábamos moldeados en la misma matriz ideológica, y éramos corresponsables —aunque en diferentes grados según el poder real que habíamos tenido en el aparato— de la política y los métodos anteriores, pero en aquella coyuntura de revisión que se iniciaba en el movimiento comunista, coincidiendo con ciertos cambios en la realidad española, los jóvenes revelábamos mayor sensibilidad para lo nuevo y menos ataduras con el pasado. De todas maneras nuestras audacias renovadas no irían muy lejos» (Claudín, 1983, p. 106).

UN NUEVO CONTEXTO: LA DOBLE COYUNTURA POLÍTICA, EL INFORME KRUSCHEV Y LA LLEGADA DE CARRILLO

Cuando Sacristán entra en el PSUC-PCE en febrero de 1956 dos procesos vinculados entre sí se daban paralelamente. El Informe Krushev y la llegada de Santiago Carrillo al núcleo dirigente de la organización. En efecto, el Informe Krushev llegó en «plena lucha de poder en la cúpula de PCE» (Estruch, 2000, p. 196), lucha que había comenzado en el V Congreso y que se haría evidente a raíz de las divergencias por la entrada, el 14 de diciembre de 1955, de España en la ONU.⁹ La denuncia de los crímenes del Stalin por Nikita Krushev en su Informe secreto de febrero de 1956 aupó la llegada de Santiago Carrillo a la cabeza del PCE. En la práctica esto se traducía en un relevo generacional de la antigua cúpula –Mije, Líster y Vicente Uribe, el principal damnificado– que presumiblemente, como sostienen algunos autores (Morán, 1986, pp. 264-267; Estruch, 1982, p. 223; Sánchez, 2004, p. 44) se llevó a cabo con procedimientos de corte estalinista.

El compromiso con la renovación kruschoviana de Carrillo y su equipo –Jorge Semprún, Fernando Claudín e Ignacio Gallego– puede y se ha interpretado con base en dos polos. Uno sostiene que la llegada de Carrillo representó la manera en que el PCE llevaba a cabo su propia versión del proceso de desestalinización, que por la forma en que se realizó y también como corolario de la nueva política oficial de la Unión Soviética, no era más que la continuidad de la sumisión a sus pautas (Morán, 1986, pp. 253-280; Vilar, 1986, p. 123). En el otro extremo de la

9. Respecto a este tema Carrillo desde París elabora un artículo –«Sobre el ingreso de España en la ONU. Una victoria de la política de paz» publicado en *Nuestra Bandera*, número 15, 1956– que se encontraba en imprenta cuando en Bucarest el 30 de diciembre de 1955 Radio España Independiente hizo público el comunicado oficial del partido sobre la entrada de España en la ONU. La lectura del comunicado paralizó la publicación del artículo de Carrillo, que finalmente se publicó con el conocimiento de Pasionaria, pero sin su explícita aprobación. Las posturas compartían una común valoración positiva. La cúpula dirigente (Pasionaria, Uribe, Mije y Líster) celebra la incorporación de 16 países a la organización internacional como un triunfo democrático, pero no sin lamentar el reconocimiento que esto significaba para la dictadura franquista. Por su parte Carrillo, en su artículo era explícito en su apoyo a la política de convivencia pacífica y entendía que las consecuencias para España pasaban por la alianza de las fuerzas antifranquistas, incluidas aquellas de nuevo cuño. Era este el esbozo de un proyecto político nuevo que se presentaba saltando por sobre las jerarquías del partido. Véase Morán (1986, pp. 253-266) y Estruch (1982, pp. 214-216).

interpretación se ha puesto énfasis en este momento como el inicio –con la Política de Reconciliación Nacional (PRN)– de una etapa de estabilidad y sobre todo de independencia de las políticas soviéticas, en la cual se comienza a reivindicar el paradigma democrático que iría poco a poco ampliándose en el partido en desmedro de una «interpretación ortodoxa» del marxismo-leninismo (Sánchez, 2004, p. 22).¹⁰

Con mayor o menor énfasis en uno de los dos extremos, la mayoría de los trabajos serios sobre el tema suelen matizar su argumentación incluyendo algo de la contraparte (Estruch, 1982; Morán, 1986; Sánchez, 2004; Treglia, 2012). Por lo cual, nos inclinamos a pensar que estas argumentaciones lejos de ser excluyentes pueden ser más bien complementarias. En efecto, el PCE era una organización prácticamente sin margen y quizá sin intención de maniobra fuera de los límites soviéticos, no obstante, esta realidad no fue óbice para que las pugnas internas condicionadas por los cambios externos tuviesen consecuencias inesperadas. En el contexto de competencia entre los partidos comunistas que la crisis de 1956 abrió, la oportunidad que Santiago Carrillo supo aprovechar puede interpretarse como una estrategia para mejorar la estrecha posición externa de PCE. Estrategia esta que implicaba a su vez, a nivel de política interna, el relevo –que recaía en Carrillo y sus cercanos– de una dirección anquilosada aún en el marco de la Guerra Civil. Para el asunto que aquí nos ocupa, que es dibujar el contexto de la llegada de Sacristán a la organización, creemos son dos los corolarios del revulsivo de aquel 1956 que resultan importantes.

Por una parte, hay una modificación del escenario político. El hermetismo característico de la etapa anterior dio paso a una incipiente apertura a nuevos simpatizantes y a algunos, aún escasos en los cincuenta, nuevos militantes, dentro de

10. La tesis de Sánchez Rodríguez (2004) sostiene que la PRN plantea un discurso de doble lectura para 1956: para la política española presentaba su aspecto más «revisionista», de apertura y democrático (en el sentido de que era susceptible de interpretarse en parte como liberal), a la vez que se mantenía dentro de la ortodoxia marxista-leninista aplicando o «acomodando» sus principios básicos a la realidad española, es decir, abogando por un frente amplio que pueda acelerar el proceso de revolución burguesa (derrocamiento de Franco), en el cual el PCE y el proletariado serían la vanguardia, y después del cual se encontrarían en una posición privilegiada para dar paso a la dictadura del proletariado o etapa de transición hacia el comunismo.

los que había jóvenes falangistas en proceso de reconversión. La llegada de Jorge Semprún (Federico Sánchez) a Madrid en 1953 con la explícita tarea de organizar una red comunista entre estudiantes e intelectuales, da cuenta de los bosquejos de este cambio de enfoque. Dos acontecimientos, uno externo, la imputación al estalinismo, y otro interno, las movilizaciones estudiantiles de febrero, van a apuntalar definitivamente este camino. Así, la doble coyuntura política –el XX Congreso y la llegada de Carrillo– se tradujo en una apertura, muy amplia en el discurso, más limitada en la práctica, basada en la acertada consideración de que en la situación en que se encontraba España la prioridad estratégica debía ser el derrocamiento del régimen franquista. Este análisis se apoyaba en la percepción de los cambios que se estaban produciendo en España, es decir, el movimiento obrero, pero sobre todo la crisis del falangismo y las críticas al franquismo desde sus propias bases sociales.¹¹ A pesar del optimismo que caracterizaba las evaluaciones de PCE respecto a la inminencia de la caída de Franco, la sensibilidad hacia la crítica interna al régimen y la estrategia de unidad que le acompañó, fue sin duda un acierto político importante, sobre todo teniendo en cuenta el sistemático aislamiento del PCE y la imposibilidad de incidencia que esto implicaba. La PRN venía a consolidar la línea que apostaba por el trabajo de infiltración en las organizaciones franquistas y la restructuración de la red de militancia en la clandestinidad. La actitud del PCE fue entonces de limitada apertura y un incipiente proselitismo entre la juventud, conectando con el tránsito ideológico de algunos –no muchos aún en 1956– jóvenes nacionalistas y falangistas críticos.

Como se observa, el efecto que tuvo del Informe Krushev para el PCE fue diferente al que este causó en los grandes partidos comunistas occidentales. Las reacciones inmediatas fueron diferentes, como diferentes eran las organizaciones comunistas, es decir, en relación a su peso específico como partido, a su

11. Lo nuevo de la PRN es que pretendía incluir a antiguos nacionalistas reconvertidos en antifranquistas, «más aún, fue la aparición en la escena pública de grupos monárquicos, liberales y demócratacristianos la condición sin la que no habría surgido la nueva política, porque, añadido al flujo de gentes procedentes de Falange y del SEU a posiciones liberales o democráticas, la existencia de estos grupos era lo que permitía afirmar que la línea divisoria trazada por la Guerra Civil había dejado de tener vigencia» (Juliá, 2012, p. 56).

organización interna, y a su mayor o menor cercanía con la Unión Soviética. El prestigioso Partido Comunista Francés (PCF), tan estalinista como el español pero sin problemas de liderazgo interno, puso en duda la autenticidad del informe que solo aceptó a marcha forzada en los términos de «el informe atribuido al camarada Kruschev» (Matonti, 2005, p. 29). Mientras que para el Partido Comunista Italiano (PCI) el informe vino a apuntalar la tesis que Togliatti venía desarrollando con anterioridad (véase Jeanneret, 2002, p. 123); Estruch (1982, p. 224) ha situado la reacción del PCE ante el proceso de desestalinización como «una vía intermedia entre el PCF [...] y el PCI»). No obstante, la denuncia de los crímenes de Stalin fue en general un balde de agua fría que afectó gravemente la relación de los grandes partidos con sus intelectuales, a la vez que significó la pérdida masiva de militantes, especialmente después del conflicto polaco y la represión del levantamiento en Hungría —fenómenos que el mismo deshielo había en parte estimulado—. La crisis de 1956 marca el fin del monopolio de la Unión Soviética y los respectivos partidos comunistas nacionales vinculados a ella, como «único referente dentro de la izquierda revolucionaria» (Estrella, 2011, p. 122). El surgimiento de «nuevas izquierdas» es un fenómeno que se da globalmente en el contexto occidental —la *New Left* en Inglaterra, la *Nouvelle Gauche* en Francia— fundamentalmente como respuesta al seísmo que significó para los partidos comunistas la suma del Informe Kruschev y las posteriores intervenciones en Polonia y especialmente en Hungría. En definitiva, la repercusión de estos acontecimientos para el PCE, partido pequeño, clandestino y exiliado, fue radicalmente diferente de la que tuvo, por ejemplo, para los partidos comunistas de Francia, Italia o Inglaterra, partidos que sufrieron verdaderas sangrías de militantes e intelectuales y en relación a los cuales la «nueva izquierda», especialmente en Francia e Inglaterra, se consolidará como opción dominante en la década de 1960 (véase Estrella, 2011, pp. 119-132).

Para el PCE en cambio, el XX Congreso del PSUC fue principalmente un momento de posibilidad, un momento de apertura para un partido tan escaso de militantes y apoyos políticos, como dependiente de la Unión Soviética. En este contexto se comprende la débil repercusión que tuvieron los acontecimientos

de Hungría para la nueva dirección y la militancia.¹² La reacción del partido fue estrictamente fiel a la versión oficial de la Unión Soviética: el levantamiento de noviembre era una manifestación contrarrevolucionaria del imperialismo y nada tenía que ver con el sentir del pueblo húngaro. Es comprensible, también, que a los exiguos militantes e intelectuales, algunos de ellos jóvenes inexpertos carentes de «cultura de partido», o como Sacristán y Javier Pradera recién salidos del falangismo, no se les ocurriera cuestionar la intervención soviética. Para ellos lo fundamental de aquel año de 1956 fueron las movilizaciones estudiantiles de Madrid y Barcelona y no la revuelta húngara (Pala, 2010, p. 523). Con la identidad comunista recién asumida, frente a la gran tarea de combatir la sangría que Franco estaba dejando en España y con un pasado que había que dejar atrás, se dio por hecho que el levantamiento húngaro no era más que otro ataque del fascismo.¹³ Es muy importante tener en cuenta que, como bien señaló Giaime Pala (2010)

«si es cierto que el apoyo al bando soviético corría parejo *naturalmente* [destacado en original] con la militancia en ese PSUC [-PCE] de los cincuenta, no lo es menos que la opción comunista partía siempre de una elección de compromiso interno, en este caso la lucha contra la dictadura» (p. 523).

12. Fernando Claudín (1978, p. III) ha insistido en que fue en el mismo año 1956, a raíz de los acontecimientos de Hungría, que se manifestó su divergencia con Carrillo, esta vez, apunta, apoyado por «los viejos» y por el «joven» Ignacio Gallego. Ha descrito esta discusión como «dura y agria», y como el momento a partir del cual los enfoques divergentes respecto al estalinismo, suyo y de Carrillo, «constituyeron un motivo latente de tensión», pese a que como él mismo sostiene, «durante un tiempo renuncié a expresar mis opiniones en este tema y me atuve, siempre con algunos matices diferenciales, a las posiciones oficiales». Esta obediencia, este silencio autoimpuesto, que en otro lugar ha llamado Claudín (1983, p. 127) sus «años esquizofrénicos», obedecían según él a una «concepción mítica del partido». Más adelante, en el mismo texto que venimos citando, Claudín (1983, p. 128) matiza su valoración de la posición de Carrillo acorde a la política de la Unión Soviética: «respecto a los soviéticos creo que Santiago tenía más dudas de las que aparentaba. En varias ocasiones me ha contado el tremendo efecto que le produjo su encuentro con Artur London en el verano de 1956 [...]. Repetía, como obsesionado, que en adelante solo creería lo que viera con sus propios ojos». Por su parte Carrillo (2006, p. 500) recuerda que el apoyo oficial a la intervención soviética en Hungría «fue una de las decisiones en las que participé con profundas dudas. Claudín las tenía mayores aún que yo y discutimos en conversaciones personales más de una vez. Pero en la dirección del partido nadie más expresó sus dudas: al contrario». Con toda probabilidad disenter de la versión oficial de la Unión Soviética tenía para Carrillo un coste impagable a la altura de 1956, coste que podía comprometer tanto su recién estrenado liderazgo como la nueva PRN en la que se apoyaba.
13. Por lo demás apuntalada esta vez por la propaganda franquista a la que se reaccionaba por principio oponiendo el contrario. Véase Giaime Pala (2010, pp. 523-524).

El Partido Comunista era, a pesar de la desarticulación y la represión que había sufrido, y a su debilidad, la opción más concreta de participar en una oposición al franquismo dentro de España (Hernández, Ruiz & Baldó, 2007, p. 131).

Estrechamente vinculado a la apertura que inicia el PCE, el segundo corolario, común para el contexto comunista occidental del revulsivo de 1956 fue la inauguración de un periodo de «puesta al día» oficializado con la autocrítica del PSUC. En este *aggiornamento* los intelectuales venían a jugar un papel fundamental. Su renovada función sería elaborar y sustentar teóricamente las nuevas estrategias políticas que implicaba la revisión del estalinismo (Matonti, 2005, p. 32). Para ello era necesario contar con militantes-intelectuales capaces de hacerse cargo de esta tarea, es decir, gente políticamente confiable y bien instruida en la ortodoxia marxista –algo imposible de encontrar dentro de la España franquista–. Carrillo en su tránsito hacia el liderazgo, contará para ello con Jorge Semprún y Fernando Claudín.

¿QUÉ SIGNIFICABA SER COMUNISTA EN 1956?

Ahora bien, en el ambiente de crisis falangista en que se encontraba Sacristán en 1954, el marxismo podía despertar un interés, el cual se satisfacía en la medida que tenía acceso a algún libro que burlara la censura o que algún amigo pasaba escondido tras un viaje, pero un vínculo efectivo con las prácticamente inexistentes redes que el PSUC-PCE podía tener para esta fecha en Barcelona resulta poco plausible y no tenemos antecedentes de que existiera.¹⁴ Todo indica que Manuel Sacristán solo tuvo contacto directo con la militancia comunista durante su estancia de estudios en el Instituto de Lógica Matemática y Fundamentos de la Ciencia de la Universidad de Münster, Alemania –el sector occidental en aquellos

14. Dos amigos cercanos de esa época coinciden en no haber tenido noticia ni sospecha de que Sacristán tuviese contactos comunistas antes de 1954. José María Castellet responde negativamente a esta pregunta: «yo diría que no, casi rotundamente», en entrevista del 6 de julio de 2012. Juan Carlos García-Borrón (2004) confiesa su «falta de sensibilidad para apreciar la transformación que tuvo lugar entre Barcelona y Münster» (p. 120).

años—. Lo que en su contexto social barcelonés era difícil, una relación cercana y cotidiana con militantes comunistas y jóvenes interesados en el marxismo, sí era posible en Münster. Allí accedió a un ambiente de socialización en el cual era condición de entrada la adquisición de un capital cultural específico: el marxismo.

Siguiendo el testimonio de Vicente Romano (Juncosa, 2007), sabemos que Sacristán, Ettore Casari y el mismo Romano participaron, junto a otros estudiantes españoles, italianos y alemanes (dentro de los que se encontraba Ulrike Meinhof) en reuniones dominicales dirigidas por Hans Schweins, trabajador y dirigente del partido comunista alemán. En estas reuniones-clases de las que, según cuenta Romano (Juncosa, 2007), él y Sacristán eran parroquianos fieles, los jóvenes eran introducidos en el universo sindicalista y en el marxismo, y fueron para Sacristán el primer acercamiento intensivo al universo marxista-comunista. En Alemania Sacristán entabla amistad con Ettore Casari, joven filósofo y militante del PCI, que al igual que él se encontraba en Münster realizando estudios de Lógica. Como sostiene Manzanera (1993, p. 97) es muy probable que la influencia de Ettore Casari y de las reuniones con Hans Schweins condicionaran la identificación de Sacristán con la política de los partidos comunistas alemán y especialmente el italiano, que bajo el liderazgo de Palmiro Togliatti pujaba con más fuerza hacia un incipiente proceso de desestalinización.

Tras finalizar sus estudios en Münster, a fines del mes de febrero de 1956 Sacristán viaja a París en compañía de Vicente Romano¹⁵ (Juncosa, 2007) para solicitar su entrada en el Partido Comunista de España. Santiago Carrillo (Juncosa, 2007) lo recuerda de la siguiente forma:

Yo lo vi en París en casa de un hermano de Jorge Semprún [...]. Nos contó como estudiando en Alemania y haciendo un esfuerzo crítico de lo que

15. Vicente Romano recuerda que viajaron a París el 20 de febrero de 1956 «lo recuerdo perfectamente porque nos vinimos juntos desde Münster hasta París [...] esos últimos días los vivimos en París, entonces fue en esa semana en esos ocho o diez días que estuvimos allí en París, fue cuando él [Sacristán] fue a ingresar en el Partido Comunista en una dirección que yo creo que le proporcionó Ettore».

había conocido en España llegó al marxismo [...]. En esa conversación, a la par que nos explicaba su historia y su experiencia en Alemania, él [Sacristán] pidió el ingreso en el Partido Comunista. Era un momento en que nosotros ya habíamos aprobado la política que se llamó de reconciliación nacional y que estábamos ya abiertos y dispuestos a abrir el partido a una generación en la que habían muchos hijos de los vencedores que reaccionaban contra su pasado familiar y que se enfrentaban con el sistema [...] y que veían en el Partido Comunista el partido más atractivo –en Cataluña en PSUC– el partido más atractivo que realmente existía en aquella época.

Esta evaluación de Carrillo sin ser ilusoria, no es reflejo fiel del panorama de aquel entonces. En efecto, el proceso de alejamiento y crítica por parte de la juventud no solo falangista que se había venido gestando se agudiza hacia 1954 y conoce su punto álgido con las movilizaciones de 1956 en Madrid y Barcelona (Hernández, *et al.*, 2007, p. 132). En la organización del Congreso Nacional de Estudiantes que el 1 de febrero de 1956 sacó a la luz un «Manifiesto de los universitarios madrileños», convergieron personas procedentes del bando vencedor como Gabriel Elorriaga, Miguel Sánchez Mazas, José Luis Abellán, José María Ruiz Gallardón y Dionisio Ridruejo, con jóvenes militantes comunistas como Julio Diamante, Enrique Múgica, Ramón Tames y Javier Pradera.¹⁶ En este contexto inédito de aproximación entre los hijos de los vencedores y los hijos de los vencidos, el PCE, que sin duda generaba una indudable atracción, no va a ser la única posibilidad de tránsito hacia posiciones críticas.¹⁷ Era perfectamente posible ser antifranquista

16. Pradera procedente de familia falangista, se afilia a PCE en febrero de 1955 tras la experiencia del Servicio Universitario del Trabajo y un viaje a Italia, un caso similar es el de Javier Muguerza, quien no obstante, sale rápidamente de la organización. De Enrique Múgica, que fue el primero en entrar en contacto con Jorge Semprún, emana junto a Julio Diamante, José López Pacheco, Julián Marcos y Javier Pradera el primer núcleo organizativo en la universidad madrileña, (Juliá, 2012, p. 195; Hernández, *et al.*, 2007, p. 133).

17. Al calor de la efervescencia de 1956 se generó, en Madrid, un conjunto de iniciativas políticas nuevas, todas orientadas hacia la izquierda, pero con algunas características que nacían precisamente de un afán de diferenciación respecto del PCE. En una posición cercana a la Agrupación Socialista Universitaria (ASU) nace el Frente de Liberación Popular (FLP) que junto a los demócratacristianos integraron en 1957 la llamada Nueva Izquierda Universitaria (NIU). Los jóvenes que integraron estas iniciativas eran universitarios provenientes de la clase media ilustrada, en su mayoría de familias nacionalistas con un importante componente católico, en la cual la experiencia del Servicio Universitario del Trabajo (SUT) había encaminado su sensibilización social y su identificación política. Estas organizaciones, especialmente el FLP, se caracte-

sin ser comunista y muchos así lo prefirieron.

Por lo demás los contextos de Barcelona y Madrid eran diferentes. En Madrid el trabajo de organización cultural se inicia a comienzos de 1954 con el establecimiento definitivo de Jorge Semprún en la ciudad. Para febrero de 1956 se contaba con una incipiente organización intelectual y estudiantil, que se gestó en un círculo social de intensa interacción. En Barcelona, en cambio los esfuerzos del PSUC se orientaban a fortalecer las debilitadas células obreras en el sector textil y metalúrgico (Lardín, 2005) y para la fecha no existía organización intelectual ni universitaria. De hecho como señala Giaime Pala (2010, p. 510) siguiendo las memorias de Octavi Pellisa, al contrario de lo ocurrido en Madrid, en Barcelona, fueron los jóvenes los que buscaron al partido y no al revés, pues «en los círculos en los que ellos se movían, el PSUC simplemente no existía». Si para Javier Pradera, por ejemplo, fue lo más natural aceptar la invitación que Semprún le hace de incorporarse al PCE,¹⁸ para Sacristán la decisión de entrar al partido, que toma por iniciativa personal tras su experiencia en Alemania, no fue una decisión fácil.¹⁹ En el caso de Sacristán, la politización y el paso definitivo hacia el partido se dio fuera de España, en Alemania y significó para él un relativo alejamiento de su círculo íntimo de Laya.²⁰ Lo que Pradera y Sacristán, no obstante, compartieron fue

rizaban por su rechazo a la política partidista tradicional y por cierta desconfianza hacia el comunismo, un rechazo que, en el ámbito sociológico en el cual se nutrían, era anterior al XX Congreso y a la intervención en Hungría, pero que se vuelve más explícita después de ellas. Esta «nueva izquierda» se presentaba como una opción más libre y ecléctica, su «idealizada admiración» hacia el anarquismo –una posición menos opresora, menos corruptible a su entender– catalizó la crítica al estalinismo en clave sino anticomunista, sí distinta del comunismo (Moreno Pestaña, 2008, p. 62; García Alcalá, 2001, p. 37). La experiencia de SUT, no obstante, había también encaminado trayectorias hacia el PCE, como es el caso de Javier Pradera que ingresa al partido un año antes que Sacristán, en febrero de 1955. Lo cierto es que el antifranquismo de 1956 era tan diverso como diversa era la derecha «crítica» española. Los falangistas eran los más notorios, pero también había democratacristianos y monárquicos, y los vínculos entre ellos, el PCE y las organizaciones nacidas tras la revuelta de febrero, eran muy estrechos. Así, el marco de una experiencia generacional de desencanto con el franquismo ofrecía distintos caminos de tránsito ideológico.

18. Véase la naturalidad de la aceptación de Javier Pradera a la invitación de incorporarse al partido por parte de Semprún, en la entrevista con Carlos Elordi recogida *in extenso* en Juliá (2012, pp. 194-203).

19. Es el momento de la «decisión» del que Vera Sacristán (Juncosa, 2007) –única hija de Manuel Sacristán y Giulia Adinolfi– recuerda que su padre le habló en muchas ocasiones. Véase igualmente, Domingo Curto (2007, p. 12).

20. Debido en parte a la militancia de Sacristán, pero también a los diferentes caminos que tomaron sus amigos más cercanos, García-Borrón, Jesús Núñez y Castellet este último especialmente, orientados hacia «el compañero de viaje» antes que al militante.

la vivencia de la militancia comunista como una alternativa revolucionaria (Juliá, 2012, p. 41). El PCE no solamente era el partido propiamente antifranquista, era el partido de la revolución socialista, de la democracia radical. Era, además el partido de los obreros, única clase social capaz de llevar tal revolución adelante y esto le distinguió dentro del panorama que ofrecía el antifranquismo. Por otra parte, antes del XX Congreso de PSUC, Stalin no solo era digno continuador del pensamiento revolucionario, era también el líder que había derrotado al fascismo y, tras la victoria, la Unión Soviética vino a representar el ejemplo concreto de que una sociedad alternativa y anticapitalista era posible.²¹ En este sentido, los años cincuenta en España se encontraban aún en una órbita condicionada por la Segunda Guerra Mundial.

Más arriba decíamos que una particularidad del compromiso político de Sacristán era la radicalidad. Detengámonos un momento aquí. En otro lugar hemos reconstruido el proceso de formación de Sacristán.²² Este va a estar condicionado por dos elementos: una infancia marcada por la figura materna²³ y por la experiencia del falangismo en la adolescencia. Una temprana identificación con el modelo materno aparece vinculada a la interiorización de una primera capa disposicional. Rasgos como la obediencia, el rigor y la seriedad pasan así a integrar muy tempranamente su identidad social. Luego, la experiencia política adolescente falangista activará una segunda capa disposicional, que por un lado, va a confirmar rasgos del modelo materno, pues elementos como la obediencia, el esfuerzo y el rigor son celebrados en el Frente de Juventudes –no olvidemos que Sacristán no fue neutro respecto a esta institución, sino un joven-falangista muy destacado– y por otro, va a permitir la incorporación de elementos nuevos, característicos de la socialización masculina falangista: la afirmación de una virilidad sublimada en

21. Percepción, esta última, que sin ser falsa estaba sin duda idealizada tanto por el aislamiento, como por el contraste con la realidad nacional.

22. El que constituye el capítulo dos de la investigación doctoral de la autora de este capítulo sobre los orígenes sociales e intelectuales de Manuel Sacristán Luzón, aún inédita.

23. La madre de Sacristán era una mujer muy católica que provenía de una familia de artesanos guarnicioneros de la pequeña burguesía castellana. Ella tendrá un papel fundamental en la primera formación de su hijo. Él la recordaba como una mujer seria y trabajadora a la que le unió una profunda relación durante toda su vida.

elementos como la fuerza, la violencia, el coraje y el heroísmo (véase Fernández, 2013). Y muy importante, la percepción del falangismo como una opción revolucionaria y la vivencia intensa de aquella experiencia juvenil.

Si tenemos en cuenta esta matriz disposicional podemos comprender mejor el paso del falangismo revolucionario joseantoniano al comunismo. Por un lado, falangismo y comunismo comparten el elemento revolucionario. Ambas apuestas políticas proponían un mundo nuevo y anticapitalista. Ambas apuestas compartieron –aunque con enfoques y desarrollo muy diferentes– una preocupación social presentada en forma de profecía de emancipación social.²⁴ Esta coincidencia está relacionada con el origen histórico común de fascismo y comunismo, como respuestas originales y críticas ante el desarrollo social y políticamente perverso del liberalismo capitalista agudizado en las primeras décadas del siglo XX (Mann, 2007). Por otro lado, la radicalidad política que Sacristán estabiliza tras su experiencia en el Frente de Juventudes está vinculada a aquella ética heroica de gran cruzada, al «sentido misional *a priori*»²⁵ que estos jóvenes dieron a sus vidas. En el cual se daban cita tanto el sentimiento de destino trágico y trascendente como la exacerbación de la juventud capaz de darle forma. Esta impronta ético-política, en el contexto de agotamiento del falangismo,²⁶ conectará bien con la significación revolucionaria del PCE. Según el relato de Javier Pradera (Juliá, 2012) los comunistas españoles de mediados de los cincuenta veían

el camino de la revolución como un camino trágico. Recuerdo que repetíamos aquello de Lenin: «Camaradas la revolución no es la perspectiva Nevski» [...] Éramos lectores de *El cero y el infinito* de Koestler, de literatu-

24. Según Javier Pradera (en Juliá, 2012) los jóvenes de 1950 «luchábamos por la revolución social, luchábamos por un cambio en el modelo de producción [...]. Es decir, nosotros estábamos [...] transformando toda nuestra insatisfacción que en aquel momento teníamos con aquella España siniestra, pobre, desigual, llena de privilegios, injusta. Bueno, lo que cambiamos fue de camino para transformarla. Nosotros éramos revolucionarios en el sentido fuerte del término» (p. 198). El destacado es nuestro.

25. La fórmula pertenece al diario de vida de Esteban Pinilla de las Heras (Diario de un cínico) que data marzo de 1945, puede consultarse en Bonet (1994, pp. 233-238).

26. Una vez se vuelve evidente que no era una opción viable de lucha por la emancipación social, que por el contrario, había apoyado un alzamiento que trajo como consecuencia un régimen sangriento que mantenía a España sumida en la miseria.

ra poscomunista. Teníamos una conciencia muy fuerte del carácter trágico del proceso revolucionario, de lo que significa eso de que la revolución devora a sus hijos. Por lo tanto, no había oportunismo personal. Pensábamos que era un camino de sacrificio, un camino de muerte, un camino en el que incluso podías sufrir las represalias o las injusticias de tus propios camaradas. En ese sentido, seguíamos teniendo una ética cristiana ¿no? (p. 199).

Sacristán fue un niño formado en el catolicismo practicante, un adolescente falangista que llegó a ser Jefe de Centuria y un joven intelectual orteguiano-heideggeriano. La ética heroico-trágica, trasfondo de una generación formada en el catolicismo, había calado intelectual y políticamente muy profundo en él, y probablemente fue un puente entre su falangismo juvenil y su comunismo de adultez. Para un hombre como Sacristán, entiéndase caracterizado por la radicalidad, el rigor y la autoexigencia, la opción por el PSUC-PCE era la alternativa más seria y concreta en la que podía satisfacer su libido ético-revolucionario. Era la opción más comprometida y riesgosa en la lucha antifranquista y una forma de romper con un pasado percibido como indecoroso.

Señalar las semejanzas a las que nos referimos entre falangismo y comunismo, en ningún caso pretende equiparar ambas realidades, de más está decir que esta sería una simplificación injustificada. En parte por la misma razón, consideramos injusto sostener, como se ha hecho, que el tránsito ideológico de Sacristán consistió en cambiar un totalitarismo por otro. Es la opinión de Jesús Núñez (en Bonet, 1994, p. 261) muy cercana a la de Santos Juliá (2012, p. 47). Téngase en cuenta que, la adscripción al falangismo es parte de un ambiente social y familiar, a diferencia de la incorporación en la militancia comunista, que aunque se da en un contexto generacional de tránsito ideológico, es fruto de la decisión de un hombre adulto y de un intelectual ya formado. Por lo demás, como hemos mostrado (Fernández, 2011) está incluida una reflexión crítica sobre la tradición intelectual falangista sin implicar una ruptura total con ella. La ruptura solo llegará en Alemania con la decisión de entrar al partido.

Por último, es importante destacar que la identificación marxista-comunista se dio en el contexto de especialización en Lógica Formal o Simbólica. Sin duda la consolidación de la inclinación racionalista que ella implicaba enlazaba bien con una tradición intelectual que ofrecía una revolución de base racionalista y científica. Una tradición intelectual en pleno ascenso hacia mediados de los cincuenta.

Ahora bien, es fundamental para entender la relación del comunismo con los intelectuales la existencia de una dinámica filosófica en el partido que opera como un elemento de atracción de candidatos. Como señala Moreno Pestaña (2009, p. 46) parafraseando a Louis Pinto, la «vocación filosófica tiene sus fuentes en demandas generales de sentido [relacionadas] con configuraciones familiares marcadas por la religión y la política». El vínculo que establece Pinto (2007) relaciona la inquietud filosófica, la búsqueda que un sentido global, con las respuestas que ofrecen instituciones como el Partido Comunista y la Iglesia Católica, pues, en ambos casos, la filosofía tiene una función importante en la elaboración y continuidad de la doctrina y la creencia. En efecto, sin la dinámica filosófica no se explica el auge del marxismo entre los intelectuales especialmente entre 1945 hasta 1970, como tampoco su continuidad hasta hoy en tanto que tradición de pensamiento. Visto el aspecto político, centrémonos ahora en el contexto intelectual.

«EL ADVENIMIENTO DEL MARXISMO OCCIDENTAL»

Hacia 1956 el marxismo era una tradición robusta que conoció, a la par del comunismo, un importante desarrollo tras la Segunda Guerra Mundial, ejerciendo una potente atracción en el mundo intelectual occidental.

Cuando Sacristán entra al PSUC-PCE era un intelectual europeísta y bien formado que, a pesar del aislamiento español y sobre todo a raíz de su estancia en Alemania, no podía haber estado ajeno al desarrollo de lo que se ha llamado el «marxismo occidental» (Anderson, 1979; 1986). A la altura de 1956 habían pasado cuatro generaciones de intelectuales marxistas. Las dos generaciones que sucedieron a los fundadores del materialismo histórico. La primera –de Labriola,

Mehring, Kautsky y Plejánov— se ocupó principalmente en la tarea de sistematizar y complementar el trabajo emprendido por Marx y Engels. Estos intelectuales, a excepción de Plejánov, estaban vinculados a los órganos teórico-ideológicos antes que a la dirección de sus respectivos partidos (Anderson, 1979, p. 12). La segunda generación, en la que se incluyen Lenin, Luxemburgo, Trotsky, Hilferding, Bauer y Bujarin, aparece en el contexto más turbulento de las guerras imperiales de fines del siglo XIX y alcanzan la madurez política antes de la Segunda Guerra Mundial. Una de las características de esta generación es que la gran mayoría de sus miembros «iban a desempeñar un papel destacado en la dirección de sus respectivos partidos nacionales» (Anderson, 1979, p. 15).

Lo que Anderson (1979, p. 34) ha llamado «el advenimiento del marxismo occidental», haciendo alusión a un cambio del eje geográfico de oriente a occidente, se produce tras el cisma que la Primera Guerra imprimió al socialismo internacional, la derrota de la Revolución alemana y el aislamiento de la Revolución soviética. Se produce también, después de que la llegada al poder de Stalin sofocará la anterior etapa de florecimiento de la teoría marxista y la Revolución Rusa quedará irremediablemente comprometida. La tercera generación de marxistas ahora en su mayoría «occidentales» estará, según la ordenación de Anderson (1979, p. 38), marcada por la experiencia de la Primera Guerra y la Revolución rusa, en ella hay figuras como Lukács, Korsch, Gramsci, Marcuse y Benjamin. Gramsci, el más destacado de esta generación, y Lukács serán referentes de Sacristán. Una cuarta generación de intelectuales marxistas aparecerá en el contexto del ascenso del fascismo y la Segunda Guerra Mundial. Ella puede considerarse integrada por figuras como Lefevre, Adorno, Sartre, Althusser, Goldmann y DellaVolpe (Anderson, 1979, p. 39).

Dos factores parecen relevantes a la hora de calibrar la atracción intelectual y política que podía ejercer el marxismo para Sacristán: el proceso de politización que implicó la derrota del fascismo en la Segunda Guerra y el encuentro entre marxismo y las corrientes filosóficas contemporáneas. Figuras fundamentales del campo intelectual occidental se hicieron simpatizantes o militantes comunistas

en estos años. «Althusser se afilió al PCF en 1948 y Sartre se alineaba con el movimiento comunista internacional en 1950». Lucien Goldmann se hace discípulo de Lukács en este periodo; DellaVolpe, aunque treinta años mayor, transita al igual que Sacristán desde una primera identificación con el fascismo italiano hacia el marxismo y el comunismo militante afiliándose al PCI en 1944; su discípulo Lucio Colletti se afilia al PCI en 1950 (Anderson, 1979, p. 39). La identificación por parte de intelectuales provenientes del mundo universitario con el marxismo condicionó el encuentro entre este y la academia, especialmente con la filosofía y produjo un desplazamiento de las temáticas desde los problemas político-programáticos hacia cuestiones culturales, filosóficas y estéticas. En realidad esta convergencia había comenzado con la creación del Instituto de Investigación Social de Francfort en 1923 y continuará por el encuentro con el marxismo de filósofos existencialistas como Merleau-Ponty, Simone de Beauvoir y Sartre. En este sentido, Anderson (1979, p. 41) señala respecto al marxismo occidental que

[l]a primera y más fundamental de sus características fue el divorcio estructural entre este [...] y la práctica política. La unidad orgánica entre teoría y práctica realizada en la generación clásica de marxistas anterior a la Primera Guerra Mundial, quienes desempeñaron una función política y una función intelectual inseparable dentro de sus respectivos partidos, en Europa oriental y central, iba a romperse cada vez más con el medio siglo que va entre 1918 y 1968, en Europa occidental. La ruptura no fue inmediata o espontánea en el nuevo contexto generacional y geográfico del marxismo posterior a la Primera Guerra Mundial. Fue producida lenta y progresivamente por grandes presiones históricas, que solo en los años treinta provocaron la disolución final del vínculo entre teoría y práctica. Pero en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial la distancia entre ellas era tan grande que parecía prácticamente consustancial con la tradición misma. En verdad, sin embargo, los tres primeros teóricos importantes de la generación posterior a 1920 –los verdaderos creadores del modelo del marxismo occidental– fueron todos, en un comienzo, destacados dirigentes políticos de sus respectivos partidos: Lukács, Korsch y Gramsci.

Cada uno de ellos, también, fue un participante y organizador de levantamientos revolucionarios de masas de la época; en verdad, su labor teórica solo puede ser comprendida sobre ese fondo político.

Sacristán, situado en la generación siguiente es, no obstante, reflejo de este modelo intelectual.

Con todo, el corolario de este proceso fue la inclusión en toda regla del marxismo dentro del campo intelectual occidental. El cruce tuvo como consecuencia tanto un retorno a las grandes fuentes intelectuales anteriores a Marx (Hegel y Kant, pero también Spinoza, Schelling, Kierkegaard, entre otros), como «un estrecho contacto, a menudo casi una simbiosis, con los sistemas intelectuales coetáneos de carácter no marxista, tomando conceptos de Weber en el caso de Lukács [y Merleau-Ponty], de Croce en el caso de Gramsci, de Heidegger [y Braudel] en el caso de Sartre, de Lacan en el caso de Althusser, de Hjelmslev en el caso de DellaVolpe» (Anderson, 1986, p. 14).

De esta forma, la adhesión al marxismo venía a satisfacer las necesidades tanto intelectuales como políticas de Sacristán. Es importante recordar, no obstante, que en este proceso de politización en las ideas marxistas viene acompañado de otro, paralelo, de crítica, que en muchos casos tomó la forma de abandono o necesidad de diferenciación respecto al comunismo militante —un ejemplo fue la efímera Asamblea Democrática Revolucionaria de 1948-1949 (RDR, en francés)—. Aquello fue, para los intelectuales que militaban activamente, una fuente constante de tensión. La crítica estaba vinculada fundamentalmente al estalinismo, en los años cuarenta el problema pasaba por los llamados «procesos de Moscú» de 1936-1938, en los cincuenta y sesenta será el Informe Krushev y sus consecuencias. Las derivas extremistas del zdanovismo y la incomodidad que generaba en los intelectuales la interpretación mecanicista del marxismo, fueron factores que obstaculizaron el compromiso propiamente partidista. El estalinismo como freno a la militancia se veía potenciado además por el señalado alejamiento entre la teorización y la práctica política. La militancia comunista políticamente activa

fue en general escasa, o inestable cuando existió, entre los intelectuales marxistas especialmente en la segunda mitad del siglo XX y en esto Sacristán –al igual que Althusser– es una excepción.

Ahora bien, el campo del marxismo occidental se configura por tanto en este contexto de politización de los intelectuales, que pone las condiciones para un encuentro entre el marxismo y corrientes intelectuales contemporáneas. En este espacio dominaba la tradición filosófica alemana y especialmente la francesa en torno a 1940 y 1950. Por lo demás, la doble condición que se daba en Francia, de un partido de masas en el cual militaban o con el cual simpatizaban las estrellas intelectuales del momento, volvía inexorable su referencia. Por su parte en Italia, la figura de Gramsci –los *Cuadernos de la cárcel* se publican entre 1948-1951 (Gerratana, 1999, p. 28)– se convertía en ícono del partido y en paradigma de la síntesis entre teoría y práctica política. Desde la perspectiva de la configuración del campo intelectual, las corrientes intelectuales dominantes en el ámbito continental, desde la fenomenología al existencialismo, enmarcan la problemática que intentaba dilucidar la relación entre sujeto e historia. Esta se tradujo en el debate en torno las relaciones posibles entre el existencialismo y el marxismo a fines de 1940 y principios de 1950 (Anderson, 1986, p. 38).

Existencialismo y marxismo

El debate de fines de la década de 1940 entre existencialismo y marxismo debe tomarse como un punto de referencia respecto a la posición intelectual de Sacristán. Aunque quizá él no lo conociera directamente sino hasta mediados de 1950, su referencia nos permite evaluar la relación de Sacristán con el campo intelectual internacional y dentro de él con el existencialismo, en esta etapa condicionada por los estudios de lógica y la llegada al marxismo-comunismo. Veámoslo brevemente.

En este contexto político-intelectual la figura dominante era Sartre. El filósofo representaba la posición devenida icónica del «compañero de viaje». El compromiso político de Sartre con el PCF se fundaba en la independencia entre el

trabajo político y el trabajo intelectual, separación que le permitía mantener su autonomía respecto a un partido fuertemente dominado por la lógica de la Guerra Fría, a la vez que funcionaba como catalizador del conjunto de sus recursos intelectuales. En el otro extremo posible de la relación se encontraba la subordinación de los criterios intelectuales a las directrices políticas, ya fuera la de los intelectuales fascistas o comunistas, y entre estos dos extremos, toda una gama de posiciones intermedias (Moreno Pestaña, 2005, p. 66). Para Matonti (2005, p. 38) –refiriéndose a la primera etapa de la revista del PCF *La Nouvelle Critique*–,

si la “literatura comprometida” era la opción [intelectual] dominante es exclusivamente cuando ella es practicada de la forma en que la ha teorizado Sartre y no como los teóricos del realismo socialista, que pretenden subordinar sus producciones a unos objetivos estrechamente políticos.²⁷

Es decir, que precisamente porque la posición de Sartre venía a representar la posibilidad de compaginar compromiso político y autonomía intelectual, es que esta ocupó una posición dominante en el campo intelectual de la izquierda europea.

En *El existencialismo es un humanismo*, conferencia realizada el 29 de octubre de 1945 en *La Club Maintenant*, Sartre se empeña en justificar la relación a la que hace alusión el título de la conferencia. Le interesaba al filósofo responder a las críticas de cristianos y comunistas, especialmente de los comunistas, que acusaban al existencialismo de propugnar un negativismo que conducía a la pasividad y de tomar como punto de partida una subjetividad exacerbada que aislaba al hombre de la contingencia social. Sartre argumenta en este texto –que pone de manifiesto su compromiso político y marcará la línea de unas preocupaciones que decantarán en 1960 en su *Crítica de la razón dialéctica*– que tanto los existencialistas cristianos –donde ubica a Jaspers y Gabriel Marcel– como los ateos –Heidegger y él mismo– comparten la consideración básica de que «la existencia pre-

27. La traducción del original en francés del autor.

cede a la esencia» (Sartre, 2009, p. 27). Vale decir, que el hecho de la existencia del hombre precede a cualquier definición del mismo. En este sentido defiende el existencialismo como un humanismo, pues sostiene que ante la situación de indeterminación originaria, el hombre se encuentra obligado a ser, a establecer una definición de sí, donde incluso la indolencia es ya una elección. De aquí deriva Sartre que toda elección y toda acción implica un compromiso, una responsabilidad para con uno mismo y para con los demás. De esta forma el filósofo transita desde la concepción de impotencia de la existencia humana frente al mundo factual y objetivo que constriñe la expresión auténtica, hasta el momento de apertura de las posibilidades entendidas ahora como lucha existencial del hombre frente a la alienación (D'Agostini, 2010, p. 120). La conexión entre marxismo y humanismo queda así razonada y la identificación política viene a potenciar la posición inédita creada por Sartre (véase Bourdieu, 1995, pp. 312-317).

La réplica de Heidegger llegó al año siguiente, en un momento en el cual, tras la derrota de Hitler, el referente intelectual de preguerra había sido separado de su trabajo como docente en Friburgo. Las implicaciones de esta derrota y de su cercanía con el fascismo se dejan sentir en el texto de Heidegger. El filósofo parte por sostener que no comparte la definición de existencialismo esgrimida por Sartre, pues para él Sartre solo se limita a invertir los términos de la «metafísica».²⁸

[E]stá adoptando los términos *existentia* y *essentia* en el sentido de la metafísica que, desde Platón, formula lo siguiente: la *essentia* precede a la *existentia*. Sartre invierte esa frase. Lo que pasa es que la inversión de una frase metafísica sigue siendo una frase metafísica. Con esta frase se queda detenido, junto con la metafísica, en el olvido de la verdad del ser (Heidegger, 2000, p. 35).

28. Como es sabido, para Heidegger la «metafísica» era desde Platón «la forma asumida por la ontología occidental» (D'Agostini, 2010, p. 116) que, siempre según Heidegger, en su consideración de la exterioridad y objetividad de los productos de la conciencia, «en su insistencia en interpretar el ser en forma de "simple presencia"» (D'Agostini, 2010, p. 159) era análoga al objetivismo científico.

Heidegger profundiza en su empresa de búsqueda de una verdad anterior a la «metafísica». En esta búsqueda vuelve sobre el sujeto impuro y singular kierkegaardiano y ensaya una conceptualización de la «existencia» como indeterminación o identificación entre sujeto y objeto en un triple rechazo tanto al objetivismo científico, como al idealismo totalizante y al gnoseologismo kantiano (D'Agostini, 2010, pp. 157-158). Para Heidegger (2000) su hermenéutica, fundamentada en repensar la historia de la metafísica apoyándose en una etimológica no científica (D'Agostini, 2010, pp. 165-166) era la única válida para acceder a una verdad que solo podríamos adivinar cuando consiguiésemos «liberar al lenguaje de la gramática para ganar un orden esencial más originario». Ese orden esencial originario solo puede alcanzarse en la poesía y la filosofía. En razón de ello se queja de que se pueda llamar «“irracionalismo” [a su] esfuerzo de reconducir al pensar a su elemento» (Heidegger, 2000, pp. 12-14). De esta forma Heidegger, volviendo sobre los pliegues de su sistema teórico, se desmarca de su implicación política con el fascismo tomando posición respecto al humanismo, a la vez que se muestra amable con el marxismo.

Esta *Carta sobre el humanismo* marca el giro que da paso del primer Heidegger –consideración del *Dasein* como ser-ahí dotado de capacidad de «apertura» o «proyección» del ser en el mundo, es decir, énfasis en la ser-ahí «localizado» como característica fundamental del hombre– al segundo –que ahora invirtiendo el análisis pone su énfasis en el Ser que ilumina al hombre a través del lenguaje–. Aunque este giro implica una predominancia del Ser (ahora con mayúscula) en el segundo momento, e incluso, a pesar del declarado *anti-humanismo* de la carta, el filósofo no deja de sostener que una verdadera preocupación por el hombre, un verdadero humanismo consiste en plantearse la pregunta respecto de «la verdad de ser», vale decir, la preocupación existencial tan exclusivamente suya, pero que el marxismo logra ahora compartir y hasta superar: «porque eso es el humanismo: meditar y cuidar que el hombre sea humano en lugar de no-humano, «inhumano», esto es ajeno a su esencia» (Heidegger, 2000, pp. 20-21). Con respecto al marxismo, destaca su capacidad de pensar el «desterramiento». Este término hace alusión al «abandono del ser por el ente», «el olvido del ser a conse-

cuencia de lo cual queda impensada su verdad», pues sostiene Heidegger (2000, p. 53), que aquello que Marx entendió como extrañamiento o alienación «hunde sus raíces en el desterramiento del hombre moderno». Así Marx a través de la alienación como una forma de «desterramiento» advierte «la esencialidad de lo histórico en el ser» y en este sentido se alza, considera Heidegger, por sobre la fenomenología y el existencialismo.

Por último está Lukács —que será uno de los referentes de Sacristán—. El filósofo interviene en la polémica con la publicación en 1948 de *Existencialismo o marxismo*.²⁹ Lukács se adhirió al Partido Comunista en 1918 a los treinta y tres años, y aunque se mantuvo dentro de los márgenes del «marxismo ortodoxo» su relación con el partido conoció momentos de intensa tensión, sobre todo tras la represión del levantamiento húngaro de fines de 1956. Reivindicado con uno de los padres del marxismo occidental, su calidad y rigor intelectual suele ser un reconocimiento de entrada incluso por sus más ásperezos críticos (Kolkowski, 1983, pp. 149-299). En *Existencialismo o marxismo*, Lukács quiere poner de relieve las connotaciones éticas y políticas del existencialismo en un contexto marcado por los principios ideológicos defensivos de la Kominform. Aunque reconoce una importante diferencia entre el tono sombrío de *Ser y Tiempo*, al que considera «una incitación a la pasividad absoluta [...] abstraída de toda existencia pública» (en Raulet, 2009, p. 27) y el existencialismo de la libertad sartreano; no obstante, ambos ejemplos son considerados por Lukács como manifestación de la decadencia de la filosofía burguesa, en la cual el existencialismo, la «filosofía del imperialismo», permite salvaguardar un espacio abstracto de libertad que nada tiene que ver con las condiciones políticas objetivas de su realización. Algo más tarde en *El asalto a la razón* publicado en 1953, Lukács se propone una tarea de mayor envergadura que viene a ser un punto de llegada de su amplia reflexión respecto al tema de la razón y la filosofía irracionalista. El estudio que aborda desde Schelling hasta Heidegger pretende establecer las raíces del irracionalismo

29. Según informa Manzanera (1993, p. 90) en 1951 se publicó el texto en alemán, no obstante, antes en 1948, «una parte importante de este había sido traducido y publicado en Francia con el título *Existentialisme ou marxisme?*» por la Editorial Nagel de París.

y su relación con la ideología reaccionaria –tan anticientífica como antisocialista, para Lukács–, llegando a establecer un vínculo cierto, pero poco matizado en su argumentación, entre el existencialismo, especialmente el heideggeriano, y la ideología nazi-fascista.

Para Goldman (1975) la querrela entre marxismo y existencialismo data de la década de 1920. En este primer momento Heidegger, sostiene Goldman, alude sin nombrar al Lukács de *Historia y conciencia de clase*. En dos pasajes de *Ser y tiempo* Heidegger (2009, pp. 167; 448) hace referencia a la «cosificación de la conciencia», idea clave en Lukács. Aunque Goldman insiste en la efectiva cercanía entra ambas obras en lo que respecta a conceptos como «inautenticidad» y «cosificación» y también en la pretensión de trascender a la dualidad gnoseológica dominante del neokantismo (De Salas, 1977, pp. 160-161), lo cierto es que en *Ser y tiempo* Heidegger considera a esta filosofía «como un mero planteamiento de nivel óntico incapaz de alcanzar la profundidad del análisis ontológico» (Gil Villegas, 1996, p. 48). El argumento contra Lukács³⁰ es el mismo que se repite en innumerables pasajes contra otros autores aunque con matices, en diferentes momentos de la trayectoria de Heidegger. Se trata del error en el planteamiento fundamental que insiste en la metafísica dualidad sujeto-objeto, dejando así impensado el problema ontológico fundamental, la pregunta sobre el ser. En 1946, como vimos, la opinión de Heidegger va ser algo diferente. Pues en la *Carta sobre el humanismo* va a sostener que Marx sí había conseguido advertir «la esencialidad en lo histórico» a través del concepto de desterramiento. Aunque en las páginas siguientes vuelve a plantear el argumento que vincula la «esencia del materialismo» con la «esencia de la técnica» y que entiende esta última como «un destino en la historia del ser [...] que reside en el olvido» (Heidegger, 2000, p. 54).³¹

30. Gil Villegas (1996, p. 49) considera que «existe efectivamente una alta probabilidad de que el interlocutor no mencionado [de *Ser y tiempo*] sea Lukács, pues aunque él y Heidegger nunca llegaron a conocerse personalmente, el contacto de sus respectivas ideas pudo darse a través de por lo menos tres pensadores que mantenían estrechas relaciones personales con los dos: Emil Lask, Max Scheler y Karl Jasper».

31. A continuación advierte que el peligro que pesa sobre Europa reside en que «su pensar –que antaño fuera su grandeza– queda relegado por detrás del curso esencial del incipiente destino mundial». Y que «ninguna metafísica, idealista, materialista o cristiana, puede, según su esencia, y de ningún modo recurriendo solamente a los esfuerzos por desplegarse, re-tener y recuperar todavía el destino, es decir, alcanzar y recoger con su pensamiento lo que, en un sentido pleno del ser, es ahora» (Heidegger, 2000, pp. 54-55).

Así pues, a fines de los cuarenta, como en las tres décadas siguientes, el marxismo fue una referencia ineludible del debate intelectual, ya fuese para defenderlo, compaginarse con él o para refutarlo —como fue el caso de Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos*, redactada durante la Segunda Guerra y publicada en 1945—. Como decíamos, aunque Sacristán no conociera esta discusión, sino quizá hasta su estancia en Alemania, tenerla a la vista permite calibrar su posición intelectual en relación al contexto.

El seis de noviembre de 1954, un año y tres meses antes de entrar al partido y uno después de la publicación de *El asalto a la razón*, Sacristán había inscrito un proyecto de tesis doctoral bajo el título de «Las ideas gnoseológicas de Heidegger». El texto, que consta de una página dactilografiada, planteaba lo siguiente: Sacristán presentaba un panorama en el cual el desarrollo científico contemporáneo ha tenido una doble consecuencia en su relación con la filosofía. Por una parte, la filosofía se ha visto interpelada por la ciencia de tal forma que esta ha condicionado la elaboración de filosofías anticientíficas o irracionalistas. Pues, argumenta Sacristán, «ni la obra de Bergson es históricamente explicable sin los progresos de la biología a fines del siglo XIX, ni la de Jaspers sin los de la psiquiatría en el siglo XX, ni la de Heidegger sin el pensamiento histórico y la cosmología»; de esta forma, el desarrollo de estas filosofías ha puesto el escenario de un enfrentamiento frontal con la ciencia, pues «el irracionalismo contemporáneo [...] no puede limitarse, como en otras épocas, a proponer al espíritu una vida irracional o “suprarracional”, sino que tiene que entablar una verdadera y explícita lucha contra la razón, caracterizándose así propiamente como antirracionalismo». Ante este panorama, sostiene Sacristán en 1954: «el primer deber de la razón en su ocupación con el pensamiento irracionalista consiste precisamente en examinar cómo se presentan en esa filosofía los temas por ella misma [la razón científica] planteados. Los gnoseológicos tienen en ese contexto una posición previa»³².

¿Qué hay en este proyecto de tesis, teniendo como telón de fondo el debate que

32. AHUB. Expediente Manuel Sacristán.

antes presentamos? Sacristán no entra directamente en el querella de si existencialismo y marxismo son compatibles o no. Que el existencialismo heideggeriano podía dejar de serle atractivo por su connotación política es evidente, no obstante, se alejará de él por un motivo también intelectual. O dicho de otra manera, hay un trabajo de traducción, de puesta en forma de una subjetividad política en un problema teórico (Bourdieu, 1991, 49-61). Él está describiendo, desde una perspectiva histórica, el proceso de hibridación entre ciencia y filosofía, específicamente un momento de cierre disciplinar, de delimitación de las fronteras entre lo filosófico y lo científico. En este cuadro, Sacristán estudiante de lógica y simpatizante (aún no militante) del marxismo-comunismo, se posiciona claramente en favor de la ciencia. La consideración del existencialismo como crítica irracionalista del conocimiento va a desvanecer, tras la lectura de la tesis en 1958, su interés por Heidegger, coincidiendo con una relativa deflación del existencialismo en el mercado de los bienes filosóficos.

La perspectiva histórica del planteamiento del proyecto de tesis remite a las consideraciones del último Ortega, que señalaba en *La idea de principio en Leibniz* el origen común de filosofía y ciencia, y llamaba la atención sobre la interpelación que significó para la filosofía la modificación del modelo científico newtoniano. No obstante, le separa del antiguo maestro su evaluación negativa de la física contemporánea, que Ortega (1967) consideraba una ficción que, al confundir los modelos epistemológicos con los que opera con la realidad concreta, renuncia al conocimiento de esta (véase Moreno Pestaña, 2013, pp. 161-208). En textos posteriores sobre lógica y epistemología, Sacristán va a defender uno de los caminos que la impronta orteguiana permitía, la hibridación radical entre las ciencias y la filosofía: ni una filosofía sin ciencia como la heideggeriana, ni una ciencia sin reflexión sobre sus fundamentos y métodos; característica para Sacristán de buena parte de la Lógica contemporánea, como también de cierto marxismo.

En definitiva, la crítica al existencialismo que quiere hacer Sacristán recoge una problemática intelectual previa de origen neokantiano, introducida en España por la Escuela de Madrid (Moreno Pestaña, 2013). Su defensa del pensamiento

racional está vinculada al proceso de configuración de un *habitus* intelectual caracterizado por el respeto por la racionalidad científica y por un posicionamiento político que entiende la razón como potencial emancipación del hombre frente a lo desconocido. El interés por esclarecer la irracionalidad de la gnoseología heideggeriana se da en este contexto de revisión de la propia tradición y los propios parámetros políticos e intelectuales.

Por último, en relación al campo intelectual nacional, este posicionamiento debe entenderse también, como bien recuerda Vázquez (2009, p. 341), como una respuesta a la lectura que la filosofía oficial católico-tomista hacía de Heidegger por ese entonces: «no solo [como] una vindicación del catolicismo menéndezpeLAYISTA frente a la modernidad cartesiana e ilustrada», sino también como la oposición entre el rigor académico, la sistematicidad y «la hondura teológica» frente al ensayismo, la ligereza y el agnosticismo de Ortega.

CONCLUSIÓN

Como hemos podido comprobar no resulta fácil evaluar las motivaciones que llevaron a Sacristán tomar la decisión de entrar al marxismo-comunismo. Estas son diversas y están relacionadas con aspectos contextuales tanto políticos como intelectuales.

Vimos como el desarrollo del marxismo occidental y su encuentro con las corrientes del pensamiento contemporáneo funcionaban como un polo de atracción intelectual importante, que enmarcan la etapa de intensa policitación posterior a la Segunda Guerra. Sacristán, persuadido como toda su generación por el mito de Europa, no era ajeno a esta realidad. La decisión de volver a España a luchar contra el franquismo, era también la decisión de entrar en una profunda tradición intelectual en pleno auge en Europa y prácticamente desconocida en España.

Desde una perspectiva política Sacristán llega al marxismo-comunismo dentro de

un proceso generacional de desafección al régimen y en un momento en el que el PCE abría sus puertas a nuevos militantes y amigos. No obstante, ni era necesario ser comunista para ser antifranquista, como tampoco era necesario militar en el PCE para ser un intelectual marxista. La particularidad de Sacristán, que hemos intentado explicar, fue: la simbiosis radial entre el compromiso político y el compromiso intelectual. Un intelectual que sin dejar de serlo va a realizar una inmersión total en la vida militante.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, P. (1979). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. (N. Míguez, trad.) Madrid: Siglo XXI (trabajo original publicado en 1976).

Anderson, P. (1986). *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI (trabajo original publicado en 1983).

Bonet, L. (1994). *El jardín quebrado. La escuela de Barcelona y la cultura del medio siglo*. Barcelona: Península.

Bourdieu, P. (1991). *La ontología política de Martin Heidegger*. Barcelona: Paidós (trabajo original publicado en 1988).

Bourdieu, P. (1995). *Las reglas del arte*. Barcelona: Anagrama (trabajo original publicado en 1992).

Carrillo, S. (2006). *Memorias*. Barcelona: Planeta.

Claudín, F. (1978). *Documentos de una divergencia comunista*. Barcelona: El Viejo Topo.

Claudín, F. (1983). *Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general*. Barcelona: Planeta.

D'Agostini, F. (2010). *Analíticos y continentales. Guía de la filosofía de los últimos treinta años.* (M. Pérez, trad.) Madrid: Cátedra (trabajo original publicado en 1997).

De Salas Ortueta, J. (1977). Reseña. Sobre el libro de Lucien Goldmann, Lukács y Heidegger. Hacia una filosofía nueva. Buenos Aires: Amorrortu, *Anales del Seminario de Metafísica* número XII, 160-161.

Domingo Curto, A. (2007). *Manuel Sacristán. Lecturas de filosofía moderna y contemporánea.* Madrid: Trotta.

Estrella, A. (2011). *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E.P Thompson.* Cádiz: Publicaciones de la Universidad de Cádiz.

Estruch, J. (1982). *El PCE en la clandestinidad 1939-56.* Madrid: Siglo XXI.

Estruch, J. (2000). *Historia oculta de PCE.* Madrid: Temas de Hoy.

Fernández, M. F. (2011). Manuel Sacristán: génesis de un intelectual polifónico. *Daimon. Revista internacional de filosofía*, 53, 29-45.

Fernández, M. F. (2013). Orígenes de una disidencia. Manuel Sacristán en las revista *Estilo y Cuadrante. Historia y política*, 30, 225-249.

García Alcalá, J. A. (2001). *Historia del Felipe (FLP, FOC, ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria.* Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

García-Borrón, J. C. (2004). España del siglo XX. *Recuerdos de un observador atento.* Barcelona: Ediciones del Serbal.

Gerratana, V. (1999). Prefacio. En A. Gramsci. *Cuadernos de la cárcel*, Vol. I, (A. M. Palos trad.). México D.F: Ediciones Era (trabajo original publicado en 1975).

Gil Villegas, F. (1996). *Los profetas y el mesías: Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*. México: Fondo de Cultura Económica.

Goldmann, L. (1975). *Lukács y Heidegger. Hacia una filosofía nueva*. Buenos Aires: Amorrortu.

Heidegger, M. (2000). *Carta sobre el humanismo*. (H. Cortés y A. Leyte trads.) Madrid: Alianza (trabajo original publicado en 1947).

Heidegger, M. (2009 [Org. 1927]). *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta.

Hernández Sandoica, E., Ruiz Carnicer, M. & Baldó Lacomba, M. (2007). *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*. Madrid: La Esfera de los Libros.

Jeanneret, P. (2002). *Popistes: Histoire du Parti ouvrier et populaire vaudois, 1943-2001*. Suiza: Éditions d'enbas.

Juncosa, X. (2007). *Documental Integral Sacristán (El joven Sacristán)*. España: El Viejo Topo.

Juliá, S. (2012). *Camarada Javier Pradera*. Madrid: Galaxia Gutenberg.

Kolakowski, L. (1983). *Las principales corrientes del marxismo III. La crisis*. (J. Vigil trad.) Madrid: Alianza (trabajo original publicado en 1978).

Lardín, A. (2005). La organización clandestina del PSUC en Cataluña en los años cincuenta. *Hispania Nova*, 5. Consultado el 5 de marzo de 2012 en: <http://hispanianova.rediris.es/5/articulos/5a002.htm>

López Arnal, S. & De la Fuente, P. (Eds.) (1996). *Acerca de Manuel Sacristán Luzón*. Barcelona: Destino.

Mann, M. (2007). *Fascistas*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia (trabajo original publicado en 2004).

Manzanera, M. (1993). *Teoría y práctica. La trayectoria intelectual de Manuel Sacristán*. (Tesis doctoral). UNED.

Matonti, F. (2005). *Intellectuels Communistes. Essai sur l'obéissance politique. La Nouvelle Critique (1967-1980)*. París: La Découverte.

Morán, G. (1986). *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España. 1939-1985*. Barcelona: Planeta.

Moreno Pestaña, J. L. (2005). *Filosofía y sociología en Jesús Ibáñez*. Madrid: Siglo XXI.

Moreno Pestaña, J. L. (2008). *Filosofía y sociología en Jesús Ibáñez*. Madrid: Siglo XXI.

Moreno Pestaña, J. L. (2009). Delimitando el oficio de filósofo. A propósito de Louis Pinto, *La vocation et le métier de philosophe. Pour une sociologie de la philosophie dans la France contemporaine*, *Daimon* número 46, 91-95.

Moreno Pestaña, J. L. (2013). *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Ortega & Gasset, J. (1967 [1952-1958]). *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, vol. I. Madrid: Revista de Occidente.

Pala, G. (2010). *Teoría, práctica militante y cultura política del PSUC (1968-1997)*. (Tesis doctoral). Universidad Pompeu Fabra. Barcelona.

Pinto, L. (2007). *La vocation et le métier de philosophe. Pour une sociologie de la philosophie dans la France contemporaine*. París: Seuil.

Raulet, G. (2009). *La filosofía alemana después de 1945*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia (trabajo original publicado en 2006).

Sánchez Rodríguez, J. (2004). *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*. Madrid: FIM.

Sartre, J. P. (2009). *El existencialismo es un humanismo*. Barcelona: Edhasa.

Treglia, E. (2012). *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero*. Madrid: Eneida.

Vázquez García, F. (2009). *La filosofía española. Herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*. Madrid: Abada.

Vilar, S. (1986). *Por qué se ha destruido el PCE*. Barcelona: Plaza y Janés.

Capítulo II

EL INTELLECTUAL ANTE EL ACONTECIMIENTO HISTÓRICO. EL CASO DE ENRIQUE TIERNO GALVÁN Y SU VALORACIÓN DE LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO*

Juan Gustavo Núñez Olguín¹

RESUMEN

El presente capítulo pretende explorar en la reflexión política de un intelectual de izquierda enfrentado a un acontecimiento histórico en un momento puntual del tardofranquismo. Para esto, nos centraremos en las opiniones que Enrique Tierno Galván publicó durante 1973 en dos momentos, luego de su visita a Chile a principios de ese año y después de producido el golpe de Estado del 11 de septiembre. Pondremos la atención en la trayectoria política e intelectual de Tierno Galván, en lo que escribió en relación a Chile y en las condiciones histórico-políticas en que lo hizo. Proponemos entonces una lectura desde la intersección que se produce entre trayectoria, texto y contexto.

Palabras clave: Campo político, Campo intelectual, Tierno Galván, Vía chilena al socialismo, Tardofranquismo, Sociología, Historia.

* Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación de referencia FFI2010-15196 (sub-programa FISO), titulado «Vigilancia de fronteras, colaboración crítica y reconversión: un estudio comparado de la relación de la filosofía con las ciencias sociales en España y Francia (1940-1990)», concedido en la convocatoria de ayudas a proyectos I+D 2010 del Ministerio de Ciencia e Innovación.

1. Miembro del grupo de investigación HUM-536, Universidad de Cádiz, España.

ABSTRACT

The present work intends to explore into the political reflection of a left wing intellectual faced with an historical event in a specific moment of the Late Francoism. For this, we are going to focus on the opinions published by Enrique Tierno Galván during 1973 in two instances, after visiting Chile early that year and after the coup d'état of September 11th. The focal point will be the political and intellectual trajectory of Tierno Galván, on what he wrote in relation to Chile and on the historical and political conditions he was at the moment of writing. We therefore propose a reading from the perspective of the intersection produced by the trajectory, text and context.

Key words: Political field, Intellectual field, Tierno Galván, Chilean way to socialism, Late Francoism, Sociology, History.

INTRODUCCIÓN

Después del mayo francés y los sucesos de Praga, reflejos del fracaso de la revolución en Occidente y del aislamiento de la Revolución bolchevique, la idea de que el Tercer Mundo era el último lugar posible para la transformación de la realidad tomó fuerza en la cultura progresista de la época (Muñoz, 2006). Las revoluciones y movimientos por la independencia política y económica, centraban entonces la atención de los comentarios internacionales. Cuba, Argelia y Vietnam serían obligados temas de análisis en la época. También lo sería Chile, país que en septiembre de 1970, por cauces democráticos y republicanos, elige como presidente al socialista Salvador Allende Gossens, quien era apoyado por la Unidad Popular (UP), conglomerado de partidos de izquierda y centro-izquierda integrado por el Partido Comunista de Chile, el Partido Socialista de Chile, el Partido Radical, el MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria, escisión de la Democracia Cristiana) y el API (Acción Popular Independiente).

El interés de la reflexión política e intelectual de izquierda en España y en los paí-

ses de capitalismo avanzado se centró en el experimento socialista chileno que, tres años después de su triunfo electoral, sería aplastado por el golpe de Estado que llevarán a cabo las Fuerzas Armadas con el apoyo de Washington y la derecha chilena (véase: Informe Church, 1975; Informe Hinchey, 2000).

En el presente trabajo se pretende explorar el impacto que este acontecimiento histórico —conocido comúnmente como «vía chilena al socialismo»² produjo en la reflexión política-intelectual de izquierdas en un momento puntual del tardo-franquismo. Para esto, nos centraremos en las opiniones de Enrique Tierno Galván en torno al proyecto de la Unidad Popular y al golpe de Estado que marcó el fin de la experiencia chilena.

Los dos primeros apartados de este trabajo estarán dedicados a nuestro marco metodológico y a la reconstrucción de la trayectoria social, académica y política de Tierno Galván. Los siguientes apartados comentarán las reflexiones que Enrique Tierno dedicó a la experiencia chilena en dos momentos de 1973: el primero, en un artículo para la revista *Triunfo* luego de su visita al Chile de la Unidad Popular; y el segundo, en una encuesta para la revista *Cuadernos para el Diálogo* después de producido el golpe de Estado. Se propone aquí una lectura que ponga en relación la trayectoria política e intelectual de Tierno Galván, sus opiniones con respecto a la vía chilena al socialismo y su final, y el momento histórico-político en que reflexionó en torno a Chile.

CAMPO INTELECTUAL, CAMPO POLÍTICO Y CONDICIONES PARA LA OPINIÓN CRÍTICA

El concepto de campo desarrollado por el sociólogo francés Pierre Bourdieu, hace referencia a un espacio social, un microcosmos con una autonomía relativa

2. El concepto «vía chilena al socialismo» es un tanto difícil de objetivar. Profundizar al respecto merecería un completo estudio que nos alejaría de los objetivos del presente trabajo. Entenderemos aquí por vía chilena su acepción convencional: el proyecto político cuyo objetivo fue alcanzar el socialismo mediante la alianza de sindicatos y partidos políticos de izquierda y centro-izquierda, dentro de los marcos de la institucionalidad vigente, a través del sufragio y en un sistema pluripartidista.

poseedor de su propia lógica. En un campo determinado se producen, entre los agentes o grupos de agentes que actúan en él, enfrentamientos que responden a relaciones de fuerza. Esta fuerza es el capital simbólico acumulado y lo que está en juego es la transformación de estas relaciones de fuerza, la imposición legítima de principios de visión y de división del mundo social. Se lucha, en resumidas cuentas, por cambiar el peso de los capitales dentro del campo, por cambiar o mantener el orden social establecido (Bourdieu & Wacquant, 2005). En el caso de campo político será el capital político el bien simbólico específico que entra en juego, esto es, prestigio, reputación, renombre, confianza, capital que dependerá a su vez del peso político del partido de un agente determinado, si este fuera el caso, y de la posición de este agente dentro de su partido. El acceso al campo político dependerá de ciertas condiciones sociales, por ejemplo, tener buena educación, o disponer de tiempo libre, cuestión que supone contar con una cierta renta. Esto, nos muestra Bourdieu, implica una exclusión, ya que el campo político mientras más se constituye, más se profesionaliza, haciendo visible la diferencia entre «profesionales» y «profanos» (Bourdieu, 2000).

Sin embargo el campo político, a diferencia de otros campos, no puede cerrarse completamente sobre su propia lógica, pues debe rendir cuentas cada cierto tiempo a los mandantes, a la «clientela». Esto porque la lucha en el campo político es por la imposición legítima de ideas de organización de la vida en común. Ideas que, en teoría, han nacido para la población, a la que se invita a sumarse y participar. Por este motivo este campo se verá directamente afectado por la intervención de intelectuales, periodistas, mujeres y hombres de opinión, que jugarán un importante papel en la imagen que los ciudadanos se harán de la clase política, funcionando así como puente entre el discurso político y el resto del pueblo.

Hablaremos en el transcurso de este trabajo de un intelectual enfrentado a un acontecimiento histórico. Cuando señalamos a los intelectuales lo hacemos refiriéndonos «tanto al conjunto de los productores culturales, como a los que, de entre ellos, intervienen en el espacio público en tanto que tales» (Sapiro, 2011, p. 129). En consecuencia, y según lo que hemos mencionado en este apartado, los

intelectuales al intervenir en política con su opinión producen efectos concretos en el campo político, cuestión que es condición necesaria, nos dice Bourdieu, para decir que un agente determinado existe dentro del campo. Esta capacidad del intelectual de influir, y por tanto pertenecer al campo político, determinará la posición que ocupa dentro de él, cuestión que explica buena parte de su discurso con respecto a la contingencia política (Bourdieu, 2000). Ambas dimensiones, la intelectual y la política, o mejor aún, la intersección que se produce entre la producción cultural-académica y la intervención política, es la que nos interesa explorar en el caso de Enrique Tierno Galván enfrentado a la vía chilena al socialismo.

Respecto de las posibilidades del campo intelectual para la opinión crítica a comienzos de la década de los setenta en España, estas eran, obviamente, reducidas. Existían pocos espacios para divulgar el pensamiento crítico con el régimen. La censura y las sanciones establecidas por la ley fueron un factor objetivo que condicionó el lenguaje, el tono y los temas que se trataron en las revistas políticas que se editaron dentro de España. Nos referimos a estas publicaciones porque a los intelectuales críticos con el franquismo se les había denegado el acceso a los estratos superiores del sistema académico y mediático,³ viéndose obligados a organizar esferas de discusión propias que les brindaran unas mínimas condiciones para la opinión crítica con la realidad social y política (Pecourt, 2008). Este es el ámbito en el que se publicaron las primeras impresiones de Tierno después de su visita a Chile y luego de producido el golpe del 11 de septiembre.

La edición y publicación de estas revistas estaba condicionada, en la época que nos ocupa, por el control de la Ley de Prensa e Imprenta de 1966 impulsada por el entonces ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne. La principal novedad de la «Ley Fraga», como comúnmente se le conoce, era la desaparición de la censura previa, la cual se utilizaría solo bajo estado de excepción o de

3. El propio Enrique Tierno Galván sería expulsado de la universidad por apoyar las manifestaciones estudiantiles en 1965. Sobre esto nos referiremos en el siguiente apartado.

guerra. Sin embargo la ley imponía el depósito previo a toda publicación antes de ser distribuida. Luego, una vez que las autoridades analizaran el contenido, podían aplicar las sanciones establecidas por la ley entre las que se encontraba el secuestro administrativo de la publicación en cuestión.

Las limitaciones a la libertad de expresión y al derecho a la difusión quedaban establecidas en el artículo segundo de la siguiente manera:

La libertad de expresión y el derecho a la difusión de informaciones, reconocidas en el artículo primero, no tendrán más limitaciones que las impuestas por las leyes. Son limitaciones: el respeto a la verdad y a la moral; el acatamiento a la Ley de Principios del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales; las exigencias de la defensa nacional, de la seguridad del Estado y del mantenimiento del orden público interior y la paz exterior; el debido respeto a las Instituciones y a las personas en la crítica de la acción política y administrativa; la independencia de los Tribunales, y la salvaguardia de la intimidad y del honor personal y familiar (Ley 14/1966. *Boletín Oficial del Estado*, n° 67, 19 de marzo de 1966).

Esta ambigüedad jurídica permitió a las autoridades del régimen interpretar a su conveniencia los contenidos de las publicaciones. Al amparo de esta ley se llevaron a cabo numerosos expedientes administrativos, suspensiones, sumarios, secuestros preventivos e incluso detenciones y confinamientos. Lo que la ley buscaba era seguir manteniendo el control sobre los medios informativos y de opinión que no dependían del Estado, pero con un mejor aspecto ante la comunidad internacional. Se sustituía en definitiva la censura previa para inducir a la autocensura. Este tipo de reformas se realizaron para continuar con la incorporación de España al «mundo desarrollado», contribuyendo así, desde una perspectiva social y cultural, a una operación de liberalización económica y apertura de los mercados que se venía gestando desde el Plan de Estabilización de 1959 (Núñez, 2013).

Cabe mencionar que la «Ley Fraga» aunque estaba lejos de consagrar plenamente la libertad de prensa, para algunos autores supuso un pequeño espacio que

permitió, bajo riesgo de ser sancionado, incorporar contenidos políticos y mostrarse con el correr de los años cada vez más críticos con la realidad española. En opinión de Javier Tusell el efecto de la ley fue, con todo, positivo, pues se produjo una inmediata multiplicación de las publicaciones y la prensa logró romper con su comportamiento habitual hasta entonces, y lo más importante, «la prensa pudo contribuir de manera decisiva a divulgar los principios y normas en los que se basa la democracia e incluso llegar a convertir esta no solo en algo conocido, sino habitualmente admitido por los españoles» (Tusell, 1998, p. 488).

Como recurso para poder opinar de forma crítica frente a esta normativa legal, las revistas políticas críticas con el régimen trataron con frecuencia temas que acontecían fuera de las fronteras de España para, desde ese análisis de una realidad foránea, realizar una crítica disimulada de la realidad propia. De esta manera Chile, el proceso liderado por Allende y su dramático final, además de interesar a los intelectuales de izquierda al plantear el debate sobre el socialismo democrático, fue seguido con gran interés por una parte del campo intelectual que, con extrema moderación, propia de quien se sabe vigilado, aprovechaba para proyectar un régimen de libertades democráticas (Núñez, 2013).⁴

Intentaremos vislumbrar los aspectos mencionados anteriormente en las opiniones de Enrique Tierno Galván enfrentado a la vía chilena al socialismo y al golpe de Estado del 11 de septiembre. Antes, localizaremos su posición en el campo intelectual y político español de principios de los años setenta.

ENRIQUE TIERNO GALVÁN, INTELLECTUAL Y POLÍTICO

Los padres de Tierno Galván provenían de familias campesinas de la provincia de Soria y estaban entre una minoría del pueblo que poseía una pequeña propiedad agrícola. Los bienes derivados de esta propiedad y de una pensión que le

4. Cabe mencionar que este interés hacia los procesos políticos que se estaban llevando a cabo en Chile se puede observar incluso en algunas publicaciones que en la época existían al amparo del régimen. Al respecto véase: Roucek, J. 1971. La presidencia de Allende, *Revista de Estudios Políticos*, 175: 99-112; Quinzio, J. 1972. Sistema electoral chileno, *Revista de Estudios Políticos*, 186: 297-378.

correspondía al padre como excombatiente de la guerra de Cuba les sirvieron para trasladarse a Madrid, transformándose en la primera generación en salir del pueblo para mudarse a la capital (Vilar, 1968), donde nacería Enrique Tierno Galván en febrero de 1918. El ambiente ideológico en casa de sus padres fue, en palabras de Tierno, de un «liberalismo acentuado y crítico, como corresponde en cierto modo al campesino soriano que ha sido siempre de una mentalidad crítica y liberal».⁵ Inicia estudios de Derecho y Filosofía y Letras, los cuales se ven interrumpidos por la Guerra Civil, en la que Tierno toma partido, sin militancia política, por el bando republicano. Retomará la universidad una vez finalizado el conflicto. Comienza a temprana edad su labor docente en la universidad como auxiliar de la cátedra de Ciencias Políticas de Carlos Ollero. Un poco más tarde, en 1948, con treinta años de edad, gana la cátedra de Derecho Político de la Universidad de Murcia.

En este punto, en el que hemos abordado brevemente la procedencia y primeros años de Tierno Galván, es necesario mencionar el polémico libro de César Alonso de los Ríos, *La verdad sobre Tierno Galván* (1997). Con respecto a algunos de los temas que hemos mencionado anteriormente, Alonso de los Ríos (1997, p. 20) afirma:

Se inventó una personalidad soriana rural; una familia labradora imaginaria; una actividad militante en la Guerra Civil; una persecución política en la posguerra en contradicción con la brillantez de su carrera académica; una ideología marxista cuando aún estaba en una época que podríamos definir como tecnocrática y regeneracionista.

No es el objeto del presente trabajo profundizar en la veracidad de los datos que Tierno Galván aporta sobre su pasado, o en los desmentidos de Alonso de los Ríos, publicados una década después de la muerte de Tierno Galván. Lo que nos

5. En el presente apartado las citas textuales de Enrique Tierno Galván están recogidas de una entrevista concedida a Sergio Vilar en 1968 (Vilar, 1968, pp. 122-135).

interesa aquí es comprender por qué, y en qué circunstancias, Enrique Tierno Galván dijo lo que dijo con respecto a su pasado. Para esto, nos centraremos en la reconstrucción que José Luis Moreno Pestaña hace de su trayectoria utilizando como fuentes tanto a Tierno como a Alonso de los Ríos:

Tras su compromiso con la República, Tierno entra en contacto con un sector afín al Régimen (desde Santiago Montero Díaz hasta Javier Conde, pasando por Adolfo Muñoz Alonso) que le permite progresar en su carrera (...) se construye un personaje respetable que borre su origen popular (desde muy joven se le considera “viejo profesor” por su aspecto) y, una genealogía considerablemente novelada (...) lo que era políticamente más rentable que su real juventud en el Madrid republicano. (...) se instala en la doble vida y en la reserva mental, una forma posible de pacto consigo mismo, salida posible en situaciones delicadas como las que se presenta a un no heredero con estigmas políticos (Moreno Pestaña, 2013, pp. 58-59).

Es lógico pensar que algo no cuadra en el relato de alguien que tomó parte por el bando republicano y que, a solo una década de finalizada la guerra, obtenga una cátedra en la Universidad de Murcia. Creemos que, aunque seguramente los afectos de Tierno estaban con la República, no jugó un papel relevante en la guerra y supo acomodarse a los nuevos tiempos colaborando, y rodeándose, de las personas adecuadas, en este caso, Carlos Ollero, conocida personalidad del régimen franquista. Como menciona Moreno Pestaña, «solo aquellos que entran en contacto con un grupo intelectualmente bien situado desarrollan los saberes que permiten atraer el centro de atención» (Moreno, 2013, p. 38). Pues bien, pensamos que esto es precisamente lo que hizo Tierno Galván en el ámbito institucional, comenzando así una ascendente carrera docente e intelectual, imposible de concretar con su propio capital social. Esto implica la hipótesis de que para acceder a la vida intelectual basada en la seguridad académica era necesario transar en alguna medida con la institucionalidad franquista.

En 1953 Enrique Tierno se traslada a la cátedra de Derecho Político de la Uni-

versidad de Salamanca, dando inicio un año más tarde al *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca*, en el que se transmitía un pensamiento europeísta —la integración de España en Europa era una de las preocupaciones de Tierno en la época— además de trabajos científicos en coordenadas marxistas. En un intento de llevar a la práctica el pensamiento político que desde el *Boletín* se difundía, funda la Asociación por la Unidad Funcional de Europa, cuestión que le traería serios problemas con la ley bajo la acusación de ser europeísta y socialista. Es por aquella época cuando Enrique Tierno comienza a forjar un prestigio en el ámbito intelectual y académico⁶ y una fama de intelectual políticamente comprometido, animando en torno a su Seminario de Derecho Político a un reducido número de socialistas entre los que se encontraba Raúl Morodo. Este compromiso político, crítico con la realidad española, le cuesta incluso un par de semanas en la cárcel de Carabanchel, experiencia que Tierno valoraría de la siguiente manera:

Como experiencia carcelaria no tiene importancia. Lo que hizo este proceso fue acentuar más los perfiles del raciocinio. No había más remedio que contribuir a disolver todo ese mundo arcaico y obstaculizante que entorpecía y entorpece la marcha del país. Y esto permitió también extender más mi visión política y la valoración de los grandes problemas nacionales. Claro, esto ya no se podía hacer sino en la práctica de lo que podemos llamar conspiración. Es decir, en unas relaciones directas con las personas interesadas en lo mismo, tanto en un plano intelectual como en el plano obrero.

Producto de su compromiso político, que se manifestaba en su labor académica —«en Salamanca las clases se hacían muy numerosas y se convertían en un centro de expansión política, se profundizaba en las relaciones con los elementos de base»—, Enrique Tierno comenzará a sentir las presiones gubernamentales. Esta

6. En el ámbito académico destacan en esta época trabajos como *Sociología y situación* (1955) e *Introducción a la sociología* (1960), además de la primera traducción al castellano del *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein (1957).

situación lo obligó a partir por periodos cortos a la Universidad de Princeton primero, y a la Universidad de Puerto Rico después. A su vuelta, en 1963, la situación en las universidades era diferente a la de la segunda mitad de los años cincuenta. La rebeldía de los estudiantes se había hecho más participativa y las protestas abarcaron a una gran cantidad de jóvenes universitarios antifranquistas a los que se sumaron un número creciente de profesores jóvenes, PNNs en su gran mayoría, que habían incrementado las plantillas docentes de las universidades españolas para atender el progresivo aumento de alumnos –de procedencia social variada, además de un número cada vez mayor de mujeres– evidenciado desde fines de los años cincuenta (Hernández, Ruiz & Baldó, 2007).

Enrique Tierno Galván apoyó las protestas estudiantiles que se habían incrementado en 1965 y participó en asambleas libres de estudiantes. Esto motivó su conocida expulsión de la universidad. En agosto de 1965 y según resolución del Consejo de Ministros, Enrique Tierno Galván, José Luis López Aranguren y Agustín García Calvo son expulsados de por vida de sus respectivas cátedras, mientras que Santiago Montero Díaz y Mariano Aguilar eran separados de sus cátedras por dos años. Tierno Galván no volverá a la universidad española hasta 1976. Es interesante mencionar en este punto que, según él mismo, había tomado conciencia de que, para demostrar coherencia, su compromiso político lo llevaría inevitablemente a la expulsión:

Al volver de este viaje [de Puerto Rico] se inició una lucha abierta, manifiesta, en la que yo era consciente de que tenía que acabar con mi expulsión de la Universidad. Mi conciencia de este hecho, por otra parte, casi me llevaba a desearlo, porque comprendía que en los cuadros de la universidad, tal y como está construida, era una voz que se licuaba y que no daba ejemplo suficiente. Podía hacer mucho pero en el fondo era negativo, porque estaba siempre condicionado a la contrapartida. Para poder hacer un testimonio más explícito –pensé– lo mejor sería en un momento dado ponerse al lado, de un modo abierto, de lo que yo creía que beneficiaba al país, que era un retorno a la situación de libertad y de democracia. Y sobre todo abrir el camino a las soluciones socialistas.

Estas expulsiones⁷ motivaron la creación de una nueva institución, el Centro de Enseñanza e Investigación, Sociedad Anónima (CEISA).⁸ Desde el CEISA «comenzarán a determinarse buena parte de las corrientes intelectuales dominantes en la sociología española (...). La atención del naciente campo sociológico español empezó a definirse respecto a lo que allí ocurría» (Moreno, 2008, p. 86). Enrique Tierno Galván impartirá clases en el CEISA y será un actor fundamental de este nuevo espacio crítico y científico. José Vidal-Beneyto (2009, p. 26) menciona al respecto:

Los viejos maestros José Luis Aranguren y Enrique Tierno, acompañados por José Luis Sampedro, Carlos Ollero, Francisco Murillo Ferrol, José Antonio Maravall, Antonio Truyol y demás compañeros de discrepancia comedia, funcionaron como legitimación intelectual y primera barrera defensiva y gracias a ellos y al eco que tuvieron en buena parte de la burguesía ilustrada, se pudo fletar un ámbito colectivo de enseñanza e investigación, al que, en su primera salida dimos la forma de una sociedad mercantil y al que pusimos el nombre de CEISA.

Después de su expulsión de la universidad española y de la experiencia del CEISA el «viejo profesor», como comenzaba a conocerse, ahora sin cátedra, se traslada a Estados Unidos para dar clases en la Universidad de Princeton en los años 1966 y 1967. Volverá a España en mayo de 1967 para continuar, junto a Raúl Morodo y otros miembros del grupo conformado en torno a Tierno, con la labor abiertamente política que desempeñaban desde el despacho de abogados de la calle Marqués de Cubas, en el centro de Madrid, desde donde se llevaban a cabo diferentes actividades de oposición al régimen: defensa jurídica en casos políticos; se mantenía estrecho contacto con los clandestinos sindicatos y parti-

7. El suceso estuvo lejos de pasar desapercibido, las expulsiones motivaron protestas estudiantiles y manifestaciones de solidaridad de otros conocidos académicos de la universidad española. Es el caso de Pedro Laín, Antonio Tovar y José María Valverde, quien renuncia a su cátedra de Estética en Barcelona. Similar actitud tomarán Eloy Terrón en Madrid y Federico Gaeta en Zaragoza (Hernández, Ruiz & Baldó, 2007).
8. El CEISA existió entre los años 1965 y 1968. Tras un cierre gubernativo continuó como Escuela Crítica de Ciencias Sociales entre 1968 y 1970, cuando sufre el cierre definitivo (Moreno, 2008).

dos políticos; se concedían entrevistas con periodistas nacionales y, sobre todo, extranjeros, en las que se emitían declaraciones políticas; y se emprendían gestiones de connotación política ante algunas embajadas (Plata, 2010; Vilar, 1968). En 1968 junto a Morodo, su principal colaborador, y el «grupo de Marqués de Cubas» –también conocido entonces como Federación Socialista de Madrid– fundan el clandestino y marxista Partido Socialista del Interior (PSI).⁹ Según una clasificación de Novella (2009) de las distintas etapas en el pensamiento de Tierno Galván, 1968 marca el fin de una etapa cuya característica principal será el pensamiento marxista y socialista, que se evidencia desde su labor docente y jurídica (1962-1968),¹⁰ para dar comienzo a un periodo de activismo político (1968-1978). Desde la fundación del PSI, Tierno Galván pasa a ocupar un lugar de vanguardia en el socialismo madrileño.

Las relaciones con el PSOE histórico en el exilio, liderado por Rodolfo Llopi, eran tensas y el panorama del socialismo al interior de España muy disperso. Sin embargo, hacia principios de los años setenta, Enrique Tierno Galván era considerado un importante político socialista en la España tardofranquista. Por otra parte, el «viejo profesor» ya había acumulado capitales simbólicos suficientes para ser valorado por sus pares como un intelectual. En pleno gobierno de Salvador Allende el profesor Tierno Galván, conocido intelectual de izquierda, será invitado a Chile para colaborar en el proceso de tránsito al socialismo.

IMPRESIONES TRAS LA VISITA AL CHILE DE LA UP

Enrique Tierno Galván fue invitado a Chile a principios de 1973 por el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), dependiente de la Universidad Cató-

9. Antes de la fundación del PSI, hacia 1963, Enrique Tierno había entrado al PSOE con la intención de renovarlo y dejar atrás sus connotaciones históricas. Sin embargo, rompe con el partido tres años después (Plata, 2010). Posteriormente, en 1974, el PSI pasaría a llamarse Partido Socialista Popular (PSP) –partido que integraría la Junta Democrática de España–. Finalmente, y para pesar de Tierno, el PSP sería absorbido por el PSOE en 1978.

10. De esta época son trabajos como *Tradición y modernismo* (1962), *Humanismo y sociedad* (1964), *La realidad como resultado* (1966) y *Baboeuf y Los iguales. Un episodio del socialismo premarxista* (1967).

lica de Chile, para participar junto a otros especialistas de diferentes nacionalidades en varias conferencias y reuniones de trabajo que tenían por objeto debatir en torno a los alcances legales y políticos de un proceso de transformación socialista a partir de un determinado marco institucional. ¿Cómo llevar a cabo una revolución socialista sin salirse de la legalidad vigente? Era el tema que el profesor Tierno abordaría como experto en Derecho Constitucional. Tendría la oportunidad de conocer en persona al presidente Allende y a los máximos dirigentes de la Unidad Popular y de observar *in situ* cómo se desarrollaba el proceso de tránsito al socialismo que tanto interés había despertado. Sus impresiones tras la visita a Chile son publicadas en marzo de 1973 –a las pocas semanas de su visita y a unos meses de producirse el golpe de Estado– en revista *Triunfo*.

Detengámonos aquí para referirnos brevemente a esta publicación. *Triunfo* había nacido como revista cinematográfica en Valencia en 1946, trasladándose a Madrid un par de años más tarde. En 1962 cambia sus contenidos transformándose en semanario social, cultural y político, luego de que un importante grupo publicitario de la época invierta en la edición de la revista (Ezcurra, 1995). A partir de este cambio, *Triunfo* ocupará un lugar relevante entre las publicaciones críticas con el régimen y se constituirá pronto en uno de los principales espacios de opinión de connotados intelectuales y periodistas de izquierda. Hacia fines de los años sesenta y principios de los setenta, *Triunfo* será una publicación cuya definición política estaba próxima al comunismo y al liberalismo (Pecourt, 2008), en la que ocupaban un espacio relevante reconocidas figuras del campo intelectual cercano al ámbito cultural y periodístico, como Eduardo Haro Tecglen, Manuel Vázquez Moltalbán y César Alonso de los Ríos. Una parte importante de sus contenidos tratará temas relevantes del acontecer internacional para así, de manera solapada, hablar de socialismo y realizar una crítica a la realidad española. La evolución de Chile, tanto en la época de la Unidad Popular como en la de la Junta Militar, será un tema al que *Triunfo* dedicará más de cien artículos entre 1970 y 1981.¹¹

11 Es posible revisar todos los números de *Triunfo* –desde 1962 hasta su desaparición en 1982– digitalizados en la web www.triunfodigital.com

«La legalidad como alternativa» fue el sugerente título que Enrique Tierno escogió para su artículo. Fue publicado en el número 544 de *Triunfo*, aparecido el 3 de marzo de 1973, en su portada contenía, con fondo negro y el dibujo de una urna de cristal que dejaba ver las papeletas, el siguiente título: «Francia y Chile. La izquierda ante las elecciones», aludiendo a las elecciones legislativas que se celebrarían en ambos países, coincidentemente, el 4 de marzo. Sería esta la ocasión en la que, por un lado, la izquierda francesa medía electoralmente un proyecto de coalición similar –guardando las distancias– al de la Unidad Popular chilena,¹² y por el otro, en el que Allende se jugaba la continuidad de su gobierno.¹³

En el comienzo de «La legalidad como alternativa», Tierno Galván reafirma su condición de socialista y su condición de demócrata, recalcando la novedad del proyecto chileno en tanto que aporte para superar el paradigma revolucionario imperante:

La situación política de Chile se sale de los límites de un problema nacional e incluso de un problema internacional, para entrar a la historia universal como ejemplo primero de una situación hasta ahora inédita. Desde que Marx y Engels defendieron la necesidad inexcusable de una dictadura de clase para que pudiera producirse la transición a una sociedad socialista, no ha habido ningún intento práctico y muy pocas especulaciones teóricas que reflejasen con claridad, en el orden de los hechos, la posibilidad de una

12 Cabe mencionar, a modo de ejemplo del interés que la experiencia chilena había despertado en la izquierda europea de la época –la francesa en particular– una entrevista al entonces secretario general del PSF François Mitterrand, a la vuelta de un viaje realizado a Chile para observar el proceso y entrevistarse con el presidente Allende. Esta entrevista, publicada en el número 479 de *Triunfo* (diciembre de 1971) se tituló «El ejemplo chileno», y venía a complementar un reciente artículo de Eduardo Haro Tecglen, aparecido en el número 478 de *Triunfo*, en el que se hacía notar que Mitterrand buscaba en Francia una forma de unidad inspirada en el «allendismo».

13 Esto porque, la Confederación de la Democracia –conglomerado que agrupaba a la Democracia Cristiana y a la derecha– había hecho campaña con la promesa de destituir constitucionalmente al presidente Allende si conseguían los dos tercios necesarios en el Parlamento para tal efecto, plan que, como sabemos, y pese al triunfalismo de la derecha de entonces, fracasa por completo al lograr la Unidad Popular un inesperado 44,11 % de los votos, aumentando así considerablemente su base electoral en relación al 36,6 % con el que Allende había ganado la elección presidencial tres años antes. Con este resultado se agotaban las herramientas de la reacción chilena y los planes de desestabilización de Washington para acabar con el gobierno chileno. El golpe militar estaba cerca.

transición pacífica hacia el socialismo. La tesis general que asume la violencia como uno de los elementos imprescindibles para que pueda producirse una revolución (...) parece que se oscurece, o por lo menos pierde su carácter de solución única y exclusiva, ante el caso de Chile.

En su relato, que revisaremos resumidamente a continuación, Tierno mencionará los aspectos, del proceso y sus actores, que le llamaron poderosamente la atención, y las dificultades que será necesario vencer para la realización de una revolución sin salirse de la legalidad vigente y en un sistema que admite el pluralismo político.

En relación a este último aspecto, Tierno señala básicamente seis obstáculos. El primero de ellos hace referencia al momento político que vivía el proyecto, a solo dos meses de la elección parlamentaria que antes mencionamos, pues, en un Parlamento en el que predomina un sistema de coaliciones políticas, la coalición de derechas, en la que se incluye la Democracia Cristiana, era superior en número a la coalición de izquierdas. En lo que Tierno menciona al respecto se observa seguridad en la continuidad del proyecto y en el carácter irreversible de la revolución ya que, de sacar un resultado favorable la derecha política chilena, aunque sea por un margen reducido, «la acción revolucionaria irá más lenta. Tendrá que hacerse a través del ejecutivo y aprovechando el gran prestigio de Allende», para esto sería necesario recurrir a los «resquicios legales», disposiciones anticuadas pero vigentes que permitían al poder ejecutivo actuar sin aprobación parlamentaria. Esto había permitido «sin romper la legalidad, transformar parte de la estructura económica de Chile, respetando, por ahora, la estructura política».

El segundo obstáculo que Tierno Galván identifica corresponde a la barrera de un sistema tradicional de propiedad, pues superarla significaría destruir intereses y privilegios de la oligarquía por medio de la socialización de los medios de producción y la nacionalización de empresas, proceso que ya estaba en curso. En tercer lugar, menciona la necesidad de vencer los mitos burgueses hostiles a la revolución, muy enraizados en la clase media, como el mito del orden, entendido

este no como «paz pública», sino como una continuidad institucional burguesa que permanece por la inercia del prejuicio.

En cuarto lugar, Tierno alude al lenguaje revolucionario desmesurado de algunos sectores —muy excepcional, y por lo mismo, sospechoso—, que atribuye a «la literatura política, pensada desde elementos utópicos no solo incapaces de adaptarse a la práctica, sino destructores de la propia práctica». Es interesante mencionar que, cuando Tierno hizo una crítica al carácter ritual y dogmático de ciertas referencias a Marx y a los teóricos del marxismo, un miembro del PC chileno le dijo que cuando citaban a este siempre lo hacían en pretérito, con la intención de huir de toda cristalización y dogmatismo, cuestión que llamó profundamente la atención de Enrique Tierno.

El quinto escollo hace referencia a la mentalidad de las fuerzas populares, pues por falta de preparación ideológica «tienden a interpretar el proceso revolucionario como la sustitución de los que poseían la propiedad de los bienes de producción por unos nuevos propietarios tan celosos de conseguir beneficios del capital como podían estarlo los antiguos».

Finalmente, Tierno Galván señala el mal, «tan extendido en los países latinoamericanos», del pronunciamiento militar. Al respecto menciona la «muchacha conciencia cívica del militar chileno» y su «marginación voluntaria del proceso político para servir al poder de donde toda legalidad mana, es decir, al pueblo». Esta valoración positiva, tanto de las fuerzas revolucionarias —que no aspiran ni a la violencia ni a romper la legalidad— como del ejército —que obedece a una inalterada tradición, idea muy generalizada en aquel entonces—, que han acordado respetar la Constitución vigente, vuelve a mostrar su confianza en la continuidad del proceso que considera de gran trascendencia «para el futuro del socialismo en Occidente, si como espero y deseo sigue adelante».

Con respecto a las cuestiones observadas en Chile que llamaron la atención de Enrique Tierno Galván que, como veremos, serán a su vez reflejo de un ideario

político, menciona en primer lugar haberse sorprendido por la serenidad de los dirigentes políticos de la UP en momentos de dificultad. Esta tranquilidad, señala, no respondía al desconocimiento de la difícil situación, sino a «la convicción profunda de que siguen el camino recto y que cualquier fracaso habrá que aceptarlo como una interrupción, pero nunca como un final», esta tranquilidad es la que les ha permitido a los revolucionarios chilenos considerar los problemas «con distancia intelectual (...) y poner entre paréntesis cualquier natural inclinación de recurrir a la vieja fórmula de la dictadura del proletariado». Con esto, Tierno ratifica su condición de socialista y demócrata, la misma que menciona Novella (2009) al decir que Tierno siempre identificaba democracia con socialismo, pues «para ser actual tiene que ser democrático» (Novella, 2009, p. 508).

Con respecto a la situación social, Tierno Galván observa «un pueblo ejemplar» que acepta el ambiente de escasez –no de pobreza, aclara– que sustituye lentamente a la antigua abundancia, situación derivada del fin de los créditos otorgados a Chile y al «dogal norteamericano» que «pretende estrangular la revolución por el hambre». El consuelo: «lo que hasta ahora se ha hecho tiene el carácter de irreversible (...) la pobreza se ha ido convirtiendo, pese a todo, en una situación de mayor igualdad que implica una situación de escasez bien distribuida, casi equivalente».

Al mencionar las constantes provocaciones de un sector de la derecha y de agentes provocadores externos, que pretendían desequilibrar la «paciencia del sector político que intenta orientar la revolución sin institucionalizar un sistema represivo cuyo ejecutor sea el pueblo», Tierno señala que esta tensión no se transforma en violencia gracias al apoyo moral de una juventud consciente de su deber revolucionario. Esta fue otra sorpresa para Tierno Galván, el sacrificio «por parte de los miles de jóvenes que concilian el trabajo físico con el trabajo intelectual y la máxima austeridad con el paciente buen humor». Seguramente él al referirse al compromiso revolucionario de los jóvenes, está rememorando y alentando a aquellos que apoyó ocho años antes, cuando lo expulsan de su cátedra. En los cuadros jóvenes chilenos, dice Tierno, «la diferencia entre el obrero manual, el

trabajador especializado y el intelectual comienza a borrar sus perfiles en beneficio de la revolución y como resultado de la revolución».

Finalmente Tierno vuelve a mencionar, en tono optimista, el carácter irreversible de la revolución chilena sin prever la brutal reacción que unos meses después vendría —con financiamiento norteamericano— de parte de los militares cuya «muchacha conciencia cívica» había observado, y de la derecha política que él pensó impotente ante el avance socialista: «La única posibilidad legal de la derecha chilena para subsistir durante algún tiempo como derecha es seguir despacio e intentando frenarlo, pero seguir el proceso revolucionario».

GOLPE DE ESTADO EN CHILE, REFLEXIONES TRAS EL DESASTRE

El 11 de septiembre de 1973 se produce el golpe de Estado que termina con el gobierno constitucional del presidente Allende. Chile pasaba a formar parte del recurrente fenómeno latinoamericano de golpes militares y dictaduras amparadas por Washington, y lo hacía de una forma especialmente trágica, con asedio de tanques y bombardeo de la Fuerza Aérea al Palacio de la Moneda —verdadero símbolo del poder constitucional— y con el presidente de la República muerto. Este suceso, como es de suponer, produce un fuerte impacto en el discurso de la izquierda española y de Europa occidental en general. Las primeras reflexiones de Enrique Tierno después de producido el golpe militar fueron publicadas en *Cuadernos para el Diálogo*, revista de ideología democristiana nacida a fines de 1963.

A medida que se acercaba la transición, *Cuadernos para el Diálogo* había experimentado un tránsito desde posiciones netamente democristianas hacia posiciones más próximas a la centro-izquierda, hasta llegar, hacia su fin en 1978, a un periodismo de corte socialista. A comienzos de los años setenta *Cuadernos* era una publicación cultural y política de oposición al régimen, lo que le valió una relación tensa con el Ministerio de Información y Turismo, y las consiguientes sanciones y secuestros que la Ley de Prensa e Imprenta establecía. Como es de suponer,

el experimento socialista y democrático que en Chile comienza a desarrollarse desde el triunfo de Allende concita la atención de *Cuadernos para el Diálogo*, al igual que la de la mayoría de las publicaciones críticas con el régimen. Habría que agregar que en este caso, por tratarse de una publicación con un claro influjo democristiano, los jóvenes católicos de *Cuadernos* ya habían centrado las miradas en Chile desde el triunfo del demócrata cristiano Eduardo Frei en las elecciones presidenciales de 1964. Esto porque, ante el creciente pragmatismo y conservadurismo que en la época mostró la democracia cristiana europea, la italiana en particular, la «revolución en libertad» de Eduardo Frei –primer presidente de filiación socialcristiana del continente– generó grandes expectativas y fue vista como un modelo (Muñoz, 2006). Esta atención hacia los procesos políticos que se vivían en Chile se incrementará una vez que Allende llegue al poder en septiembre de 1970 y la democracia cristiana chilena tenga que jugar en adelante un rol decisivo en un país política y socialmente muy polarizado.

«Especial Chile» fue el título del n° 121 de *Cuadernos para el Diálogo*. El rostro de Allende, en blanco y negro y un tanto borroso, ocupaba la portada completa. Este número especial corresponde al del mes de octubre de 1973, aparece por tanto a casi un mes de producido el golpe, tiempo suficiente para que *Cuadernos* organizara una entrega en la que se dedicarán artículos que tocarán diferentes aspectos de la tragedia chilena: el golpe, los militares, el ingreso de Chile al triste contexto de las dictaduras latinoamericanas, Neruda –fallecido a los pocos días del golpe en circunstancias que hoy se investigan–, un sentido artículo de Gregorio Peces-Barba a la memoria de Allende, entre otros temas. Cabe mencionar que este número especial dedicado a Chile producirá la ruptura definitiva en *Cuadernos para el Diálogo* que marcará la consolidación de su tránsito ideológico. Esto porque en el conjunto de artículos, en general, se acusa a la democracia cristiana chilena de apoyar el golpe militar, cuestión que provoca el abandono de los colaboradores democristianos de la revista (Davara, 2004; Muñoz, 2006).

La sección que reviste ahora nuestro interés, fue donde escribió Tierno sus pri-

meras reflexiones después del golpe, se tituló «Chile a encuesta». En ella, *Cuadernos* hacía tres preguntas: «¿Cómo juzga las causas y el desenlace de lo ocurrido?», «¿De qué manera puede afectar el golpe de fuerza en Chile a la relación de dependencia de Latinoamérica respecto a Estados Unidos y en general en el equilibrio político mundial?» y «A la vista de la experiencia chilena, ¿cree usted posible la vía democrática al socialismo?». Fueron consultados para esta encuesta veintidós importantes personalidades que representaban diferentes ramas ideológico-políticas de oposición al franquismo, entre los que se encontraban, además de Tierno, Mariano Aguilar Navarro, José Luis López Aranguren, Pablo Castellano, José María Gil-Robles, Enrique Múgica Herzog, Dionisio Ridruejo, Joaquín Ruiz-Giménez, Simón Sánchez Montero, entre otros.

Tierno Galván responde a la primera cuestión, sobre las causas del golpe, con la siguiente frase: «Fundamentalmente, las causas son económicas». Menciona además la ruptura entre pueblo, nación y ejército, pues este último ha perdido su función tradicional, «proteger al pueblo y salvar la ideología nacional de embates externos», para adquirir otra, «servir realmente de poder coactivo en favor de intereses económicos que no responden ni al concepto amplio de clase, sino a grupos muy concretos de presión de carácter internacional». Es la evolución del capitalismo y de las estructuras sociales correspondientes las que han llevado a este tipo de «*pronunciamiento militar económico*» que ahora se produce también en Chile, «aunque todo parecía indicar lo contrario», aludiendo así a la reconocida –hasta ese momento– tradición republicana del ejército chileno, apreciación compartida por muchos en la época, incluyendo a Salvador Allende: «Fuerzas económicas internacionales, especialmente vinculadas a Estados Unidos, han vencido la antigua relación que existía en Chile entre pueblo, nación y ejército y han impuesto la nueva, dando lugar al golpe de Estado económico militar y sus consecuencias».

Tierno vaticina también la aparición de guerrillas y un inevitable enfrentamiento: «asistiremos a un poder económico militar organizado contra un poder popular

que tardará mucho tiempo en organizarse, tanto más si la internacionalización de poder económico militar continúa creciendo». Este enfrentamiento que finalmente no se producirá, al menos con la intensidad que parece augurar Tierno, es quizás reflejo de su compromiso con el bando republicano en la Guerra Civil.

Tierno vuelve a insistir en esta idea al responder sobre las consecuencias del golpe, segunda pregunta de la encuesta, pero de una forma más radical: «Los pueblos tendrán que ejercitar su propio ejército, que tal vez sea un ejército popular continental, para luchar contra el enemigo común». Esta idea, que tiene su lógica en el contexto de un mundo dividido en bloques, él la sitúa en un futuro a largo plazo:

Durante cierto tiempo el poder de USA (sin perjuicio de las posibilidades del propio pueblo americano para librarse de las estructuras que también le oprimen), es decir, de las organizaciones económicas internacionales que la integran, será casi omnímodo y dentro del esquema de distensión que actualmente rige en las relaciones interplanetarias URSS-USA no se producirán reacciones de agresión en favor de Chile. Todo quedará en palabras. A corto plazo, el equilibrio internacional apenas se verá afectado; a largo plazo, la reacción popular provocará una situación difícil para la potencia dominadora y su instrumento militar.

Con respecto a la tercera pregunta, acerca de la vía democrática al socialismo, Enrique Tierno vuelve a ratificar su condición de socialista y demócrata:

Mientras no cambien las condiciones objetivas actuales, el caso de Chile y la muerte heroica de Allende atestiguan que en el proceso dialéctico de la historia la vía democrática hacia el socialismo tiene una enorme fuerza y vigencia. Las víctimas son siempre testimonio de poder, al menos en el orden ideológico, que antes o después se refleja en la práctica. Otro caso hubiera sido si el régimen chileno se hubiese desleído en la pura trivialidad. *A mi entender, estamos obligados, ahora más que nunca, a seguir la vía demo-*

crática para conseguir una democracia real. Pensar lo contrario sería conceder un poder dogmático e irreversible a los enemigos [destacado del original].

Este aspecto es quizás el más interesante desde un punto de vista histórico, ya que las posibles vías para alcanzar el socialismo en el mundo occidental será un tema que ocupará un lugar primordial en el debate de izquierdas, en el que Chile será un lugar común. Cabe mencionar al respecto que, una vez llevado a cabo el golpe militar del 11 de septiembre de 1973, Enrico Berlinguer (secretario general del PCI desde 1972 hasta su muerte en 1984) será el primer líder de izquierda que reflexionará más en profundidad en torno a las lecciones que dejará la experiencia chilena. Según varios autores, tres famosos artículos escritos en 1973 por Berlinguer sobre el golpe de Estado en Chile constituyen el precedente directo del eurocomunismo, oficializado por los partidos comunistas de España, Italia y Francia hacia 1977 (Paramio, 1988).

El debate a propósito del socialismo democrático reviste también un interés sociológico pues nos ayuda a hacernos una idea del estado de una parte del campo intelectual de oposición al franquismo en el momento del golpe. La defensa de la posibilidad de una vía democrática para alcanzar el socialismo manifestada por Tierno Galván lo ubica, con matices claro está, en la posición de Manuel Cantareiro del Castillo, Enrique Múgica Herzog, Juan Antonio Carrillo, Pablo Castellano, José María Javierre, Joaquín Ruiz-Giménez y Simón Sánchez Montero, entre algunos otros. Mientras la opinión generalizada de los demás entrevistados —con diferencias mayúsculas en lo que se entiende por «vía democrática»—, que responden a intereses político-simbólicos específicos que habría que analizar, será que no es posible alcanzar un socialismo pleno por la vía democrática. Una comparación a fondo entre las respuestas dadas a la encuesta de *Cuadernos para el Diálogo*, ligadas a una reconstrucción de la trayectoria de cada uno de los encuestados, es un trabajo necesario para bosquejar el campo intelectual de oposición al franquismo hacia principios de los años setenta que sobrepasa con creces el espacio y el tema tratado en este capítulo.

APRECIACIONES FINALES

La consagración institucional se produce, según Moreno Pestaña (2008, p. 131), cuando «los agentes ocupan los puestos que están a la altura de su propia estima». La consagración intelectual se produce cuando existe un «reconocimiento específico por parte de los pares». En la trayectoria social y académica de Tierno Galván pueden apreciarse ambas. En el ámbito institucional había comenzado a temprana edad una brillante carrera académica en la que detentó cargos de catedrático en las universidades de Murcia y Salamanca; en el intelectual, el «viejo profesor» se había transformado en el importador de la filosofía analítica —una de las dos corrientes, junto al marxismo, que más incidencia tendría en la vida filosófica española desde finales de los años sesenta— y en el difusor de la sociología funcionalista norteamericana (Vázquez, 2009), cuestión que le valió el reconocimiento del mundo intelectual.

Por otra parte, y en la medida de lo posible, su labor docente tuvo un progresivo correlato político. En torno a Tierno se conformará un importante grupo de socialistas que comenzaron su actividad desde el Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca y la Asociación por la Unidad Funcional de Europa. Luego, participaría activamente en las protestas estudiantiles de los años sesenta, cuestión que le significaría la expulsión de la universidad española en 1965. Fue precisamente la consagración institucional e intelectual la que le permitió reconvertir su capital académico en capital político y transformarse en un líder de izquierda. En 1968 junto al grupo de socialistas formados en torno a él fundarán el PSI para impulsar el socialismo desde dentro de España.

En 1965, en una entrevista para la revista *Cuadernos del Ruedo Ibérico*, Enrique Tierno había declarado: «En cuanto a la actual situación de la teoría marxista, les diré que a mi juicio pasa por un momento de crisis, coincidente con un momento de auge (...) se está convirtiendo en un tema académico (...) en la medida en que el marxismo se convierta en una “filosofía”, es decir en una explicación concluyente de la realidad se traiciona a sí mismo» (Vilar, 1968, p. 126). De esta manera, Tierno señalaba lo que posteriormente Perry Anderson mostró como

la principal característica del marxismo europeo occidental desde los años veinte hasta finales de los sesenta, esto es, el divorcio estructural entre teoría y práctica política evidenciado en el enclaustramiento de los teóricos marxistas en las grandes universidades (Anderson, 1979). Pero con esas afirmaciones Tierno también hacía una declaración de intenciones, la de no conformarse con hablar de política y elaborar una crítica desde sus clases, sino participar activamente de ella en pleno tardofranquismo. Este compromiso político tendrá consecuencias en la trayectoria académica e intelectual de Enrique Tierno. En 1965 será expulsado de su cátedra junto a José Luis López Aranguren, Agustín García Calvo y Santiago Montero Díaz –entre otros– por apoyar las protestas estudiantiles, suceso que provocó la creación del CEISA, verdadero referente de la sociología española en el que Tierno participa y consolida su condición de científico social crítico, en un lugar de oposición al régimen.

A principios de los años setenta, Tierno era un reconocido intelectual y líder político de oposición. Por afinidad ideológica y por razones de carácter científico, acepta gustoso la invitación que le hacen desde Chile, para contribuir en el aspecto técnico y para «ver de cerca una experiencia que podía ser modelo y guía para otras experiencias no solo en América, sino en Europa» (Tierno, 1973a, p. 46). Sus opiniones sobre el proceso chileno, observado *in situ*, y su juicio con respecto al golpe militar, vertidos en revistas políticas sometidas a una vigilante Ley de Prensa e Imprenta, reflejan la admiración propia de un socialista que ve un ejemplo de socialismo democrático, un bien político simbólico que las izquierdas europeas de Occidente habían comenzado a discutir tímidamente hace algún tiempo. Pero no solo eso. Son muestra de una crítica a cualquier dogmatismo de izquierdas, a la situación española y una declaración de anhelos democráticos, con el horizonte del socialismo en la mente, en una España que iniciaba a vislumbrar un periodo de cambios.

Después de producido el golpe militar que destruía la libertad en un país con una sólida tradición republicana –reconocida ampliamente en la época– en momentos en que en España se estaban instalando poco a poco en la opinión los principios de la democracia, Tierno seguirá defendiendo la necesidad y viabilidad

de un tránsito democrático al socialismo, aspecto que se explica en parte por su trayectoria vital, más ligada a la academia, al Derecho, a su condición de jurista.

Enrique Tierno Galván había visto en Chile lo que para él constituirá un ideal de revolución, «la revolución más renovadora de cuantas revoluciones ha habido: la revolución que impone la ley sobre la violencia» (Tierno, 1973a, p. 48). En su búsqueda intelectual de un marco institucional de libertades democráticas e integrado a Europa, ligado a su consideración de un marxismo heterodoxo y a un compromiso político socialista, el intento de la Unidad Popular fue para Tierno un modelo posible de aplicar en España. Algunos años más tarde dirá en una entrevista: «Hay varios modelos y no sabemos cuál es el mejor. En el Este hay un modelo, los chinos tienen otro, los cubanos, un tercero. Yo, personalmente, me inclino por el modelo de Allende (...). Lo que Allende dejó incompleto, en España se podría completar» (Ruiz & Romero, 1977, pp. 136-137).

BIBLIOGRAFÍA

Alonso de los Ríos, C. (1997). *La verdad sobre Tierno Galván*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik.

Anderson, P. (1979). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (2000). *Propos sur le champ politique*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon.

Bourdieu, P. & Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Davara, F. (2004). La aventura informativa de *Cuadernos para el Diálogo*. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 10: 201-220.

Ezcurra, J. A. (1995). Apuntes para una historia. En A. Altet y P. Aubert (Coord.), *Triunfo en su época*, (pp. 43-54). Madrid: Casa de Velázquez, Pléyades.

Hernández, E., Ruiz, M. & Baldó, M. (2007). *Estudiantes contra Franco (1938-1975). Oposición política y movilización juvenil*. Madrid: La Esfera de los Libros.

Informe Church (1975). Covert Action in Chile 1963-1973. Disponible en: <http://foia.state.gov/Reports/ChurchReport.asp>

Informe Hinchey (2000). CIA Activities in Chile. Disponible en: <http://foia.state.gov/Reports/HincheyReport.asp>

Moreno Pestaña, J. L. (2008). *Filosofía y sociología en Jesús Ibáñez. Genealogía de un pensador político*. Madrid: Siglo XXI.

Moreno Pestaña, J. L. (2013). *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Muñoz, J. (2006). *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*. Madrid: Marcial Pons.

Novella, J. (2009). El pensamiento radical de Enrique Tierno Galván. En M. Garrido, N. Orringer, L. Valdés y M. Valdés (Coord.), *El legado filosófico español e hispanoamericano del siglo XX*, (pp. 507-525). Madrid: Cátedra.

Núñez Olguín, J. (2013). Intelectuales ante el suceso histórico. El golpe de Estado en Chile y la reflexión política de oposición al franquismo en la España de fines de 1973. *Sociología Histórica*, 2: 211-237.

Paramio, L. (1988). *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*. Madrid: Siglo XXI.

Pecourt, J. (2008). *Los intelectuales y la transición política. Un estudio del campo de las revistas políticas en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Plata, G. (2010). *De la revolución a la sociedad de consumo. Ocho intelectuales en el tardofranquismo y la democracia*. Madrid: UNED.

Quinzio, J. (1972). Sistema electoral chileno, *Revista de Estudios Políticos*, 186: 297-378.

Roucek, J. (1971). La presidencia de Allende, *Revista de Estudios Políticos*, 175: 99-112.

Ruiz, F. & Romero, J. (1977). *Los partidos marxistas. Sus dirigentes. Sus programas*. Barcelona: Anagrama.

Sapiro, G. (2011). Modelo de intervención política de los intelectuales. El caso francés. *Prismas, Revista de historia intelectual*, 15: 129-154.

Tierno Galván, E. (1973a). La legalidad como alternativa. *Triunfo*, 544: 46-48.

Tierno Galván, E. (1973b). Chile a encuesta. *Cuadernos para el Diálogo*, 121: 563.

Tusell, J. (1998). *Historia de España en el siglo XX* (Tomo 3). *La dictadura de Franco*. Madrid: Taurus.

Vázquez García, F. (2009). *La filosofía española: herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*. Madrid: Abada.

Vidal-Beneyto, J. (2009). El CEISA, un ejemplo de resistencia intelectual. *Le Monde Diplomatique en español*, 170: 26.

Vilar, S. (1968). *Protagonistas de la España democrática. La oposición a la dictadura 1939-1969*. Barcelona: Ediciones Sociales.

Capítulo III

APUNTES PARA UNA RECEPCIÓN DE LA DOMINACIÓN MASCULINA DE PIERRE BOURDIEU ENTRE EL FEMINISMO DEL ESTADO ESPAÑOL*

Adriana Razquin Mangado¹

RESUMEN

Este capítulo trata de apuntar algunos elementos que pueden alumbrar, a modo de tentativa, una reconstrucción de las razones de la escueta recepción de *La dominación masculina* (LDM) de Pierre Bourdieu entre el feminismo del Estado español.

Para ello, se esboza la situación del campo feminista (en su polo académico y en su polo militante) en los años próximos a la publicación de LDM apuntando a las formas simbólicas altamente cotizadas en ese espacio –lo más prestigiado por el público receptor– para pasar a realizar un análisis de LDM guiando el desarrollo de esta exposición bajo la hipótesis de que el trabajo no ha tenido apenas recepción (salvo en un espacio periférico y de reciente formación en el campo –las «nuevas masculinidades»–) por no adscribirse a la lógica del mercado de bienes

* Agradezco a José Luis Moreno Pestaña sus comentarios y sugerencias. También por guiar, hace ya algunos años, un trabajo que fue la primera piedra para construir el texto que aquí se presenta.

También quiero dar las gracias a mis hermanas de Tomakandela por el camino que recorrimos juntas en el feminismo; lleno de risas, lecturas, bailes, discusiones y parodias, sin las que este trabajo habría resultado imposible.

1. Miembro del grupo de investigación HUM-536, de la Universidad de Cádiz, España.

simbólicos del feminismo. Porque, además de ocupar un aparataje teórico-metodológico propio, no ocupa los referentes legítimos. El relato no se inscribe en la tradición de autoras feministas coincidiendo justamente con un momento en el que el feminismo, en su polo académico, se encontraba envuelto en un impulso (más exhaustivo por unas facciones y menos por otras) por autonomizarse del resto de cuerpos de análisis y de tradiciones, esforzándose por construir una línea del tiempo y unos referentes propios.

Palabras clave: Pierre Bourdieu, Dominación masculina, Feminismo.

ABSTRACT

This essay is aiming to indicate some elements that they can figured out, by way of attemp, one reconstruction of the reasons from the plain reception of Pierre Bourdieu's *Masculine Domination* (MD) in the Spanish feminism movement.

Consequently, I will outline the feminist field situation (in the academic and in the militant poles) during the coming years to the publication of MD, aiming to the highly valued symbolic forms in this space –the most prestigious by the recipient public– to make MD's analysis.

This analysis is guided by the following hypothesis: the work have had barely reception because it isn't singed up in the logic of the Spanish feminism's market of symbolic goods. Because, besides occupying his own theoretical-methodological architecture, Bourdieu doesn't occupy use the legitimate references. The report isn't singed up in the tradition of feminist writers. And this coinciding, precisely, with a time which feminism, in his academic pole, was wrapped in a drive for autonomy from other analysis bodies and traditions. The academic feminism was striving to build a timeline and its own referents.

Key words: Pierre Bourdieu, Masculine domination, Feminism.

En el año 2000 la Editorial Anagrama traducía *La domination masculine* de Pierre Bourdieu, un trabajo ensayístico y claramente antropofilosófico que se adentraba en un terreno confinado (por delegación muchas veces, pero no siempre) a los llamados estudios feministas o *women's studies* desplazando ligeramente el foco de análisis y argumentación.

Bourdieu apostó por resituarse lo que venía siendo el centro de la interrogación –de qué manera opera, a través de quiénes y cómo se traduce empíricamente el patriarcalismo en la vida de las mujeres desentrañando todas y cada una de las formas de dominación desde el punto de vista de las dominadas– para ofrecer una reconstrucción de las operaciones simbólicas mediante las cuales se ha ido construyendo y sosteniendo históricamente lo que consideró el paradigma de dominación por antonomasia.

Este planteamiento incluía, además de la perspectiva de las dominadas (resituada, pues no en todas las esferas son desposeídas y la dominación no sería tal sin la adscripción de estas a la propia lógica de la dominación), la de los dominantes (que estarían obligados a revalidar constantemente su posición a fin de no ser desplazados hacia la feminidad). Así, esta aproximación teórica a los dominantes incluiría cierta cuota de inestabilidad respecto al estatus (la virilidad) al ser necesario un trabajo social para mantenerlo y más o menos cuotas de sufrimiento en tanto no se resuelva con éxito o se renuncie a la revalidación.

AUTONOMÍA CREATIVA COMO OBSTÁCULO PARA LA RECEPCIÓN

El desarrollo de esta exposición está guiado por la hipótesis de que el trabajo no ha tenido apenas recepción (salvo en un espacio periférico y de reciente formación en el campo –las «nuevas masculinidades»²–) por no encajar o adscribirse

-
2. Ver, por ejemplo, Armegol i Carrera (2007), para el espacio académico. Para el espacio político o militante, pueden encontrarse las referencias bourdieanas en las lecturas recomendadas por el colectivo Hombres Igualitarios, entre las que destacan, además de LDM, *La masculinidad: aspectos sociales y culturales* (Bourdieu, Hernández & Montesinos, 1998). O el uso de LDM como bibliografía de referencia para artículos, notas y comentarios. Ver, como ejemplo, Fernández de Quero (2009).

a la lógica del mercado de bienes simbólicos del feminismo. Porque, además de ocupar su aparataje teórico-metodológico propio, el relato no se inscribe en la tradición de autoras feministas: no nombra la realidad con los términos legitimados para hacerla;³ no ocupa los referentes legítimos o, al menos, los más prestigiosos y actualizados (por ejemplo, Simone de Beauvoir y Judith Butler aparecen en LDM pero no como referentes teóricos, enseguida lo veremos).

Dejando de lado explicaciones reduccionistas y sospechas de defensa hembrista de los derechos de entrada al debate feminista, que, por lo demás, resultaría complicado de comprobar científicamente y tampoco aportaría mucho,⁴ se quiere proponer una indagación, respecto del contexto de recepción, vertebrada, precisamente, sobre la pista de la autonomía creativa característica de la trayectoria de Pierre Bourdieu coincidente con una dinámica de lucha por la autonomía (y especialización) de los estudios feministas respecto al cuerpo humanista.

Una autonomía creativa –cristalizada sobre una posición de prestigio intelectual al momento de escritura de LDM– que llevará a Bourdieu a abordar la dominación de lo masculino sobre lo femenino a partir de sus propias estructuras de análisis y sus propios referentes intelectuales (o compartidos con agentes que operan en espacios del campo intelectual diferentes al de los estudios feministas en su polo más autónomo) dificultando una vertebración de las disposiciones simbólicas (más que teóricas, creo) con el posible público receptor.

3. Bourdieu apenas utilizará en una ocasión el término «género» a pesar de que dados sus planteamientos y aproximaciones al problema epistemológico bien podría haber generado una discusión más abierta al modelo sexo-género o entrar a matizar, discutir u oponerse a la salida de Butler destinada a superar la dicotomía natural-social y consistente en diluir en el género el sexo por ser, el segundo, producto de las mismas operaciones culturales que el primero.
4. Aunque creemos, sí podría resultar interesante analizar de qué manera en un espacio altamente feminizado un intelectual varón puede o no ser entendido como alguien susceptible de ser estudiado y/o discutido. En cualquier caso, si se optara por indagar en ese sentido, resultaría obligado pensarlo en relación a la buena recepción de los trabajos de Michael Foucault, Jaques Derrida, o, en otro estado anterior del subcampo, Jacques Lacan y rastrear si acaso los tres autores anteriores tenían algo que Bourdieu no tenía y/o si esa recepción fue posible en un estado anterior de las lógicas de producción y recepción del conocimiento feminista (menos autonomizadas respecto del cuerpo de las humanidades y con una «identidad» como «disciplina» por construir).

Así, cabría interrogarse, en este momento, por el público receptor para el que idealmente Bourdieu habría escrito este trabajo. Esto es, respecto de qué espacio (o agentes) del campo intelectual (o político, quizá) pretendía incidir. Y, en esa línea, aventurar que quizá no estaba en la intención del autor participar de la discusión del universo relativamente autónomo de los estudios feministas, ya que puso más empeño en la discusión con los planteamientos de Levi-Strauss sobre la noción de «reglas» y, quizá en menor medida, con las teorías de la acción racional, o con las teorías materialistas. Sin embargo, lo veremos a continuación, Bourdieu abre su trabajo discutiendo con una de las intelectuales más pujantes en el marco de los *women's studies* y abanderada de una de las corrientes intelectuales que venían, según muchas interpretaciones, a propiciar un salto cualitativo al interior del feminismo (académico y militante), Judith Butler. En este sentido, el francés no solo estaba al corriente de las aspiraciones renovadoras, sino que tenía una opinión formada al respecto y, pareciera, pretendió proponer una salida alternativa en forma de teoría general.

A partir del planteamiento anterior, se tratará de apuntar algunos elementos que pueden alumbrar, a modo tentativo, una reconstrucción de las razones de esta escueta recepción. Se esbozará la situación del campo feminista (en su polo académico y en su polo militante) en los años próximos a la publicación de *La dominación masculina* (LDM) apuntando a las formas simbólicas altamente cotizadas en ese espacio –lo más prestigiado por el público receptor– para pasar a realizar un análisis de algunos elementos de LDM.

Partiendo del análisis de la cronología presentada por Alonso, Martín Criado y Moreno Pestaña (2004, pp. 13-30) se podría afirmar que en el momento de publicar este trabajo, Bourdieu gozaba de alta consagración institucional, intelectual y, al mismo tiempo, alta autonomía creativa⁵ en el campo de las ciencias sociales

5. Esta descripción esquemática de la posición de Bourdieu en el momento de publicar *La dominación masculina* se apoyó en la triple categorización que construye Moreno Pestaña para analizar la trayectoria de Jesús Ibáñez (Moreno Pestaña, 2008, p. 132).

a nivel internacional. Con esta posición privilegiada en el campo de la producción intelectual en ciencias sociales, podríamos presumir una rúbrica que favorecería la recepción LDM. Un trabajo que, por lo demás, venía a condensar su propuesta respecto al cuerpo, las divergentes reglas del juego en la «economía de bienes simbólicos»⁶ para ambos sexos, los mecanismos de dominación simbólica que se aposentan sobre la oposición «originaria» masculino/femenino –y toda la «matriz de oposiciones homólogas» que opera sobre ella–; la estructura de agentes e instituciones que sostienen la dominación patriarcalista y, devolviendo agencia a dominantes y dominadas, un aparatage teórico destinado a explicar cómo se ancla la fidelidad– y de qué manera son posibles las brechas para la subversión (situada) al modelo de ordenamiento social: las disposiciones incorporadas y organizadas en un *habitus* estructurado y estructurante.

Sin embargo, en el ejercicio de interpelación al feminismo, concretamente en el panorama español, no consiguió apenas ningún efecto. Podría decirse que es una obra aún no recepcionada y que, pareciera, Bourdieu no es una voz autorizada para incursionar en el feminismo instalando argumentos para el debate. Pero, no era, ni mucho menos, la primera vez que interrogaba a la realidad en este sentido.

En ese sentido Moreno Pestaña distingue tres polos de excelencia intelectual que actúan en las trayectorias porque «[...] definirse por uno o por otro, no solo tiene consecuencias vitales, sino también intelectuales. Por un lado, los intelectuales pretenden un lugar de reconocimiento institucional que les permita realizar su actividad. Como esos lugares se encuentran jerarquizados, la lucha por alcanzar las cotas más altas produce un cierto tipo de inversión de energías: esa inversión, si tiene éxito, puede ir acompañada de reconocimiento por parte de los colegas o de creación intelectual [...]». Por otro lado, «[...] un individuo puede perseguir el reconocimiento de sus pares, es decir, de aquellos que en un momento específico del campo intelectual son reconocidos como competentes. Dependiendo de si el campo intelectual y las instituciones universitarias y de investigación se encuentran sincronizados (lo que en muchas ocasiones no sucede), ese reconocimiento irá o no acompañado de ascenso institucional. Por lo demás, ese reconocimiento puede ir acompañado de un verdadero esfuerzo creador: [...] Solo en el caso de la producción de ciclo largo, cabe hablar de autonomía creadora de un intelectual» (Moreno Pestaña, 2012, p. 277).

6. En esta exposición no se ahondará en esta teoría pese a que se considera resulta muy interesante porque, sin duda, revoluciona no solo el análisis del ámbito doméstico sino todo el mundo de lo simbólico, de lo no material. Al levantar esta teoría pretende superar, de un lado, la visión estrictamente economicista, al entender que, en la equiparación que hace de la lógica del modo de producción económico a la lógica de la producción simbólica, trata el intercambio de mujeres entre familias como si de mercancías se tratara. Y, de otro, una lectura estrictamente semiológica que, al concebir este intercambio como una relación de comunicación, oculta que la transacción matrimonial posee una dimensión política. Ver respecto de esta teoría: la lógica de producción y reproducción del capital simbólico (Bourdieu, 2000a, pp. 59-61) y la definición de capital simbólico (Bourdieu, 2000b, pp. 131-132 y Bourdieu & Wacquant, 2005, p. 178).

Durante sus trabajos en Argelia, entre 1958 y 1960 (Alonso, et al., 2004, p. 15), registraría gran cantidad de datos empíricos respecto al mundo de lo femenino y de lo masculino en poblaciones precapitalistas en la Cabilia que pondría en juego en «Le domination masculine» un artículo publicado en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* en 1990⁷ y en el libro posterior con idéntico título.

Siguiendo a Moreno Pestaña, Bourdieu ya había explorado respecto a la posición social y las técnicas del cuerpo atendiendo al deporte en «Célibat et condition paysanne» en 1962 y había colocado el cuerpo, las disposiciones sexuadas y la posición de clase en el centro del trabajo sobre Béarn, su región natal, que sería sistematizado teóricamente en *Esquisse d'une théorie de la pratique précédé de trois études d'ethnologie kabyle*, publicado en 1972 (Alonso, Martín Criado & Moreno Pestaña, 2004, p. 151).

En *Un Art moyen. Essai sur les usages sociaux de la photographie* publicado en 1965, un trabajo que había sido dirigido por Bourdieu y que contó con la participación de Robert Castel, Luc Boltanski y Jean-Claude Chamboredon, había reflexionado sobre la relación angustiosa que los dominados mantienen con su imagen (Alonso, Martín Criado & Moreno Pestaña, 2004, p. 155).

Ya había abordado, en *Le sens pratique*, publicado en 1980 en Francia (traducido al castellano en 1991 por Taurus), el tema del cuerpo y su matriz analógica –que tiene en la oposición masculino/femenino el centro de la cosmogonía sexualizada del *habitus*– (Alonso, Martín Criado & Moreno Pestaña, 2004, p. 151). Y, en 2001 se había publicado *Le bal des célibataires. Crise de la société paysanne en Béarn* –traducido en España como *El baile de los solteros* (2004), una compilación

7. Toril Moi (1991) hace referencia a un texto de Bourdieu no publicado, «La construction sociale du sexe», de 1989, donde, explica Moi, comenzaba por suponer que los hombres y las mujeres constituyen dos grupos. En cada uno de ellos, los miembros compartían un cierto número de condiciones sociales y materiales, desarrollándose *habitus* en común al interior de cada grupo. Después analizaba las relaciones sociales entre hombres y mujeres en los mismos términos que se analiza otro grupo de relaciones sociales entre una clase dominada y una dominante. Este análisis se concretará en LDM (Moi, 1991, p. 1029). También, explica Moi, en 1990, y por primera vez, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* dedicará dos números (83 y 84) a la diferencia sexual (Moi, 1991, p. 1030).

de tres artículos: «Célibat et condition paysanne», ya referido más arriba, «Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction» publicado en 1972 en *Annales Économies, Sociétés, Civilisations* y «La dimension symbolique de la domination économique» editado en *Études rurales* en 1989.

Según Moreno Pestaña

La dominación de género había aparecido en la obra de Bourdieu a propósito de dos cuestiones. En primer lugar –es la tesis defendida en *Esquisse y El sentido práctico*– el sexo se constituye en procesos rituales de organización del cuerpo y de sus movimientos y en fundamento de la dominación. Por otro lado, las mujeres –tanto en los artículos de Béarn como en *La distinción*– por su posición social subordinada aparecían especialmente influenciadas por la dominación simbólica de clase. [...] Si Bourdieu regresó sobre la cuestión de la dominación de género no fue, me parece, por una concesión al aire de los tiempos y a las modas universitarias e intelectuales: alrededor de los perfiles precisos de la dominación masculina se jugaba algo básico de la mordiente teórica –y en cierta medida del honor político...– de la sociología y de la antropología de Bourdieu (Alonso, Martín Criado & Moreno Pestaña, 2004, p. 177).

LA ESCRITURA: AUTORAS, CONCEPTOS Y DEBATES

Pero Bourdieu escogió *Las Olas*, un trabajo literario –conviene recordarlo⁸– de Virginia Woolf, como fuente secundaria de indicios empíricos y, además, revisó críticamente el potencial de las propuestas de práctica política de la corriente feminista pujante: la *performance*.

La exposición de indicios empíricos en LDM no se apoyó únicamente en esta

8. Estamos ante un trabajo del mismo autor de *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto* (1999 [1988]) que incluía un complejo análisis de correlaciones múltiples a partir de un exhaustivo trabajo por cuestionarios, o que *El baile de los solteros*, donde encontramos un despliegue de datos etnográficos y análisis de discurso obtenido en entrevistas junto con análisis de censos y padrones.

referencia literaria, por el contrario y fundamentalmente en la tercera parte, «Permanencias y cambios», Bourdieu argumentó a partir de múltiples trabajos sociológicos (frecuentemente anglosajones y publicados entre finales de los 80 y principios de los 90 –desfasados casi una década del momento de escritura–)⁹, por ejemplo, respecto del trabajo casi exclusivo de mantenimiento del capital social de la familia por parte de las mujeres (Bourdieu, 2000a, p. 121) o del monopolio de la manipulación de los objetos técnicos y las máquinas por parte de los varones (Bourdieu, 2000a, p. 117) junto, como decía, con material empírico de los años en Argelia.

Las descripciones de Woolf vienen a jugar un importante papel en la argumentación: ofrecer proximidad cultural¹⁰ con el contexto de recepción de LDM contrapesando las descripciones de la Cabilia descrita por Bourdieu, orientadas a perfilar una sociedad tradicional, estructurada y fuertemente integrada (la fuerza del mito atraviesa todas las esferas de la vida: de emparejarse a ir a buscar agua) con relaciones económicas precapitalistas en las que imperan los ciclos de reciprocidad movilizados a partir de la búsqueda del honor y el prestigio (Martín Criado, 2013, p. 127). Y, al mismo tiempo, según las propias palabras del autor

9. En «Le Masculinisme de 'La domination masculine' de Bourdieu» Léo Thiers-Vidal sostiene que es, precisamente, el «masculinismo» gobernando el trabajo teórico de Bourdieu lo que explicaría la forma en la que este se relacionó con los textos y autoras feministas. De hecho, considera que LDM puede considerarse dentro de un «antifeminismo selectivo». Apunta varios reproches (no se señalan todos) apoyándose en la durísima crítica que sostendría, en el mismo año de publicación, Nicole-Claude Mathieu en *Les Temps Modernes* con «Bourdieu ou le pouvoir auto-hypnotique de la domination masculine». Según Thiers-Vidal, Bourdieu, habría desconocido la interacción de los condicionantes simbólicos con los materiales y devaluado el poder de los segundos. Además habría ignorado, desconocido, deformado, seleccionado y citado erróneamente los análisis feministas sobre el asunto. «Bourdieu ignora, entre otros, el trabajo teórico fundador efectuado por las teóricas feministas francófonas tales como Christine Delphy, Colette Guillaumin, Paola Tabet, Nicole-Claude Mathieu o Monique Wittig[...]» (Thiers-Vidal, 2004, p. 2)». Según Mathieu, lo que motivó ese tratamiento sería, precisamente, que esas autoras no ocultaron que eran feministas (Mathieu, 1999, p. 293 en Thiers-Vidal, 2004, p. 2). Thiers-Vidal, además, acusará a Bourdieu de infravalorar la violencia física, de culpabilizar a las mujeres de su propia dominación, de alimentar y sostener la idea de un eterno femenino y de presentar a los varones como víctimas. Tomando posición al respecto, se dirá que se sitúa con Biancalana-Covelli (2004) y la exposición de argumentos que hace en su respuesta al citado artículo de Thiers-Vidal. Que, en resumen (invito a leer ambos artículos –además del trabajo de Bourdieu, claro está– y ver la claridad y contundencia de la respuesta de Biancalana-Covelli) plantea que la lectura de Thiers-Vidal resulta desconcertante; cuanto menos sesgada, sino insidiosamente maliciosa.
10. Curiosamente viniendo de un momento histórico anterior respecto de la Cabilia etnografiada por Bourdieu.

[...]no habría podido retomar en *Al faro* de Virginia Woolf el análisis de la mirada masculina que contiene (y que representaré a continuación) si no lo hubiera releído con una mirada conocedora de la visión de la Cabilia (Bourdieu, 2000a, p. 17).

Unos renglones más adelante, Bourdieu trata de justificar la elección del «caso especial» de la Cabilia entendiéndola como caso paradigmático de la tradición mediterránea de la que, al mismo tiempo, participa toda la tradición europea. Insiste:

[...] Nada puede sustituir el estudio directo de un sistema que sigue en funcionamiento y relativamente a salvo de unas reinterpretaciones más o menos doctas (gracias a la falta de tradición escrita) (Bourdieu, 2000a, p. 18).

Martín Criado (2013) plantea que Bourdieu forzó una presentación de la sociedad cabilense como tradicional a fin de poder sustentar su teoría del *habitus* en *Esquisse d'une théorie de la pratique* (1972) o en *Le sens pratique* (1980), si bien, en *Sociología de Argelia* (1958), precisamente los cabillos representaban «[...] el grupo más moderno de Argelia, el que más ha[bía] adquirido la racionalidad capitalista, el más habituado a las relaciones salariales» (Martín Criado, 2013, p. 130).

A Virginia Woolf no solo acude para retratar las formas empíricas más sutiles de los actos de dominación simbólica recreados literariamente por la inglesa,¹¹ sino que parece proponerse recuperar el proyecto por ella sugerido consistente en tratar al principio androcéntrico «[...] como una arqueología objetiva de nuestro subconsciente, o sea, como el instrumento de un verdadero socioanálisis» (Bourdieu, 2000a, p. 13) mediante operaciones de objetivación científica de las ope-

11. Véase el minucioso análisis de los personajes de *Al faro* en el texto del francés (Bourdieu, 2000a, pp. 89-102).

razones propiamente simbólicas que tienen como producto la división sexual.

Lo hará recuperando de *Three Guineas* conceptos como «líneas de demarcación místicas» o «ritos mágicos» que inequívocamente emplazan a «[...]interrogar por la transfiguración mágica y la conversión simbólica que produce la consagración ritual[...], proponiéndose «[...]dirigir la investigación hacia una aproximación capaz de entender la dimensión propiamente simbólica de la dominación masculina» (Bourdieu, 2000a, pp. 12-13).

La única referencia explícita a Simone De Beauvoir aparece en la página 108, apoyándose en el trabajo de Toril Moi (1994) y en el prefacio que él mismo redactaría para otro escrito de Moi (1995) titulado «Apologie pour une femme rangée», tomar como ejemplo de concreción de las formas específicas de dominación masculina para el espacio escolar las representaciones y clasificaciones escolares mediante las que el poder de Sartre se ha impuesto a Simone De Beauvoir.

Judith Butler aparece ya en la segunda página de la introducción para ser discutida a propósito de un análisis en términos políticos del repertorio movilizador de algunos espacios feministas:

[...] esos *happenings* discursivos constantemente recomenzados que preconizan algunas teorías feministas: rupturas heroicas de la rutina cotidiana, como los *parodic performances*, predilectos de Judith Butler, exigen sin duda demasiado para un resultado demasiado pequeño y demasiado inseguro¹² (Bourdieu, 2000a, p. 8).

La referencia a la estadounidense vuelve en la página 127. Bourdieu discute con

12. Resonante con esta línea de análisis crítico de las potencialidades de este estilo de acción política –y, sobre todo, de la elitización militante que tienden a exigir– se sucedieron en los sectores menos jóvenes y menos cosmopolitas (y/o con ascendentes marxistas) del feminismo español a propósito de la divulgación de las aplicaciones cutáneas de testosterona de B. Preciado.

«los filósofos posmodernos» la capacidad del acto performativo para abolir los dualismos, afirmando que, puesto que no son producto de meros actos de nominación, no pueden ser abolidos por un efecto de «magia performativa». Y sigue:

[...] los sexos no son meros «roles» que pueden interpretarse a capricho (a la manera de las *drag queens*), pues están inscritos en los cuerpos y en un universo de donde sacan su fuerza. El orden de los sexos es lo que sustenta la eficacia performativa de las palabras —y muy especialmente de los insultos—, así como lo que se resiste a las redefiniciones falsamente revolucionarias del voluntarismo subversivo (Bourdieu, 2000a, p. 127).

En un pie de página condensa la crítica abierta a una de las ideas centrales de *Gender Trouble*: el género es algo que nos ponemos igual que hacemos con la ropa en la mañana. Bourdieu considera que Judith Butler «parece repetir la visión voluntarista del sexo» (Bourdieu, 2000a, p. 127).

En la construcción teórica del francés, con fuerte herencia fenomenológica y especial sensibilidad a las condiciones materiales de la existencia, las operaciones resultan mucho más complejas, la incardinación de disposiciones fundamentales y los espacios de subversión situados, por tanto, mucho más condicionados. Porque los actos de dominación simbólica no son meros productos lingüísticos, encierran una densa condición política y se articulan en el marco de las condiciones sociales y materiales de la existencia, la subversión no puede residir únicamente en una transformación del lenguaje. Al mismo tiempo, la capacidad subversiva de esa transformación del lenguaje (gráfico, corporal, etc.) es dependiente del contexto de emergencia y recepción: la capacidad de provocación, por ejemplo, de los pechos femeninos desnudos (incluso la sola insinuación) en la España de los años 70 ha desaparecido (o necesita especializarse enormemente) a tenor de la hiperexposición pública de los últimos años que ha dinamitado el tabú a la vez que reforzaba la mercantilización de la imagen femenina.

Se volverá al planteamiento en LDM sobre esta cuestión en la tercera parte de

este trabajo pero, a colación de esta pequeña exposición respecto al tratamiento del autor de los referentes legítimos feministas, se detendrá un instante.

En la concepción bourdisiana del sexo (que implica una ruptura con la teoría sexo-género/ (biológico, natural) –(social, construido) se intuyen ciertas resonancias con los planteamientos de Butler.¹³ Por ejemplo en la ruptura de la *doxa* biologicista del par macho/hembra– donde el nacimiento de personas intersexuales emerge como prueba empírica de la ortopedia cultural –que resulta posible gracias a un acercamiento genalógico al par sexo-género (Gil Rodríguez, 2002, pp. 34-35)– rompiendo con la tradición abierta por De Beauvoir y las teorizaciones sexo-género elaboradas con posterioridad. O en la explicitación de los procesos culturales de naturalización sexual (Gil Rodríguez, 2002, pp. 34-35) donde reside el núcleo de la lucha filosófica y política.

Sin embargo, Bourdieu no discute más allá de las referencias señaladas anteriormente. O mejor: no escribe tomando como punto de partida (explícito) ni el trabajo de De Beauvoir ni el de Butler, Haraway o cualquiera de las autoras que continuaron desarrollando la teoría a partir de sus trabajos. Ninguna de ellas son interlocutoras en el texto, de las que se recojan elementos o se discutan argumentos, análisis o conclusiones de manera extensa y mucho menos escolástica. ¿Una forma de escritura de un estado anterior del campo intelectual menos exigente respecto de la cita bibliográfica y al repaso del «estado de la cuestión»? ¿Es un mero gesto de altanería? ¿Racanería?

Sin poder arrojar una respuesta concreta y exclusiva a esta cuestión por no poseer como espacio de posible obtención de indicios empíricos más que el texto publicado y a riesgo de sobredimensionar ciertos elementos (sería necesario reconstruir con sus colaboradores y pares el proceso de producción de LDM, junto

13. José Luis Moreno Pestaña recalcó, al comentar amablemente este trabajo, que en todo caso sería Bourdieu quien precedió a Butler, por estar presente ya en *El sentido práctico* este planteamiento.

con una reconstrucción de la trayectoria biobibliográfica extensa) se expondrá algo que sí está en el texto.

Atendiendo a la escueta discusión con Lévi-Strauss respecto a lo que Bourdieu considera una visión «puramente semiológica» la concepción del intercambio de mujeres como relación comunicacional que oculta la dimensión política de la transacción matrimonial (Bourdieu, 2000a, p. 61), vemos que se asemeja el tratamiento (hondura epistemológica pero poca extensión –algo más para el antropólogo–) y la forma (no hay citas o referencias a textos concretos). Sin embargo, para este último y para Rubin hay un pie de página destinado a excusarse por no ahondar en la discusión:

Habría podido (o debido), a propósito de cada una de las posiciones antes mencionadas, señalar lo que la distingue, por una parte, de las tesis lévi-straussianas (lo he hecho en un único punto, que me parecía sobremanera importante) y, por otra, de tal o cual de los análisis próximos, y, en especial, el de Gayle Rubin («The Traffic in Women. The Political Economy of Sex», en R.R. Reiter [ed.], *Toward an Anthropologie of Women*, New York, Monthly Review Press, 1975), que, para explicar la opresión de las mujeres, recupera, con una perspectiva diferente a la mía, algunos rasgos del análisis fundador de Lévi-Strauss. Cosa que me habría permitido hacer justicia a esos autores haciendo valer al mismo tiempo mi «diferencia» y sobre todo dejar de arriesgarme a parecer que repetía o aceptaba unos análisis de los que discrepo (Bourdieu, 2000a, p. 62).

Por lo demás, véase el tratamiento rápido y sin referencias a volúmenes concretos de Marx¹⁴ para discutir la «toma de conciencia» (aquí también una única referencia a Lukács a colación de la «falsa conciencia») que esperaría, según Bour-

14. Valdría también para Durkheim (Bourdieu, 2000a, p. 29) o para Goffman (Bourdieu, 2000a, p. 129).

dieu, una liberación de los dominados como efecto inmediato de la misma –por adolecer de una teoría disposicional de las prácticas– donde no hay sino opacidad e inercia resultado de la inscripción de las estructuras sociales en los cuerpos (Bourdieu, 2000a, p. 57).

De otro lado, el análisis de Bourdieu sobre las condiciones de adscripción de los hombres al polo dominante y los riesgos de caída en la feminidad junto con la ruptura del «eterno» masculino (sociológicamente parcial y que relegaba a los hombres al papel de simples colaboracionistas bien avenidos) se adelantó respecto del estado del campo del feminismo español y, cuando las condiciones cambiaron (tras la irrupción de las tesis *queer* y el empuje de colectivos de hombres –en un espacio periférico del campo feminista aunque con respaldo institucional–) propiciando un espacio de recepción más adecuado, entre el 2004 y el 2009,¹⁵ no responderá a los códigos y las claves legítimas y legitimadoras.¹⁶ Por ejemplo, respecto del abordaje de los hombres «normativos» y la sanción a los cuerpos rudos y robustos (proletarios pues), sostenidos como paradigma encarnado del machismo.¹⁷

15. Esta franja de años se ha designado a pesar de que la primera traducción de *El género* en disputa de Butler se publica en el 2001. Por abajo tomo 2004 como fecha media ya que a partir de 2003, con la publicación de *Multitudes queer. Apuntes para una política de los anormales* de Preciado y *Cuerpos que importan* de Butler, comienzan a sucederse *Teoría Queer y psicoanálisis* de Sáez, en 2004; *Foucault y la teoría queer* de Spargo, también en 2004 o en 2005 el libro de autoría colectiva *El eje del mal es heterosexual: figuraciones, movimientos y prácticas feministas queer* muy recepcionado en los espacios más jóvenes del mundo militante.

Se toma como indicador de que el proceso de apertura está consolidándose en la sucesión de reimpressiones de *Gender Trouble* a partir de 2007 y en el estado del debate en las jornadas feministas de 2009 en comparación con las inmediatamente anteriores de 2000. Finalmente, la puesta en circulación del *Manifiesto para la insurrección transfeminista* y las Jornadas Transfeministas celebradas en Sevilla en 2010 marcan la consolidación de una nueva corriente entre el feminismo español.

16. Sigo en esto a Moreno Pestaña cuando, en la sociogénesis que reconstruye de Michel Foucault, propone como tres guías útiles para la objetivación sociológica de un producto cultural el análisis de la identidad del pensador, de la cotización del mismo, de los signos que utiliza en dos estados diferentes del campo intelectual y de la sobredeterminación política del discurso filosófico (Moreno Pestaña, 2006, p. 146).

17. Al que ya se oponía la reconstrucción que había realizado de las condiciones sociales del celibato masculino en plena reacomodación de un mercado matrimonial protegido por la familia (con fuertes restricciones orientadas a resguardar el patrimonio familiar y el linaje) y con agentes externos intervinientes (como las casamenteras) a un mercado liberalizado de emparejamientos donde los modelos ideales de varón urbano en alza expulsaban a los paisanos en el Béarn de los años 60 y 70 (Bourdieu, 2004).

ESBOZO DEL ESPACIO FEMINISTA. LOS SIGNOS QUE COTIZAN EN ALZA: PUBLICACIONES ACADÉMICAS Y EL POLO MILITANTE EN CUATRO MOMENTOS [2000, 2008, 2009 Y 2010]¹⁸

A finales del siglo XX, el panorama español de investigaciones y publicaciones relacionadas con los estudios feministas crecía exponencialmente al tiempo que decrecía el ingreso de jóvenes a los espacios militantes. En los últimos quince años el «relevo generacional» es una de las grandes preocupaciones de las militantes y teóricas: para la gran mayoría de mujeres jóvenes el feminismo es algo pasado de moda, algo superado. Ana De Miguel señala, entre otras razones, el estigma del concepto «feminismo» (De Miguel, 2008, pp. 31-32) y la difusión entre las mujeres jóvenes de una forma de interpretar la realidad que no registra o interpreta de forma coherente los datos negativos: no se perciben realmente o se atribuyen a factores no sistémicos por lo que no se piensa en soluciones comunes sino en dificultades, errores o victorias personales (Cacace, 2006, en De Miguel, 2008, p. 34). De Miguel se apoya en los trabajos de Faludi para explicitar dos pilares sobre los que se sostiene el «mensaje de la reacción antifeminista»: primero, la igualdad sexual ya es un hecho, por tanto, el feminismo es un asunto del pasado; y segundo, la igualdad sexual ha «empobrecido y estresado la vida de las mujeres, las ha hecho más infelices» (Faludi, 1991, en De Miguel, 2008, pp. 35-36).

Como decía, en dirección opuesta este «mensaje de la reacción antifeminista»,

18. Para situar la transformación del polo militante del espacio feminista a partir de la recepción de las propuestas posfeministas o *queer*, se poya, en parte, en observaciones, seguimiento de acontecimientos y conversaciones informales se pudo desarrollar en la trayectoria militante desde 1998. A lo largo del año 2009, en las actividades de organización de las últimas jornadas celebradas por el feminismo español en Granada, se tuvo la oportunidad de tomar un lugar privilegiado para presenciar la culminación de un proceso de transformación del campo feminista: para indagar acerca de la interacción entre el polo intelectual y el polo militante y sobre la lucha por la emergencia del frente posfeminista (venía gestándose en los últimos años) que supuso quiebres, debates y enfrentamientos muy importantes. De aquel proceso de más de un año conservamos un diario de acontecimientos que ha iluminado ciertas zonas y puesto sobre el rastro de algunos elementos estructurales de esta reconstrucción.

Por lo demás, habría que advertir que las oposiciones que estructuraban el campo en aquellos años han sido replegadas o atenuadas al compás de la emergencia nacional que vive el país, donde las condiciones jurídicas y materiales vuelven a necesitar ser aguerridamente defendidas y el declive de derechos y libertades sexuales y reproductivos, de la mano del actual gobierno del Partido Popular, parece ser ya un hecho.

comenzaba a consolidarse un cuerpo de investigadoras en ciencias sociales y filósofas nacionales con largas trayectorias intelectuales.¹⁹ El cuerpo de estudios e investigadoras (muchas de ellas activistas al mismo tiempo) se encontraba envuelto en un impulso (más exhaustivo por unas facciones y menos por otras) por autonomizarse del resto de cuerpos de análisis y de tradiciones, esforzándose por construir una línea del tiempo y unos referentes propios.²⁰

Desde su nacimiento y consolidación el espacio feminista (en su polo intelectual y en el militante) venía estando atravesado por dos grandes corrientes que implicaban intereses investigadores distintos y diversos enfoques de la acción militante: el feminismo de la igualdad y el de la diferencia. Respecto al tema que nos ocupa las diferencias entre ambos polos (académico y militante) no parecen significativas, aunque, hilando fino –algo que excede los límites de esta exposición–, habría que tener cautela en esta cuestión, puesto que ambos espacios se inscriben en lógicas reproductoras diferentes que les confiere dinámicas diferentes y espacios de desarrollo muchas veces encontrados. Por ejemplo, la búsqueda de la originalidad y lo novedoso propio del polo intelectual, o el problema de la divulgación y articulación política de las teorías filosóficas en el espacio militante.²¹

En el caso del feminismo español, lo académico y lo militante no solo está íntimamente relacionado interalimentándose constantemente, sino que las autoras con más prestigio intelectual en este cuadro de estudios, suelen ser, al mismo tiempo, referentes simbólicos (no exclusivos ni de manera exhaustiva pero sí muy importantes) y fuente de argumentos y novedades epistemológicas para las activistas –comenzando la recepción, generalmente, por una vanguardia citadina

19. La progresiva creación de jurisprudencia y la conquista de espacios institucionales destinados a proteger los derechos y libertades de las mujeres y a promocionar su ingreso en todas las esferas de la vida pública posibilitó este proceso de emergencia de intelectuales feministas de referencia al tiempo que todas estas actuaciones en el marco de las políticas públicas se veían reforzadas simbólicamente por su trabajo intelectual.

20. Se sigue en esto la reconstrucción que Saletti (2010) ha realizado sobre el debate.

21. En este sentido, Moreno Pestaña (2008, p. 96) señala que «la lógica de las distinciones intelectuales tiene razones que la lógica intelectual y la lógica política no entienden».

y cercana a los espacios intelectuales y difundida, principalmente, a través de todo el cuerpo de cursos, encuentros y jornadas.²²

También se escriben bastantes libros divulgativos –muchas veces el prestigio en el espacio intelectual feminista puede provenir del «respaldo militante» a la autora en cuestión– y en los talleres de formación al interior de los colectivos se estudian trabajos (a veces solo fragmentos) de autoras como Dolores Juliano, Celia Amorós, Mari Luz Esteban o de la antropóloga mexicana Marcela Lagarde (con mucha recepción en el espacio militante nacional). También de autoras internacionales como Judith Butler –mucho en el último tiempo– Betty Friedman, Vandana Shiva o de textos clásicos de la Primera Ola como *Vindicación de los derechos de la mujer* de Mary Wollstonecraft, al mismo tiempo que se incluyen como referentes teóricos trabajos que provienen de una teorización, ciertamente profana –distante de lo escolástico y de las normas académicas aunque receptora muchas veces del capital cultural y escolar de las militantes–, que emerge de la reflexión respecto de la acción militante.²³

Estas dos corrientes (feminismo de la igualdad y de la diferencia²⁴) se encuen-

22. El papel de las distintas delegaciones del Instituto de la Mujer, desde su creación en 1983, dependiente del Ministerio de Cultura hasta 1988, hasta la creación del Ministerio de Igualdad en 2008 (abolido por el actual gobierno del PP) ha resultado fundamental para la investigación y la divulgación, subvencionando, amplificando e institucionalizando discursos y prácticas feministas.
23. Por ejemplo, los trabajos de María Galindo y el colectivo Mujeres Creando de Bolivia (muy recepcionados en los espacios menos institucionales y más cercanos a la cultura *punk* –aunque no exclusivamente–). Ver, para el caso, el catálogo con más de treinta publicaciones en www.mujerescreando.org o la presentación en las Jornadas Feministas Estatales de 2009 del documental Amazonas. Mujeres indomables, un trabajo audiovisual firmado por María Galindo y que, tras su publicación, se rodeó de discordia al ser denunciada por las protagonistas del documental (una agrupación de mujeres, mayoritariamente migrantes bolivianas, afincadas en una barriada periférica de Buenos Aires autoorganizadas a partir de la consolidación de estrategias para la supervivencia –olla común y control de la violencia machista, fundamentalmente en el seno de sus hogares–) por haberles «robado» y tergiversado la historia.
24. En ambos espacios (intelectual y militante) eran estas dos grandes facciones –que incluirían subcorrientes no muy desarrolladas todas en el contexto español como para constituir claramente facciones definidas, como el feminismo liberal clásico, el liberal social y el marxista para la igualdad; el feminismo radical, cultural o ecofeminismo para la diferencia– las que venían polarizando el feminismo, tanto a nivel de desarrollo de la teoría o de orientación de la investigación y de la acción política como de la articulación de las demandas en el espacio militante. Luego, como en todo espacio vivo, existían y existen otros elementos sobre los que se generan otras polaridades que no tienen por qué corresponderse de manera automática (aunque pueden establecerse correspondencias) sobre las dos corrientes. Por ejemplo, el debate abierto respecto de la regulación o abolición del trabajo sexual, el modo de abordar la defensa de los derechos humanos cuando entran en conflicto con cuestiones socioculturales no occidentales o, cómo afrontar la incursión de participantes hombres en los diversos espacios del movimiento. Para ver cómo los diferentes posicionamientos teóricos articulan demandas políticas diferentes véase por ejemplo el trabajo de Costa (2010, pp. 239-246).

tran, al mismo tiempo, travesadas por otra oposición que se correspondía más o menos con la anterior: inserción de la militancia en partidos políticos y sindicatos (mixtos) o apuesta por colectivos autónomos de mujeres.

Si en los años setenta la lucha por los derechos y libertades básicas y contra la dictadura franquista había propiciado la cohesión del feminismo, a partir de la celebración de las Jornadas de Granada (1979) la división del movimiento se había hecho evidente entre las feministas de la igualdad (que, en líneas generales y entre otras cuestiones, defendían la doble militancia, en el movimiento y los partidos) y las feministas de la diferencia (partidarias de la autonomía del movimiento). La despenalización del aborto se convirtió en la reivindicación que aglutinó a las diferentes organizaciones del movimiento a principios de la década de los ochenta, al tratarse de una demanda que exigía movilizaciones en la calle y el mantenimiento de la protesta hasta su consecución. Los diferentes grupos coincidían en la reivindicación del aborto libre y gratuito para las mujeres [Salas y Comabella, 1999, p. 13], lucha que concentra gran parte de la actividad feminista, al igual que sucedió en el conjunto del feminismo occidental (Trujillo, 2009, pp. 164-165).

Siguiendo a Romero Pérez, la asunción del concepto «patriarcado» en el naciente feminismo español y su diferenciación de «capitalismo» resultó fundamental para la consolidación de un movimiento que se inauguraba con la participación de militantes (y pensadoras) provenientes del marxismo y del anarquismo. «Esta separación suponía la ruptura con la creencia de que la liberación de las mujeres estaba inextricablemente relacionada con la lucha de clases» (Romero Pérez, 2011, p. 340).

En 1985, Celia Amorós publicaba *Hacia una crítica de la razón patriarcal* donde argumentaba (se sigue en esto la exposición de Romero Pérez) a través del «paralogismo producción-reproducción», que el marxismo no era capaz de explicar las situaciones de exclusión y de discriminación de las mujeres en tanto que mujeres.

«Un paralogismo en el que incurrieron las comprensiones que aplican ilegítimamente a la reproducción, en cuanto que es reproducción de la producción, las mismas categorías y los mismos instrumentos de análisis que han sido elaborados para el ámbito de la producción» (Romero Pérez, 2011, p. 340).

En 1990, cuando Bourdieu publicaba el artículo «Le domination masculine», germen del libro con el mismo nombre (Alonso et al., 2004, p. 24), Celia Amorós publicaría *Feminismo. Igualdad y diferencia* donde reflexionaba críticamente sobre ambas posturas. Y Amelia Valcárcel, un año después, en 1991, «Sobre la herencia de la igualdad» en un ejemplar coordinado por Carlos L. Thiebaut y que llevaba por título *La herencia ética de la Ilustración*.

Al otro lado del océano, y también en 1990, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity* de Judith Butler veía la luz. Quedaban casi quince años para que B. Preciado revolucionara al sector más joven y menos institucional (comenzando por aquellas esferas más relacionadas con el mundo del arte afincado en las grandes y cosmopolitas capitales del Estado español) del activismo feminista divulgando los postulados de Butler, o argumentando en una línea semejante,²⁵ que terminaría por condensarse y presentarse ante el resto de corrientes feministas como «transfeminismo»²⁶ (que en clave académica era lo mismo que el posfeminismo o la Teoría Queer) en las Jornadas Feministas de la Coordinadora Estatal en 2009.

25. En 2003 se publica en España su libro *Multitudes Queer. Notas para una política de los anormales*. Sin embargo, Preciado parece haber resituado su posición, al calor del devenir de la recepción, matizando, ya en las Jornadas Transfeministas celebradas en Sevilla en 2010, que su propuesta no debe ser leída como *queer*, posfeminista o transfeminista, sino como una crítica que emerge y se enmarca en el «feminismo a secas».

26. Importando las experiencias estadounidenses y entroncando con un paronama de organizaciones con larga trayectoria en la defensa de los derechos de las trabajadoras del sexo, de transexuales y con toda la tradición de lucha LGTB comenzaba a armarse un bastión del autodenominado «feminismo sucio», la «hermana bastarda» del feminismo imperante que criticaban como burgués, blanco, heteronormativo y compuesto y pensado únicamente para «biomujeres». Ver el «Manifiesto para la insurrección transfeminista» publicado en enero de 2010 (leído anteriormente en una de las conferencias de las Jornadas Feministas Estatales de diciembre de 2009) y que se publicitó masivamente por ciertos espacios del feminismo, tanto académico como militante.

Si bien es cierto que *Gender Trouble* había sido traducido en España ya en 2001 bajo el título *El género en disputa: Feminismo y la subversión de la identidad* y las referencias a la autora crecían exponencialmente (e iba ganando espacio en el ambiente académico y en las facciones más academicistas del movimiento), es a partir de 2007 cuando se suceden cuatro reimpressiones de la obra (la última en 2011). Los talleres de Teoría Queer comienzan a inundar el panorama de actividades feministas (sobre todo en los sectores más jóvenes), los monográficos sobre identidad y cuerpo se suceden y las referencias a Butler colman (con entusiasmo o recelo) cualquier debate. Si bien la recepción del debate en una parte del espacio académico fue casi contemporánea al proceso de recepción internacional, y ya en 1994 aparecía, por ejemplo, el número cero de publicación *Non Grata* del colectivo Lesbianas Sin Duda, receptor de las propuestas *queer* y primer grupo en el Estado español en autodenominarse feminista *queer* (Trujillo, 2009, p. 168),²⁷ no será hasta las Jornadas Feministas Estatales celebradas en 2009 cuando esta corriente se presente consolidada dentro del espacio militante.

Respecto del interés por el mandato patriarcal para los varones y las prácticas disidentes –siguiendo la cronología del movimiento de hombres igualitarios reconstruida por Lozoya et al. (2003)– quedaría inaugurado con «La alienación del varón», un artículo publicado en *El Viejo Topo* en 1979, firmado por Josep Vicent Marqués.²⁸ En 1980, en una edición extra en el mes de octubre también de *El Viejo Topo*

[...] dos hombres reflexionan sobre la actividad de un grupo que ‘se reunió hace un par de años’. Tenía de 5 a 7 integrantes de 25 a 35 años. Aunque no militaban, se situaban políticamente a la izquierda del PCE. Eran más o menos intelectuales (la mitad relacionados con feministas). Se veían una vez por semana (Lozoya et al., 2003, p. 2).

27. Trujillo señala que de los noventa en adelante diversos grupos de lesbianas comienzan a recepcionar estos planteamientos. Además del citado están: Bollus Vivendi, Grupo de Trabajo *Queer* (GTQ) o Medeak, entre otros (Trujillo, 2009, p. 168).

28. Los autores señalan que el mismo Marqués les informó de que habría otro anterior, publicado en 1974, al que no han podido tener acceso.

En 1985 en Valencia y Sevilla comienzan las primeras experiencias de colectivos de hombres y en 1987 se publican en España *Ser Varón* de Donald Bell y *¿Qué hace el poder en tu cama?* de Josep Vicent Marqués (Lozoya et al., 2003, p. 2). Un año después, en abril, tiene lugar un ciclo de conferencias sobre la Condición Masculina, organizado por el colectivo Asociación Antipatriarcal en la facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid, que tuvo, entre otros ponentes a Marqués, Jesús Ibáñez y Agustín García Calvo. En 1993 se crea la Red de Reflexión sobre los Modelos Masculinos y el Centro de Estudios sobre la Condición Masculina. En 1994, a solicitud del Ministerio de Asuntos Sociales, Marqués y Lozoya realizan una investigación sustentada en el análisis de cinco grupos de discusión bajo el título *Los varones ante el cambio de las mujeres y el problema de su identidad* (Lozoya et al., 2003, p. 5). En 1997 Enrique Gil Calvo publicaba *El nuevo sexo débil. Los dilemas del varón postmoderno*. En 2001 nació la Asociación de Hombres por la Igualdad, AIGE –en el 2000 lo hacía el Grupo de Hombres de Jerez (Lozoya et al., 2003, p. 6)– y en 2005 la Plataforma por Permisos Iguales e Intransferibles de Nacimiento y Adopción (PIINA), un espacio que aglutina a mujeres y hombres feministas.

Volviendo la mirada nuevamente hacia la militancia feminista, resulta interesante un análisis comparativo temático y de representación del feminismo de la igualdad y de la diferencia respecto del postfeminismo en las Jornadas Feministas Estatales (máximo evento oficial y oficializador de los discursos y debates) en el año 2000, celebradas en Córdoba y las últimas, en Granada en el año 2009. Entre una y otra no se celebró ninguna a nivel estatal y todo hace indicar que en los casi diez años que las separan el panorama cambió considerablemente.

En las Estatales del año 2000, no existe ninguna ponencia que aborde la Teoría *Queer*, la puesta en cuestión del binomio macho/hembra o que hable sobre intersexualidad. Tan solo 5 de las 52 ponencias –incluidas las tres mesas redondas– pueden rondar o adentrarse en el tema.²⁹

29. Ver textos completos en la publicación de actas (2001).

En 2008 se celebraron las IV Jornadas Feministas de Euskal Herría con unas 1.000 participantes. Acudieron no solo colectivos locales sino también de Cataluña, Aragón, Galicia, Asturias, etc. Y, de alguna manera, se recepcionó, de un lado, la necesidad del mundo militante de desarrollar un evento aglutinador y, de otro, de discutir y poner en común lo que ya se vislumbraba como una nueva situación del campo que había comenzado a recepcionar toda la crítica del feminismo postcolonial (algo ya había aparecido en las Jornadas Feministas Estatales del año 2000) y de la Teoría Queer. Podemos entender estas jornadas como la antesala de lo que serían las Estatales de 2009.

En estas jornadas de 2008, el colectivo Medeak presentaba una ponencia titulada «Aullidos de cuerpos insumisos». Mientras un par de representantes iban exponiendo algunas claves de la Teoría *queer* (dando a conocer la figura de Butler y Preciado) y el discurso teórico que sostiene la apuesta política por la *performance* (o *performatividad*, como matizará la propia Butler³⁰) y la apropiación de elementos asignados a la masculinidad, otras componentes del grupo iban mostrando *in situ* los trucos de la *performance*: desde cómo disimular los pechos, colocarse bigote troceando un mechón del cabello y fijándolo con cola, hasta cómo construir una prótesis casera de un pene.

Al principio, los talleres generaron muchos conflictos con algunas feministas que no entendían qué es el *dragking* y no lo veían como una sátira del modelo masculino hegemónico. ‘En ese devenir se nos fueron cayendo algunos de los mitos del feminismo más clásico vasco, cuyas prioridades estaban muy claras y en donde todo lo masculino tenía que estar apartado’, cuenta Ana Txurruka. ‘Al terminar el primer taller tuvimos mucha sanción y el comentario fue: -habéis estado poniéndoos bigote cuando había un seminario de economía feminista. Esto de estar poniéndonos un bigote no era para nada feminista’, recuerda Itu [Extracto de entrevista de cuatro militantes de Medeak a la revista *Pícara Magazine*] (Fernández, 2011).

30. Algo parecido a Teresa de Lauretis, que fue la impulsora en 1991 del concepto *queer* en «Queer Theory: Lesbian and Gay Sexualities» y lo criticará tan solo tres años después por «haberse convertido en algo vacío» (Trujillo, 2009, p. 167).

En las jornadas de 2009, 10 de las 40 ponencias presentadas se estructuraban claramente desde el postfeminismo con títulos como por ejemplo: «En busca de la esencia perdida: las identidades desde una perspectiva trans»; «Transdeseante: la aventura de la identidad» o «La masculinidad de las biomujeres: marimachos, chicas, camioneras y otras disidentes».³¹

A lo largo de 2009 y, a propósito de las decisiones que debían ir tomándose para organizar el evento, se puso de manifiesto que había planteamientos encontrados. Tras aparentes cuestiones exclusivamente pragmáticas (¿Pueden inscribirse hombres en las jornadas? ¿Se sigue manteniendo el espacio de las jornadas como exclusivo para mujeres? ¿Qué hacemos con las y los transexuales o intersexuales? ¿Los hombres feministas deberían tener sus propios espacios separados?) subyace un debate fundamental: ¿El sujeto político del feminismo siguen siendo solo las mujeres? ¿Puede un contexto «mixto» garantizar un espacio de libertad para las mujeres? ¿Desde qué marco de relaciones de lo biológico y lo cultural se puede seguir enfocando el feminismo a la emancipación de las mujeres? ¿Cómo asumir las tesis postfeministas y articularlas con las prácticas de construcción de espacios para mujeres? ¿Seguirían siendo necesarios?

Estos debates se libraron en discusiones (en las que se entrelazaban cuestiones pragmáticas con teorizaciones académicas) durante el año de preparación y en los propios actos de celebración. Finalmente, por parte de la organización no se tomó ninguna decisión. En la Coordinadora Feminista Estatal se había acordado que las jornadas fuesen como hasta el momento. Esto significaba, más o menos (estas cuestiones tampoco se trataban en términos absolutos o tipo normativa legal –y resulta una tarea incómoda–), entre mujeres y con la participación de transexuales, algún militante homosexual, y sin «hombres». En el grupo organizador la postura no estaba clara.

En este sentido, hay que entender que en ninguna ocasión se había colocado el

31. Ver textos completos en la publicación de actas (2009).

cartel de «solo chicas» porque no había resultado necesario (al no haber apenas varones interesados al respecto³²) y colocarlo resultaba realmente complicado, más aún, si entendemos que el colectivo anfitrión había comenzado años atrás un seminario de trabajo sobre identidad y había estudiado, durante largo tiempo, la discusión postcolonial y *queer* respecto del «monolítico mujer». También hubo varios eventos cargados de tensión en la mañana de recepción y recogida de materiales a raíz de la presencia de varios participantes varones (algunos de ellos militantes de colectivos «trans», otros alumnos universitarios de carreras humanistas) defendidos aguerridamente (los primeros) por sus compañeras ante otras militantes que argumentaban que debía seguir siendo un espacio solo para mujeres.

Algunas participantes jóvenes se pintaron bigote y barba como forma de manifestar públicamente su apoyo a aquellos hombres que acudieron a los plenarios y conferencias (y que lo hicieron a pesar de que había revuelo y enfado manifiesto por su presencia en las salas de conferencias). Sobre todo de las mujeres mayores, o de aquellas para las que las jornadas se presentaban como una situación de gratificante excepcionalidad, sintiéndose liberadas y empoderadas al participar políticamente entre mujeres.

En la fiesta de clausura se sucedió la renuncia del grupo de música que iba a actuar (al comprobar que a sus familiares y amigos varones no les fuera permitida la entrada al recinto), militantes de colectivos postfeministas coreando en la pista de baile, lemas como: «el feminismo será trans o no será»; y discusiones acaloradas entre las organizadoras en la puerta del local.

Finalmente, detonaron oposiciones al interior del colectivo organizador que, tras una trayectoria de tres décadas, unos meses después de las jornadas se ahogaba en una disputa que se resolvería con una escisión importantísima que saldría de

32. Sí es cierto que en las de Córdoba en el año 2000, un pequeño grupo de amigas y amigos de la ciudad había acudido a las jornadas y la presencia en alguna de las conferencias de los varones levantó mucho revuelo y molestia a la mayoría de militantes.

la asamblea de mujeres para participar exclusivamente en un «grupo de debate sobre lo no binario».

Podemos tomar este caso como ejemplo particular que puede alumbrar la situación del debate respecto a «los hombres» y las aproximaciones que se realizan: los lugares legítimos desde los que incluir a no mujeres dentro del sujeto político: hombres «no normativos» sometidos también ellos por los «hombres normativos». Y, sin duda, de una transformación del campo feminista español que podría, no lo hizo, haber abierto espacios para la recepción de LDM que, más allá de que se puedan cuestionar (o no) las condiciones de producción de este trabajo, creemos, merece ser estudiado y discutido.

A continuación se abordarán algunos elementos significativos apuntando hacia el debate en el seno feminista.

DESTERRANDO LA LARGA NOCHE DE LA DESHISTORIZACIÓN. LA DIVISIÓN SEXUAL COMO PRODUCTO DE UN TRABAJO SOCIAL

Para Bourdieu, la división en dos sexos biológicos (apoyada en los órganos sexuales) no es sino una producción históricamente situada, realizada al alero de la ciencia biomédica, destinada a legitimar la división de género. Y no un hecho biológico, como en De Beauvoir, sobre el que se aposentaría todo el entramado sociocultural del género (también históricamente construido). Para ella el problema de la emancipación de las mujeres, a diferencia de otros colectivos oprimidos, residía principalmente en que el sexo era una condición biológica y no una construcción históricamente situada:

El proletariado podría proponerse masacrar a la clase dirigente; un judío o un negro fanáticos podrían soñar con acaparar el secreto de la bomba atómica y crear una humanidad totalmente judía, totalmente negra: la mujer, ni en sus sueños puede pensar en exterminar varones. El vínculo que la une a sus opresores no se puede comparar con ningún otro. La división

de los sexos es un hecho biológico, no un momento de la historia humana (2008 [1949], p. 54).

Por el contrario, para Bourdieu la división sexual no es sino una producción histórica de la que apenas tenemos rastro, debido a la acción de los mecanismos históricos de deshistorización –proceso mediante el que se presenta un elemento sin rastro de su proceso histórico de construcción–; esto es, naturalizado.

En LDM dedicará la primera parte del tercer capítulo exclusivamente a este tema. Proponiendo que

[...] es preciso reconstruir la historia del trabajo histórico de deshistorización [...] la historia de la (re)creación continuada de las estructuras objetivas y subjetivas de la dominación masculina que se está realizando permanentemente, desde que existen hombres y mujeres, y a través de la cual el orden masculino se ve reproducido de época en época (Bourdieu, 2000a, p. 105).

Una operación de legitimación de la división de género –operante con anterioridad a lo largo de la historia³³– se realiza al alero de la ciencia biomédica a partir de la división sexual en función de la identificación genital (a lo que se sumó, posteriormente, la identificación cromosómica y hormonal).

Propone una explicación a la «asimetría fundamental», por la que los hombres dominan y las mujeres son sometidas, que rompe con toda la explicación del fe-

33. En *Del hermafrodita al transexual. Elementos para una genealogía del cuerpo sexuado*. (España, siglos XVI-XX), Vázquez García explica que «[...] como el sexo no era una realidad biológica sino un atributo social necesario –de ahí esa impresión de plasticidad y apertura que transmite el cuerpo descrito por los anatomistas de la Edad Moderna–, las instituciones ponían en liza toda una serie de prácticas que reforzaban la exigencia de adoptar uno u otro en exclusiva: persecución del travestismo, prohibición del transfuguismo de sexo; obligación, en los hermafroditas, de elegir un sexo determinado; recomendación médica de escoger el sexo predominante [...]. Toda una serie de procedimientos y representaciones que apuntaban a garantizar la opción por un sexo determinado con exclusión del otro. Esta exigencia era imprescindible para garantizar el sistema de alianzas en el que se fundaba la reproducción social (transmisión del nombre del patrimonio, de la sangre, continuidad de los linajes)» (Vázquez García, 2007, p. 86).

minismo clásico, saliéndose de la teoría sexo-género (donde el sexo es biológico por lo tanto, objetivo y natural y el género es definido socialmente, subjetivo y construido sobre el sexo).

Partiendo de que la definición social del cuerpo (sobre todo de los órganos sexuales) es producto de un trabajo social, premisa admitida por toda la tradición antropológica, Bourdieu propone invertir la relación entre las causas y los efectos. Así, la diferencia anatómica es construida por el principio de división social, y se constituye como la demostración objetiva y natural de todo el sistema que la ha construido. Es por ello que los sexos existen únicamente de manera relacional.

«La paradoja consiste en que son las diferencias visibles entre el cuerpo femenino y el cuerpo masculino las que, al ser percibidas y construidas de acuerdo con los esquemas prácticos de la visión androcéntrica, se convierten en el garante más indiscutible de significaciones y de valores que concuerdan con los principios de esta visión del mundo; no es el falo (o su ausencia) el fundamento de esta visión, sino que esta visión del mundo, al estar organizada de acuerdo con la división en «géneros relacionales», masculino y femenino, puede instituir el falo, constituido en símbolo de la virilidad, del pundonor «(nif)» propiamente masculino, y la diferencia entre los cuerpos biológicos en fundamentos objetivos de la diferencia entre los sexos, en el sentido de géneros construidos como dos esencias sociales jerarquizadas» (Bourdieu, 2000a, pp. 36-37).

Se establece, de esta manera, una relación de «causalidad circular» comprendiendo el pensamiento en la evidencia de las relaciones de dominación: las relaciones de dominación se inscriben en la objetividad, en las divisiones objetivas naturalizadas, así como en la subjetividad, en los esquemas cognitivos. Estos, al haber sido construidos desde la misma lógica, organizan la percepción de acuerdo a las divisiones objetivas (Bourdieu, 2000a, p. 24).

De esta manera, las diferencias anatómicas, junto con toda la matriz analógica,

son el fundamento sobre el que se apoya todo el entramado de disposiciones que fundamentan y refuerzan (mediante procesos de naturalización y esencialización) el sistema de dominación, y son, a su vez, estas disposiciones las que rigen los esquemas mentales que llevan a establecer tales diferencias.

LA APREHENSIÓN Y LA REPRODUCCIÓN DE LA DOMINACIÓN: EL HABITUS COMO ALTERNATIVA AL VOLUNTARISMO Y A LA SUPERESTRUCTURA

A partir de la diferencia anatómica y mediante un proceso de homología se van apoyando sobre ella el resto de oposiciones, resultando una «matriz de oposiciones homólogas».³⁴

Arbitraria, vista aisladamente, la división de las cosas y de las actividades (sexuales o no) de acuerdo con la oposición entre lo masculino y lo femenino recibe su necesidad objetiva y subjetiva de su inserción en un sistema de oposiciones homólogas, alto/bajo, arriba/abajo, delante/detrás, derecha/izquierda, recto/curvo (oblicuo) (y pérfido), seco/húmedo, duro/blando, sazonado/soso, claro/oscuro, fuera (público)/dentro (privado), etc., que para algunos, corresponden a unos movimientos del cuerpo (alto/bajo // subir/bajar, fuera/dentro, salir/entrar). Al ser parecidas en la diferencia, estas oposiciones suelen ser lo suficientemente concordantes para apoyarse mutuamente en y a través del juego inagotable de las transferencias prácticas y de las metáforas, y suficientemente divergentes para conferir a cada una de ellas una especie de densidad semántica originada por la sobreterminación de afinidades, connotaciones y correspondencias (Bourdieu, 2000a, p. 20).

Estos esquemas de aprehensión de la realidad (estructurados en concordancia

34. Ver «esquema sinóptico de las oposiciones pertinentes» (Bourdieu, 2000a, p. 23) donde se presenta relacionado el mundo simbólico de la sociedad Cabilia, pudiendo leerse las oposiciones, los procesos y los movimientos.

con la matriz de oposiciones homólogas) se depositan en el cuerpo. Y, como esquemas corporales, «[...] no organizan el mundo como una jerarquía graduada e irreversible [...] no se enfrentan como dos polos de un sistema de oposiciones lógicas:³⁵ las divisiones de la analogía no son 'ni exclusivas ni exhaustivas'» (Bourdieu, 2000c, p. 332 en Alonso, Martín Criado & Moreno Pestaña, 2004, p. 157).³⁶ Y ahí, en la fisura que genera la ausencia de exclusividad y exhaustividad, es donde Bourdieu sitúa la capacidad subversiva, el margen de agencia.

Las disposiciones, constituidas en concordancia con la matriz analógica, son producto de la exposición reiterada al mundo (socialmente jerarquizado y segmentado que produce unos lugares, siendo cada uno de ellos definidos por toda la serie de propiedades sociales resultado de la distribución del capital económico, cultural y social, conectado a cada lugar del espacio social) y se encuentran «como adormecidas», hasta que son activadas por las situaciones sociales a través de la eficacia simbólica que encierran.

Las disposiciones modelan la corporalidad, siendo incorporadas en la *hexis* corporal (dimensión íntima del *habitus*) asumiendo el cuerpo la posición social que ocupa. No existe nunca una copertenencia perfecta entre las disposiciones (cuer-

35. Que es posible construir para el análisis (alto/bajo, fuera/dentro, duro/blando, etc.) pero sin olvidarse nunca de que es una herramienta metodológica y de que en ningún caso se encuentra así, con pulcritud y coherencia lógica, pues los acontecimientos sociales se ven envueltos de incoherencias, tensiones y soluciones prácticas mucho más enredadas y con mayor grado de indefinición. A este respecto Alonso, Martín Criado & Moreno Pestaña, refiriéndose a los análisis de Bourdieu en la Cabilla [valdría decir, por tanto, incluso en una sociedad «simple»] insiste: «entre lo masculino puro («masculino-masculino») y lo femenino puro («femenino-femenino») se instaura una constelación de composiciones coyunturales que constituyen el germen mismo de la existencia» (2004, p. 157).

36. Se considera que esta caracterización que explicita Moreno Pestaña respecto a la composición del *habitus*: la no exhaustividad y la no exclusividad de las disposiciones (no tiene por qué haber coherencia lógica interna, la coherencia es respecto de la práctica y las condiciones sociales de la existencia que además pueden transformarse) que ya quedarían recogidas en *Esquisse d'une théorie de la pratique précédé de trois études d'ethnologie kabyle* (1972) y que ciertamente arroja la posibilidad de que ante un cambio de las condiciones sociales haya un reajuste al interior del *habitus*. E, incluso, la incorporación de nuevas disposiciones que obligan a recomponer la matriz (de ahí la noción de trayectoria) abre un espacio para una concepción del *habitus*, disposiciones y el «principio de la homología funcional y estructural» –ver al respecto el trabajo de explicitación de las características de dicho principio en Alicia Gutiérrez (2002, pp. 60-61)– lejana a la versión «dura» que analiza Martín Criado (2013, p. 142).

po) y la situación social (posición)³⁷ (Alonso, Martín Criado & Moreno Pestaña, 2004, pp. 157, 163-165). En esta situación «[...] el agente –por medio de una reflexión encarnada ajena a cualquier situación escolástica de meditación– elimina, inhibe o recompone las disposiciones que se han aposentado, en mayor o menor grado, en su cuerpo» (Alonso, Martín Criado & Moreno Pestaña, 2004, p. 165).

En el cuerpo quedan inscritas las condiciones sociales de existencia, a través de los esquemas de percepción, donde se ejerce la violencia simbólica, que junto con la violencia física, es utilizada como arma para la reproducción de las estructuras de dominación.

La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión a los dominantes que las dominadas asumen como obligación por no disponer de otra herramienta de conocimiento que aquella impuesta por la relación de dominación y que, simultáneamente, comparten con los dominantes. Al haberse incorporado a sus esquemas las estructuras de dominación, esta resulta naturalizada. En ese sentido, los actos de conocimiento resultarían, en sí mismos, actos de reconocimiento (Bourdieu, 2000a, pp. 40, 51, 53, 55).

Así, en este punto argumentativo del esquema bourdisiano, cabría interrogarse por la capacidad de la ideología por dominar las disposiciones.

Bourdieu coloca el motor de la emancipación en el cambio de las condiciones materiales de la existencia que, se entiende, ampliarían el menú de posibilidades y que, a su vez, posibilitarían matizar, desechar o incorporar nuevas disposiciones. Esto es, un cambio en «el contexto de condiciones objetivas diferentes a aquellas que constituyeron la circunstancia específica de formación de los *habitus*, presentan al agente social instancias que posibilitan la reformulación de sus disposiciones» (Gutiérrez, 2002, p. 78).

37. Solo en los casos límite de las instituciones totales podría asegurarse la incorporación sistemática de los preceptos dominantes y la actuación mecánica respecto de ellos (Alonso, Martín Criado & Moreno Pestaña, 2004, p. 164).

Dejando de lado una concepción dialéctica de la ideología donde la sola puesta en evidencia de las estructuras de dominación llevaría al «despertar» y, luego, a la ruptura total, ¿podría ampliarse ese menú de manera más o menos concienzuda a partir de un programa ideológico? ¿Podrían, las personas, exponerse voluntariamente a unas condiciones de existencia no «naturales» forzando un escenario ortopédico para algunas de sus disposiciones más íntimas y lograr así una reactualización de las mismas más o menos controlada?

Bourdieu propondría una segunda salida a la introducción de cambios en los *habitus*:

un proceso de autosocioanálisis, mediante el cual el agente social pueda explicitar sus posibilidades y limitaciones, sus libertades y necesidades contenidas en su sistema de disposiciones y con ello, tomar distancias respecto a esas disposiciones. Es decir, mediante un análisis reflexivo de uno de los condicionantes objetivos de las propias prácticas, el agente social puede permitirse trabajar para modificar sus percepciones y representaciones de los condicionantes externos de sus prácticas, y de ellas mismas, y por lo tanto elaborar estrategias diferentes de acción. [...] Es necesario tener en cuenta que ese proceso de autosocioanálisis se realiza en el contexto de ciertas condiciones objetivas, a partir del mismo sistema de disposiciones –con sus limitaciones y posibilidades– que se pretende modificar, y a costa de un arduo y metódico trabajo [...] ([Bourdieu y Wacquant, 1992] en Gutiérrez, 2002, p. 78).

Sin embargo este elemento que Alicia Gutiérrez rescata del libro-entrevista de Wacquant a Bourdieu ha sido poco desarrollado al respecto de la dominación masculina. Además, creemos que Bourdieu concibe el autosocioanálisis como un proceso muy complejo, que requiere movilizar gran cantidad de capital cultural y que es escasamente plausible en espacios profanos respecto del razonamiento sociológico o antropológico.

Planteando la cuestión sobre situaciones relativamente plausibles, se centrará esta digresión en situaciones donde la transformación del espacio se da por una renuncia (parcial, quizá nunca total) a los privilegios materiales o simbólicos (ciertamente mucho más difíciles de manejar). Y, en ese sentido, podemos comenzar a analizar qué sucede en los esfuerzos por algunas familias sensibles al proyecto político feminista por compartir padre y madre las responsabilidades de la crianza, imponiéndose una gestión de las prácticas cotidianas contrarias a la *doxa* incorporada organizando un reparto de tareas, horarios, etc. La madre experta (por todo el trabajo de socialización que comienza en la infancia) que se contiene de intervenir y controlar todo el proceso de crianza y ceder un espacio al padre, inexperto. Y, sin evitar cierto rastro de un estado anterior de su *hexis* corporal, ¿podría un padre, que comenzó siendo inexperto, voluntariamente convertirse en un buen cuidador (despertarse al menor ruidito, anticiparse a las situaciones, establecer una vigilancia latente y continua, etc.)?

Bien parece que esto ya sucede cada vez en mayor número de población y en más espacios sociales (sin olvidar que reforzando la vocación anterior, la preocupación paterna por la crianza opera, también, como marca distintiva de clase). Y, si ciertamente este proceso —lleno de conflictos y resoluciones prácticas diversas y quizá, poco plausibles de ser controladas por completo— se ve beneficiado, apoyado, facilitado, por una legislación y unas condiciones materiales que lo favorezcan (derecho parental a la baja por nacimiento, posibilidad de reducirse la jornada laboral) son solo posibles tras una renuncia de los varones a los beneficios de la delegación de ese tipo de tareas fundamentales para la vida y de las mujeres al prestigio envenenado de la «madre» abnegada.

En este caso, una renuncia guiada por la ética, por el modelo de familia al que se aspira y el tipo de relaciones que se desean, supone abrirse a sí mismo nuevos escenarios cognitivos y prácticos. Supone, por tanto, abrirse a sí mismo posibilidades para incorporar nuevas disposiciones que reordenarán, con más o menos fuerza (esta quizá sea la parte menos controlable) la estructura del *habitus*, que, como es un sistema circular, modificarán en mayor o menor grado los esquemas de percepción y de articulación práctica.

SOSTENIMIENTO DE LA VIOLENCIA SIMBÓLICA

En el marco bourdisiano, el fundamento de la violencia no se encuentra en conciencias engañadas a las que únicamente habría que iluminar (concienciar), sino en un sistema complejo de inclinaciones modeladas por las mismas estructuras de dominación que las producen (Bourdieu, 2000a, pp. 57-58). Estas inclinaciones (disposiciones) han quedado ocultas por un proceso de «anamnesia», que se han encargado de garantizar la Iglesia, Familia, Estado (el patriarcado es llevado a lo público) y Escuela, como instituciones que han «contribuido a aislar más o menos completamente de la historia las relaciones de dominación masculina» (Bourdieu, 2000a, p. 5). Estas instituciones son las responsables del mantenimiento de todo el sistema mítico-ritual que consagra el orden establecido cuando lleva, por medio de los ritos de institución, los principios de visión y división que propone (que están objetivamente ajustados a las divisiones preexistentes) a la existencia conocida y reconocida (Bourdieu, 2000a, pp. 20-21).

Así pues, lo que el discurso mítico proclama de manera, a fin de cuentas, bastante ingenua, los ritos de institución lo cumplen de manera más insidiosa y, sin duda, más eficaz simbólicamente; y se inscriben en la serie de operaciones de «diferenciación» que tienden a acentuar en cada agente, hombre o mujer, los signos exteriores más inmediatamente conformes con la definición social de su «diferenciación» sexual o a estimular las prácticas para su sexo, a la vez que impiden o dificultan los comportamientos inadecuados, sobre todo en la relación con el otro sexo (Bourdieu, 2000a, p. 39).

En algunos casos las descripciones y los ejemplos que propone Bourdieu remiten a sociedades pretéritas (o a concepciones estructuralistas y coloniales de ciertas sociedades) con los que resulta un poco ajeno pensar las dinámicas sociales (contradictorias y cambiantes) y difícil situar las permanencias y los cambios a principios del siglo XXI. Incluso su forma de abordar «las instituciones» resulta un tanto estática y, creo, mejoraría analizándolas con su propio concepto de campo.

Ciertamente, la pluralidad de trayectorias personales respecto al mandato patriarcal más arcaico son infinitamente diversas y cambiantes. Se puede, por ejemplo desechar el destino exclusivamente reproductor saliendo exitosamente al mundo laboral manteniendo en exclusividad la responsabilidad en las tareas reproductivas (o delegándolas en otra mujer más dominada) o se puede romper con el relato de la necesidad material respecto de los varones para mantener la dependencia afectiva.

En cualquier caso, se considera que este material, del que apenas se ha expuesto algunos elementos (quizá no haciéndole la suficiente justicia) puede arrojar muchas llaves analíticas y, a la luz de datos empíricos actualizados y demarcados, ricas discusiones. Estructurar el análisis de la dominación masculina o del patriarcalismo a partir de nociones como *habitus* (disposiciones, matriz de oposiciones homólogas) y campo³⁸ (lucha y capitales en juego) puede ayudar a superar cierta ortopedia teórica que analiza, de un lado, las instituciones sociales y sus agentes como «superestructuras» impermeables, estáticas, con un poder sin fisuras y atemporal («la Iglesia», «la escuela», «la familia»), y, de otro, presenta a agentes sin apenas sujeciones vindicando una inflacionada capacidad de autodeterminación.

Hacer operar estos conceptos que propone Bourdieu para analizar las relaciones de dominación, las permanencias y los cambios, puede resultar muy beneficioso para el debate, abriendo, además, la caja de Pandora del sexo-género reoperativizando las correspondencias entre el cuerpo empírico y la lógica simbólica. Ya que masculino dominante no siempre se corresponde con el cuerpo del macho o del varón –Abu Ghraib y las soldados estadounidenses participando activamente en la sodomización forzada (con bastones), acto feminizador por excelencia, a

38. Que no se ha podido abordar, pero del que conviene recordar, rompe con una concepción estática y simplista de las posiciones sociales y del acceso y mantenimiento del poder.

Logra una explicación que, de un lado da cuenta de la lógica del mantenimiento del poder (concentración de los recursos –no solo materiales, sino culturales, simbólicos, sociales, corporales– que permite asegurar la reproducción de la lógica que les ha permitido la acumulación e incorporación de estrategias de distinción que compliquen las intenciones a los o las aspirantes a la posición defendida) y, de otro, es capaz de captar el dinamismo y las luchas por la transformación (o mantenimiento) del estado del campo.

detenidos iraquíes³⁹— aunque haya, ciertamente, una altísima recurrencia en esa correspondencia.

En definitiva, la propuesta bourdisiana vuelve a poner el foco en esta cuestión, permitiendo dar cuenta de la variación empírica respecto del poder (el juego de acumulación de capitales y la posibilidad de rentabilización) y del uso de la violencia simbólica que, inexorablemente, deben contextualizarse empíricamente proporcionando un capital intelectual importantísimo. Porque el poder es relacional y el par filosófico (masculino/femenino) no siempre se corresponde con los cuerpos empíricos (hombres/mujeres).

BIBLIOGRAFÍA

Alonso, L. E., Martín Criado, E. & Moreno Pestaña, J. L. (2004). Lo que es tan difícil como raro: la sociología de un luchador contra su tiempo. En L. E. Alonso, E. Martín Criado y J. L. Moreno Pestaña (Eds.), *Pierre Bourdieu, las herramientas del sociólogo*. Madrid: Fundamentos.

Armegol i Carrera, J. M. (2007). *Gendering Men: Theorizing Masculinities in American Culture and Literature*. Barcelona: Universitat de Barcelona.

Biancalana-Covelli, M. (2004). Droit de réponse. Sur le masculinisme de Bourdieu. Lettre ouverte à M. Thiers-Vidal, *Le Féminisme: Histoire, Théories, Actions*. Obtenido de: http://chiennesdegarde.com/article.php3?id_article=334

Bourdieu, P. (1999 [1988]). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

Bourdieu, P. (2000a). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.

39. Siendo este un caso extremo, podría señalarse el recurrente ejemplo de Margaret Thatcher para el mundo de la política profesional. O, respecto del medio que nos convoca, adentrarse en analizar el poder que ostentan algunas investigadoras respecto de sus becarias a partir de la división social del trabajo intelectual y la dependencia, en relación a las condiciones materiales y simbólicas, de las segundas sobre las primeras.

Bourdieu, P. (2000b). *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Descleés de Brouwer.

Bourdieu, P. (2004). *El baile de los solteros*. Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. (2005). La práctica de la sociología reflexiva (Seminario de París). En P. Bourdieu & L. Wacquant, *Una invitación a la sociología reflexiva*. Madrid: Siglo XXI.

Bourdieu, P., Hernández Rodríguez, A. & Montesinos, R. (1998). *La masculinidad: aspectos sociales y culturales*. Quito: Editorial Abya Yala.

Costa, M. (2010). El debate igualdad/diferencia en los feminismos jurídicos. *Feminismo/s: revista del Centro de Estudios sobre la Mujer de la Universidad de Alicante*, 15, 235-252.

De Beauvoir, S. (2008 [1949]). *El segundo sexo*. Madrid: Ediciones Cátedra.

De Miguel, A. (2008). Feminismo y juventud en las sociedades formalmente igualitarias. *Revista de Estudios de Juventud*, 83, 29-45.

Fernández, J. (2011). Las perras que nos pusieron a leer a Butler. *Pikara Magazine*. Obtenido de: <http://www.pikaramagazine.com/2011/12/las-perras-que-nos-pusieron-a-leer-a-butler/>

Fernández de Quero, J. (2009). La modernidad fruto de tres revoluciones: la industrial, la política y la cultural. *Hombres por la Igualdad*. Obtenido de: http://www.hombresigualitarios.ahige.org/index.php?option=com_content&view=article&id=796:la-igualdad-como-valor-universal-y-constituyente&catid=36:articulos&Itemid=56

Gil Rodríguez, E. P. (2002). ¿Por qué le llaman género cuando quieren decir sexo? Una aproximación a la teoría de la performatividad de Judith Butler. *Athenea Digital: revista de pensamiento e investigación social*, 2.

Gutiérrez, A. B. (2002). *Las prácticas sociales. Una introducción a Pierre Bourdieu*. Madrid: Tierradenadie Ediciones.

Jornadas Feministas Estatales (2000). *El feminismo. Es y será*. Córdoba: Universidad de Córdoba.

Jornadas Feministas Estatales (2009). *Granada, treinta años después: aquí y ahora*. Granada: Coordinadora Estatal de Organizaciones Feministas.

Lozoya, J. Á., Bonino, L., Leal, D. & Szil, P. (2003). *Cronología inconclusa del movimiento de hombres igualitarios del Estado español*. Obtenido de: http://www.hombresigualdad.com/cronologia_inconclusa.htm

Manifiesto para la insurrección transfeminista (2010). Obtenido de: <http://me-deak.blogspot.com.es/2009/12/manifiesto-para-la-insurreccion.html>

Martín Criado, E. (2013). Cabilia: la problemática génesis del concepto de *habitus*. *Revista Mexicana de Sociología*, 75 (1), 125-151.

Moi, T. (1991). Appropriating Bourdieu. Feminist Theory and Pierre Bourdieu's Sociology of Culture. *New Literary History*, 22 (4), 1017-1049.

Moi, T. (1994). *Simone De Beauvoir, The Making of an Intellectual Woman*. Oxford; New York: Oxford University Press.

Moi, T. (1995). *Simone De Beauvoir. Conflits d'une intellectuelle*. París: Diderot Editeur, Arts et Sciences.

Moreno Pestaña, J. L. (2006). *Convirtiéndose en Foucault. Sociogénesis de un filósofo*. Madrid: Montesinos.

Moreno Pestaña, J. L. (2008). *Filosofía y sociología en Jesús Ibáñez. Genealogía de un pensador crítico*. Madrid: Siglo XXI.

Moreno Pestaña, J. L. (2012). Un programa para la sociología de la filosofía. *Revista Internacional de Sociología*, 70, 263-284.

Romero Pérez, R. (2011). Filosofía, feminismo y democracia en España. *Investigaciones feministas: papeles de estudios de mujeres, feministas y de género*, 2, 339-353.

Saletti, L. (2010). Feminismos y metodologías: traslaciones en la investigación. II Simposio Traslaciones Instituto de Estudios de la Mujer, Granada, (*paper*).

Thiers-Vidal, L. (2004). Le masculinisme de «La domination masculine» de Bourdieu. *Le Féminisme: Histoire, Théories, Actions*. Obtenido de: http://www.chien-nesdegarde.com/article.php3?id_article=310

Trujillo, G. (2009). Del sujeto político *la Mujer* a la agencia de *las (otras) mujeres*: el impacto de la crítica «*queer*» en el feminismo del Estado español. *Política y sociedad*, 46 (1-2), 161-172.

Vázquez, F. (2007). *Del hermafrodita al transexual. Elemento para una genealogía del cuerpo sexuado*. España: Pómeros.

Capítulo IV

POLÍTICA Y FEMINISMO EN JUDITH BUTLER

Jesús González Fisac¹

RESUMEN

La relación de Butler con el feminismo ha sido controvertida. En su filosofía, sin embargo, puede encontrarse una propuesta coherente aunque crítica en relación con el feminismo. En este trabajo nos proponemos esbozar los presupuestos filosóficos básicos de esta discusión. El feminismo ha tenido como uno de sus objetivos la necesidad de afirmar a la mujer como sujeto político, pues una acción política sería demanda un sujeto ontológicamente consistente; la ansiedad de reconocimiento ha hecho que el feminismo asuma el juego de las categorías de identidad que, a juicio de Butler, termina reproduciendo la violencia de la que se quiere defender. Concretamente nos ocuparemos de la violencia de la identidad, la universalización y de la categoría, y de la de la teoría y el proyecto.

Palabras clave: El feminismo de Judith Butler, Violencia de la categoría, Sujeto político, Identidad, Subjetivación.

ABSTRACT

The relationship of Butler with feminism has been controversial. However, in her philosophy a coherent but critical proposal in relation with feminism politics can

1. Miembro del grupo de investigación HUM-536, Universidad de Cádiz, España.

be found. In this paper we want to outline the basic philosophical assumptions of this controversy. Feminism has assumed the support of woman as a political subject as one of its goals, since a serious political action demands an ontologically consistent subject; the anxiety for recognition has led feminism to accept the game of the identity categories which, according to Butler, ends up reproducing the violence which it claims to shelter from. Specifically, we deal with the violence of «identity», «universalization» and «category» as well as with the violence of «theory» and «project».

Key words: Butler's feminism, Category's violence, Political subject, Identity, Subjectivation.

LA VIOLENCIA PARROQUIAL DE LA UNIVERSALIDAD

La pretensión de los movimientos políticos de ser sujetos tiene que revisarse igualmente a la luz de la universalidad. Butler lo expresa así (digamos, tanto el diagnóstico como la crítica demoledora):

Un reciente resurgimiento del anglofeminismo en la academia ha buscado replantear la importancia de hacer reclamos universales con respecto a las condiciones y derechos de la mujer (Okin, Nussbaum), independientemente de las normas prevalecientes en las culturas locales y sin hacerse cargo de la tarea de traducción cultural. Este esfuerzo por invalidar el problema que las culturas locales presentan para el feminismo no entiende el carácter parroquial de sus propias normas y no toma en consideración la manera en que funciona el feminismo en total complicidad con los objetivos coloniales de los Estados Unidos al imponer sus normas de ciudadanía borrando y destruyendo las culturas locales del Segundo y Tercer Mundo (Butler, Laclau & Zizeck, 2004, p. 42).

La identidad de un grupo, de cualquiera, solo se puede formar por medio de una

exclusión, según hemos visto. Ahora bien, la universalidad constituye otro procedimiento lógico que empobrece todavía más la categoría. Para que un conjunto de identidades puedan quedar comprendidas bajo el mismo concepto, para que pueda haber una identidad universal, la lógica exige que el concepto mismo sea vacío. Al mismo tiempo, cuanto mayor sea el número de sujetos comprendidos bajo la categoría también será mayor el número de identidades y diferencias que tendrán que ser suprimidas en la universalización. La pretensión de la Ilustración de un conjunto abstracto llamado humanidad, *Menschheit*, produce una «plenitud pura, abstracta y carente de comunidad» (Butler et. al., 2004, p. 39). Solo hay una «cadena de equivalentes» perfectamente indistinguibles. En este sentido la única identidad que podríamos considerar como universal sería la identidad vacía de una abstracción. Como dice Zerilli (1998), otra autora a la que cita Butler (2004) en estas líneas: «Este universalismo ... no es algo (esencia o forma) preexistente a lo cual los individuos acceden sino, en todo caso, el logro frágil, cambiante y siempre incompleto de la acción política; no es un contenedor de una presencia sino el que tiene el lugar de una ausencia» (Zerilli, 1998; citada en Butler et. al., 2004, p. 39).

Desde este punto de vista, lo universal sería una promesa, un ideal, de por sí abierto pero también imposible, pues solo se podría consumir a costa de las diferencias que constituyen las múltiples identidades. La categoría que es producto de una abstracción solo puede generar eso mismo, un contenido abstracto, lo que quiere decir separado de cualquier particularidad y por eso mismo irreconocible y vacío. ¿Por qué? Porque las vidas vividas y vivibles son siempre y necesariamente *mi vida* o *tu vida*, en cualquier caso vidas reconocidas por otros. Son realidades que no pueden ser abstraídas a menos que se les sustraiga el reconocimiento que las ha hecho posibles. La universalidad solo es posible si se consigue un sujeto abstracto, literalmente abstracto y separado de cualquier otro, un sujeto sin relaciones. La universalidad está sustentada por una totalidad abstracta de sujetos sin rostro y sin voz. Retengamos que este procedimiento de universalización, que es estrictamente lógico, supone un inusitado ejercicio de violencia contra el necesario contexto humano concreto que nos constituye,

que podríamos llamar nosotros. Un contexto que nos constituye y del que nunca podremos separarnos.

Sea como fuere, la universalización no es un procedimiento estrictamente lógico como el que hemos descrito, aunque tenga algunos de sus rasgos. En realidad, la universalización está vinculada de modo inevitable a una determinada cultura. Más concretamente, la noción de universalidad funciona, tal y como han demostrado los estudios poscoloniales, como una categoría paradójica, pues pretende suprimir las diferencias, pero no todas las diferencias, sino solo aquellas que contravienen la cultura de donde parte una tal pretensión. Es decir, *la universalidad es siempre y únicamente una universalidad*. Dicho en grueso, la universalidad *nunca es otra que la de la cultura occidental*. Por eso Butler recuerda que la demanda de universalidad no puede dejar de ser parroquial, es decir, estrecha y por ende, excluyente (Butler et. al., 2004, p. 42). La universalización no es una operación de traducción cultural sino un modo de imperialismo cultural. No solo porque suprime las diferencias sino también y sobre todo porque no admite ser cuestionada. Esta incuestionabilidad nos pone sobre la pista de que en el fondo de tales pretensiones están siempre ciertas identidades, de cuyas rigideces y exclusivismos ya hemos dado cuenta más arriba. Una política que se base en la posición de un sujeto «universal» es de por sí una impostura etnocéntrica. En el siguiente texto Butler lo expone con una claridad meridiana:

Creo que hemos sido testigos de la violencia conceptual y material de esta práctica [de universalización imperialista] en la guerra de Estados Unidos contra Iraq, en la que se entiende al «otro» árabe como radicalmente «fuera» de las estructuras universales de la razón y la democracia y, por lo tanto, se clama porque se le haga volver al interior de estas por la fuerza. Significativamente, Estados Unidos tuvo que abrogar los principios democráticos de la soberanía política y la libertad de expresión, entre otros, para efectuar este regreso forzado de Iraq al redil «democrático», y este movimiento violento revela, entre otras cosas, que tales nociones de uni-

versalidad son instaladas mediante la abrogación de los mismos principios universales que se van a implantar (Butler, 2001a, p. 17).

Pero, ¿y el feminismo?, ¿no es acaso otra forma de imperialismo cultural?

LA VIOLENCIA DEL PROYECTO Y DE LA TEORÍA. FICCIÓN Y ESTRATEGIAS PROVISIONALES

Por último, todavía podríamos hablar de formas de cierre y de exclusión específicamente políticas, digamos formas que encontramos cuando nos ocupamos expresamente de la política como actividad. Butler (1998b) reconoce que una política cerrada categorialmente es aquella que cuyas propuestas y objetivos conforman un proyecto (p. 300), o también un programa (p. 312). En este caso no hablamos del cierre por el lado del sujeto sino del cierre por el lado de la acción. Así, hablamos de proyecto cuando nos referimos a un plan que ha sido decidido de modo consciente, a una planificación diríamos, que «sugiere la fuerza originaria de una voluntad radical» (Butler, 1998b, p. 300). El proyecto sería la noción voluntarista del objetivo político. Donde el voluntarismo es justamente la interpretación metafísica de la voluntad, aquella que la cifra en algo permanente y, sobre todo, sustantivo, lo que quiere decir independiente de todo lo demás. Ahora bien, lo mismo que hemos visto en el caso del sujeto y de las categorías, en realidad no hay proyecto, como tampoco hay metafísica, si no es comportando ciertos mecanismos de exclusión y de coacción. En este sentido, Butler (1998b) propone utilizar el concepto de “estrategia”, para referirse a la consideración de los objetivos políticos en una situación de coacción (p. 300). En el caso del proyecto político, toda vez que pretende ser fijo y estable, no faltaría una estrategia, bien que sería una estrategia esencialista. El feminismo constituiría un proyecto político y su estrategia sería de este tenor, una estrategia basada en el asentamiento de objetivos fijados y programáticos claros.

Consideremos el caso de la *emancipación* a que se refiere Butler en el primer capítulo de *El género en disputa*. «Las estructuras de poder mediante las cuales

se pretende la emancipación producen y restringen, *produced and restrained*, la categoría de “las mujeres”, sujeto del feminismo» (Butler, 2007, p. 48).

Butler (2007) distingue entre liberación y emancipación. La “liberación” se refiere a una estrategia que transgrede cualquier esencialismo, mientras que la “emancipación” constituiría un proyecto político y programático, quizás el nombre que ha tomado el objetivo político por antonomasia del feminismo. La crítica de Butler apunta a que no hay emancipación sin exclusión, por tanto que en el fondo hay estrategia, y que el feminismo ha hecho su fuerza a cuenta de esa exclusión. En realidad, esto se puede apreciar en el caso del feminismo, lo mismo que en cualquier movimiento político vivo, en el hecho de que siempre hay elementos de la categoría que, sin embargo, rechazan, rehusan, ser incluidos en ella. En otro lugar, Butler (2006) pone un ejemplo muy significativo, concretamente el del feminismo norteamericano, de este particular rehusar a la inclusión bajo la categoría mujeres entendida como la unidad programática del feminismo. Porque, en efecto, «existen enormes diferencias culturales entre feministas», que «tienen que ver con la sexualidad y con la raza». Así, el problema del feminismo norteamericano es que siempre se ha visto como «un movimiento de la burguesía blanca... ». El problema que esto supone es que las comunidades minoritarias, por ejemplo la comunidad negra, ha visto en este hecho una objeción estratégica, temiendo que el feminismo, por ser precisamente este feminismo, las alejara de «las preocupaciones y prioridades definidas por (las) esas minorías» (Butler, 2006, p. 278). Y por eso, como señala Butler, esta comunidad ha sido con frecuencia anti-feminista, cuando no ha producido su propio feminismo, que es el llamado *mujerismo*, *womenism*, porque ha interpretado que el objetivo de la emancipación no se puede entender del mismo modo en ambos casos. De hecho, esto también se ha debido a que el propio feminismo se ha mantenido al margen del problema de la raza, a que «... el feminismo no ha establecido coaliciones efectivas con grupos antirraciales» (*idem*). La virtualidad que el feminismo ha visto en la “unidad” y en la “integridad” le ha hecho olvidar las virtudes de las coaliciones contingentes y estratégicas (Butler, 2001a, p. 31).

“Insistir anticipadamente en la unidad de la coalición como objetivo implica que la solidaridad, a cualquier precio, es una condición previa para la acción política. Pero, ¿qué tipo de política requiere ese tipo de unidad anticipada?” (Butler, 2007, p. 68). Quizás una coalición tiene que admitir sus contradicciones antes de comenzar a actuar conservando intactas dichas contradicciones.

En el mismo sentido Butler (1999) ha opuesto la estrategia –o la *praxis*– a la teoría, que sería otra figura del proyecto:

Creo que la política tiene un carácter de contingencia y de contexto tal que no puede ser predicha en el nivel de la teoría. Y que cuando la teoría comienza a hacerse programática ... vacía de antemano, *pre-empts*, el todo del problema del contexto y de la contingencia, y pienso que las decisiones políticas están tomadas en ese momento vivido y que no pueden ser predichas desde el nivel de la teoría (Butler, 1999, pp. 166-167).

En efecto, la política es en cierto modo el antídoto de la teoría. «La tarea política consiste en mostrar que la teoría nunca es mera *theoria*, en el sentido de contemplación desinteresada, [consiste en mostrar] que es totalmente política (*phronesis* e incluso *praxis*)» (Butler, 1993, p. 308).

Las propuestas butlerianas frente a esto consistirán en mantener el conflicto e impedir ante todo la rigidificación de los espacios y de los términos que inevitablemente forman parte de esta situación. Repitamos que, como hemos visto en la ambigüedad del término subjetivación, no se puede constituir un sujeto, ninguno, a menos que tengan lugar ciertos mecanismos de exclusión. Otra cosa es si estos mecanismos pueden ser reorientados o redirigidos hacia cierta viabilidad en lugar de hacia una imposibilidad. Es decir, no se puede dejar de ser sujeto en absoluto. Como dice Butler, quizás haya explicado mal la idea de esencialismo si alguien ha podido pensar que se puede escapar a la categoría y al *conatus* esencialista (nuestro) que conlleva. La noción de esencia –digamos el modo *onto-teo-lógico* (nuestro)–, tiene que entenderse en el sentido de «precondición» (Butler, 2001a,

p. 15), como algo «sin lo cual no podemos hacer», «sin lo cual no podemos movernos», y este sí es un sentido de esencialismo que vale la pena considerar. Por eso, dice Butler:

Es muy importante que la gente piense un poco más críticamente sobre lo que está diciendo cuando habla de esencias, y probablemente he sido yo tan culpable o más culpable que cualquier otro de no pensar con suficiente claridad esto. Así que si alguien me preguntara si la categoría de mujer es algo sin lo cual no podemos hacer nada, diría que sí, absolutamente, que es una categoría sin la cual no podemos hacer nada (Butler, 1998a, p. 22).

De acuerdo con esto, lo que queda por hacer es un trabajo que no podrá ir más allá de lo que hay, proyectos o categorías. Para empezar, habrá que tomar los términos en juego para darles un nuevo sentido. Las figuras que Butler utiliza todo el tiempo para referirse a este trabajo consisten en tropos o movimiento vinculados a la *repetición*, donde la novedad está precisamente en que la repetición, toda repetición, es siempre un acontecimiento nuevo (y lo mismo podrá decirse de la copia). Términos como «rearticulación», «resignificación», «volver a jugar», *replay*, «recirculación», etc. expresan esta posibilidad. También se sirve de la idea de producir una suerte de fractura en el interior mismo del término. En este sentido insiste en varios lugares en que le preocupan las categorías de identidad precisamente en la medida en que pueden ser tomadas —o incluso que tienen que ser promovidas como— «espacios de necesario conflicto» (Butler, 1993, p. 309).

Por lo mismo, las categorías tienen que ser consideradas no como cierres fuertes sino más bien como conceptos que suponen una oclusión lábil y, a la postre, porosa y que permite la transgresión de sus límites. En efecto, la categoría es un concepto inconsútil. La categoría de mujeres en realidad es *seamless*, un concepto sin costura. Se trata de mantener abierta la categoría. «Mantener las categorías construidas, construibles» (Butler, 1998a, p. 22); o, como dice antes, hay que entender que la categoría no cierra nada sino que más bien «inaugura cierta

clase de futuro cabe el lenguaje y cabe la inteligibilidad, inaugurando un futuro de inteligibilidad que no está ya sabido plenamente». La categoría, y esta es la clave, también tiene una «dimensión utópica» (Butler, 1998a, p. 21).

BIBLIOGRAFÍA

Butler, J. (1992). The Body You Want: Liz Kotz interviews Judith Butler. En: *Arforum*, 31(3), 82-89.

Butler, J. (1993). Imitation and Gender Insubordination. En: Abelow, H., Barale, M.A., Halperin, D.M., *Lesbian and Gay Studies Reader* (pp. 307-320). New York and London: Routledge.

Butler, J. (1997). Merely Cultural. En: *Social Text*, 52/53, 265-277.

Butler, J. (1998a). The Future of the Sexual Difference. An Interview with Judith Butler and Drucilla Cornell. En: *Diacritics*, 28(1), 19-42.

Butler, J. (1998b). Actos performativos y constitución de género: ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. En: *Debate Feminista*, 18, 296-314.

Butler, J. (1999). On Speech, Race and Melancholia. En: *Theory, Culture and Society*, 16(2), 163-174.

Butler, J. (2001a). Fundamentos contingentes: el feminismo y la cuestión del "postmodernismo". En: *La Ventana*, 13, 7-41.

Butler, J. (2001b). *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Cátedra.

Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Barcelona: Paidós.

Butler, J. (2006). El deseo como filosofía (entrevista realizada por Regina Michalik). En: *La Ventana*, 23, 276-285.

Butler, J. (2007). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.

Butler, J. (2011). Las categorías nos dicen más sobre la necesidad de categorizar los cuerpos que sobre los cuerpos mismos (entrevista de Daniel Gamper). En: Butler, J. *Violencia de Estado, guerra, resistencia. Por una nueva política de la izquierda* (pp. 47-81). Barcelona: Katz.

Butler, J., Laclau, E. & Zizek, S. (2004). *Contingencia, hegemonía, universalidad*. Buenos Aires: FCE.

Spivak, G. C. (2010). Can the Subaltern Speak? En: Morris, R.C. *Reflections on the History of an Idea. Can the Subaltern Speak?* (pp. 21-80). New York: Columbia University Press.

Capítulo V
LA IDENTIDAD COMO FICCIÓN Y
LA SUBVERSIÓN COMO ESTRATEGIA DE AGENCIA.
LA TEORÍA DE JUDITH BUTLER: *HERRAMIENTAS*
CONCEPTUALES PARA RENOVAR LA PERSPECTIVA
DE LA IDENTIDAD DE GÉNERO EN LA
INVESTIGACIÓN EDUCATIVA LATINOAMERICANA*

María Nohemí González Martínez¹

La marca de género aparece para que los cuerpos puedan considerarse cuerpos humanos; el momento en que un bebé se humaniza es cuando se responde a la pregunta «¿Es niño o niña?». Las figuras corporales que no caben en ninguno de los géneros caen fuera de lo humano y, de hecho, constituyen el campo de lo deshumanizado y lo abyecto contra lo cual se constituye en sí lo humano (Butler, 2007, p. 142).

RESUMEN

En este capítulo se aborda el estudio de la categoría de identidad a través de los referentes discursivos aportados por el feminismo de Judith Butler: la revisión de la *matriz heterosexual* y su visión de bien colectivo como un nuevo elemento y categoría de análisis educativo. Se trata de una invitación a cruzar los límites de las

* Este trabajo es resultado de la beca de estancia de plan propio de investigación de la Universidad de Cádiz, España.

1. Miembro del grupo de investigación HUM-536, Universidad de Cádiz, España.

identidades dadas, una posibilidad de multiplicar los diversos agentes implicados en el acto educativo y los discursos producidos.

La participación de todos los grupos sociales en la educación implica que todas las voces sean escuchadas y todas las opciones comprendidas como parciales y posicionadas. De esta forma se puede aspirar a una educación justa, lo que lleva a fragmentar la falsa posición neutral de la educación respecto de la constitución social de las diferencias y del modo en que la escuela contribuye a perpetuarlas, ya se trate de género, sexualidad, raza o clase social.

Palabras clave: Identidad, Género, Heterosexualidad obligatoria, Educación.

ABSTRACT

To approach the study of the identity through feminism discourse referents contributed by Judith Butler: the revision of the heterosexual matrix and its vision of common good as a new item and category of educational analysis. It is an invitation to cross the given identity boundaries and a chance to multiply various agents involved in the education act and discourses produced.

This involvement of all social groups in education means that all voices are heard and all options considered as partial and positioned. In this way, we can aspire for fair education, which leads to fragment the false neutral position of education regarding the social constitution of the differences and the way the school contributes to perpetuate them, whether it's gender, sexuality, race or social class.

Key words: Identity, Gender, Compulsory heterosexuality, Education.

Es ya un tópico reconocer a Judith Butler como una de las filósofas feministas más influyentes en el mundo académico actual. Judith Butler (Ohio, 1956) es profesora de Retórica y Literatura Comparada en la Universidad de California (Berkeley), además de una de las figuras relevantes de la filosofía posestructuralista.

Su obra filosófica abarca diversos temas de la filosofía contemporánea, además del comentario político y la cultura popular. Sin embargo en este apartado, el tratamiento que se detalla es la complejidad analítica de su filosofía inspiradora de teorías y conceptos en el campo de los estudios de género.

Su libro, *El género en disputa* (2007), está considerado la obra fundadora de una teoría sobre la homosexualidad y es ya un texto clásico dentro de la teoría feminista. Butler (2007) sobrepasa el género y afirma que el sexo y la sexualidad, lejos de ser algo natural, son como el género, algo construido. El análisis de su pensamiento acerca del tema de la identidad puede verse en Bell (2007), Burgos (2008), Femenías (2003), Salih (2004), Soley-Beltrán (2009).

Los trabajos de Judith Butler (1990, 2001, 2002, 2006, 2007) pretenden hacer estallar la diferencia entre sexo y género, y subvertir la categoría misma de identidad, último refugio de nuestro rígido binarismo sexual. Su campo de reflexión académica es un referente fundamental tanto para los movimientos *queer*, el pensamiento gay y lésbico como para el feminismo contemporáneo.

En este análisis se tratará de mostrar que sus argumentos, además de ser un referente para los movimientos políticos anteriormente nombrados, también pueden considerarse herramientas conceptuales a tener en cuenta en la investigación educativa, además de permitir iniciar trabajos educativos en torno al desmontaje del sistema sexo-género como matriz de inteligibilidad desde la que se construyen los cuerpos.

La tesis que guía las siguientes reflexiones se sustenta en la teoría de la necesidad de que la investigación educativa contemple a la *matriz heterosexual* como categoría de análisis que dota de inteligibilidad a los cuerpos. A partir de ello se pretende realizar un análisis crítico de la heteronormatividad obligatoria, ya que esta última demuestra presuponer una política opresiva que hace vulnerable a todos los sujetos (Butler, 2003, 2004, 2006). Además, como garantía de eficacia nunca se formula explícitamente, pues se presenta como «natural» y normal. Por

esta razón, en los discursos escolares se convierte en un elemento imperceptible en el aula.

Acercar a Judith Butler al discurso educativo requiere presentar un recorrido por algunos de los hitos teóricos de la teoría feminista y su debate actual sobre la noción de identidad. Desde este punto de partida, la presente reflexión se centra en la identidad de género y en los aportes teóricos del feminismo de inspiración posestructuralista al debate de la identidad como categoría de análisis social. Esta se centra en el análisis realizado por Judith Butler, autora que trabaja en el tema de la redefinición y la reinterpretación de la categoría de identidad femenina, de la que tomamos dos argumentos: el primero, su afirmación en la que señala que el discurso de la identidad genérica no es más que una ficción reguladora sin bases biológicas, y el segundo, su propuesta de subvertir la categoría de identidad como una forma de romper con el binarismo sexual.

Las inquietudes que han guiado las investigaciones de Judith Butler consisten en una continua interpelación sobre las condiciones que debemos cumplir para verificarnos los humanos como inteligibles desde la constante pregunta sobre la configuración de lo representable.

Su pensamiento está marcado por las reflexiones realizadas a partir de las obras de Michel Foucault y Frederic Nietzsche. Su obra es una constante interrogación genealógica ante las condiciones que hacen posible nuestra habitabilidad en el mundo (Butler, 1999, 2000), reflexiones que asocian un compromiso ético-político con la teoría concebida como un ejercicio incesante de preguntas críticas de modo que, según Vikky Bell (2007, p. 112), su perspectiva sobre la performatividad busca configurarse como una ética política.

Para acercarnos a la conceptualización de la identidad en Judith Butler (1991) es necesario recordar que su idea es contraria a la de pensar la identidad personal como un signo referencial, como un conjunto fijo de costumbres, prácticas y significados fácilmente identificables, con rasgos y experiencias compartidas so-

cialmente, que se han enmarcado dentro de una visión naturalizada y esencialista. Frente a esta visión, la autora reflexiona desde la crítica posestructuralista utilizando el concepto derridiano de «deconstrucción», el cual proporciona un cierto empuje a la lucha política en torno a la identidad desde una posición antiesencialista. La deconstrucción toma como punto de partida el rechazo a cualquier concepción que pueda suponer que las identidades son una realidad fija por descubrir. Su argumento se basa en que todas las identidades son «construcciones o interpretaciones sociales», tanto individuales como colectivas. Estas son el resultado de los procesos de lucha social, cultural y política, de luchas por el poder y por imponer ciertas definiciones de identidad frente a otras. El género, la sexualidad y la raza se conciben, pues, como signos referenciales, construidos socialmente y, en consecuencia, no son algo dado, preconstituido, sino fruto de la lucha que opera en su propia construcción.

Para reconocer estos signos que forman parte de la identidad poseemos, a la vez, unos marcos conceptuales que tenemos a nuestra disposición para su identificación. Esto quiere decir que la interpretación de las personas será, en cualquier caso, una interpretación social, ya que estos marcos son el conjunto de recursos teóricos, conceptuales, normativos y valorativos que utilizamos para comprender el mundo y para actuar en él (Butler, 1991, p. 575). Estos marcos son, asimismo, construcciones sociales y el resultado de las acciones e interacciones de las personas, lo que explica también su permanente transformación y, en general, su dependencia de las condiciones sociales. Igualmente, funcionan como artefactos que están destinados a desempeñar papeles o a cooperar en el cumplimiento de fines determinados. Su condición parece depender, por lo tanto, de esas capacidades para cooperar en dichos fines. Uno de los principales es la internalización.

El marco conceptual, que encuadra la noción de identidad como un aspecto de la realidad personal que funciona dando un signo referencial y una herencia compartida, es visto desde el posestructuralismo como una categoría represiva y excluyente, que se construye a través del dispositivo del discurso.

Desde planteamientos posestructuralistas, Judith Butler (1994) considera que las identidades son simplemente ficticias. Así, el concepto o la categoría de identidad adquieren un carácter escéptico y negativo. El proyecto posestructuralista rechaza las grandes narrativas y las sustituye por la fragmentación y la multiplicidad, como el resultado de una crítica al universalismo y a la verdad reduccionista propia de nuestro pensamiento occidental. Se sitúa en este marco y elabora su discurso en una línea de pensamiento que ella misma llama «posfeminista»² al reconocer, a la vez, en su trayectoria teórica, la influencia de autores como Nietzsche (2000), Foucault (1990, 1997, 2000, 2005) y Derrida (1981), por la claridad de sus argumentos críticos sobre la tradición occidental.

De esta comunidad intelectual, Butler retoma un marco teórico para fundamentar parte de su pensamiento ante cuestiones como el poder. Utiliza el método genealógico, la problematización del valor de origen y la desnaturalización de nociones como bien y verdad. Estos son elementos del pensamiento nietzscheano, los cuales analiza a través de Foucault.

Las narrativas mediante las cuales Butler respalda sus argumentos en torno a categorías como identidad, sujeto, mujer, género, sexo y naturaleza/cultura están marcadas por diferentes lecturas y autores. Para las consideraciones anteriores, nombraremos a los autores más representativos en los que se basa Butler para respaldar su teoría. De la lectura de la obra de Luce Irigaray (1981, 1990, 1994), Butler (2007, pp. 65-70) toma la idea de que el lenguaje, el discurso y el habla son falocéntricos, es decir, están centrados en un orden simbólico masculino o fálico y, por tanto, cualquier sujeto que quiera constituirse como tal va a ser necesariamente un sujeto varón. La ecuación sujeto/varón hace que se conviertan en sinónimos.

2. Femenías (2003, p. 32) expone que Judith Butler se considera una filósofa posfeminista, ya que, de alguna manera, piensa que estamos en una etapa post. Si en el proyecto ilustrado no se alcanzó la «igualdad» prometida, puede ser –según Jürgen Habermas– porque la Ilustración es un «proyecto inacabado». Los filósofos posmodernos juzgan, en cambio, que es un proyecto imposible de concluir y, por tanto, se debe abandonar. Así pues, se puede decir que lo que nos queda es una situación post, en la que el pensamiento feminista debe ubicarse.

Butler apunta que la filosofía occidental debe ser refutada en su identificación de lo masculino con lo universal para que puedan configurarse espacios culturales marginados. Lo que le inquieta es que la crítica hecha desde la diferencia sexual no se convierta en un afianzamiento del binarismo de los géneros, ni en la sexualidad heteronormativa. Siguiendo a Adrienne Rich (1996). Según, Femenías (2003, p. 34), Butler toma la afirmación de que toda heterosexualidad es un disciplinamiento obligatorio, un mandato cultural y, a la vez, se muestra interesada en el pensamiento de Monique Wittig (2006, p. 33), quien argumenta que el sexo es una unidad ficticia y que la distinción entre sexo y género es equívoca, ya que ambas nociones son el resultado de elaboraciones socioculturales y lingüísticas que imprimen marcas sexuales opresivas. Wittig (2006, pp. 103-116) se propone destruir el género en el lenguaje o, al menos, modificarlo intensamente en su uso. Su intención es la alteración de la estructura del lenguaje, desarrollando la idea de construir un lenguaje neutro, vencedor de la diferencia sexual.

Salih (2004, pp. 21-24) afirma que Butler aprecia en Wittig la particularidad de sus obras por presentar un desafío lingüístico en contra de la categoría de identidad, porque ofrece el nacimiento de nuevas categorías de los materiales destruidos y nuevos lenguajes expresivos, y los modos distintos de ser de los cuerpos. Si bien, Butler toma el referente de la neutralidad de Wittig en *Deshacer el género* (2006), posteriormente se diferencia de este pensamiento y plantea que es necesario asumir la consecuencia del nombrar. Es un trabajo de cuestionamiento político identitario que nos permite visualizar las formas en que el lenguaje nos designa inapropiadamente (Salih, 2004, pp. 21-24).

En el análisis de la formación del sujeto psíquico y su interrelación con el género y la sexualidad, Butler considera oportuno recoger aportaciones del psicoanálisis. La autora ha tenido en cuenta estas aportaciones para explicar la configuración y el desarrollo de la subjetividad o también para someterlo a cuestionamiento. Butler apela a Freud (2003) utilizando la figura que el autor denomina «el perverso polimorfo», en la que se analiza que el bebé tiene una sexualidad totalmente difusa y lábil, que sus objetos de deseo son aquellos mismos que lo cuidan. Es

decir, desea y ama a quienes cubren sus necesidades inmediatas sin tener en cuenta su sexo biológico.

Butler (1990) se pregunta por el «ser» del género y el sexo desde la teoría lacaniana,³ la cual concibe al sujeto como el resultado de una represión primaria de corte masculino y la presenta como conflictiva. Por una parte, la masculinidad quiere autonomía y reconocimiento, pero también pretende la vuelta a los placeres previos y a la represión, mientras que las mujeres deben realizar una *mascarada*.

Para la psicoanalista Joan Rivière (1979), citada por Vailakis (1995), el significado de la feminidad es la máscara⁴ con que ciertas mujeres ocultan o encubren su aspiración a «una cierta masculinidad». Al respecto afirma:

La feminidad, llevada como una máscara, tomaba el sentido de una exhibición tendiente a demostrar que ella poseía el pene del padre, después de haberlo castrado. Una vez hecha la demostración, era presa de un miedo horrible de que el padre se vengara. Se trataba evidentemente de un manejo tendiente a apaciguar la venganza tratando de ofrecerse a él sexualmente (Rivière, 1979, citada por Vailakis, 1995, p. 28).

3. La teoría lacaniana sobre el sujeto humano y, por consiguiente, sobre el género, reconoce tres niveles ontológicos: real, imaginario y simbólico. Lacan designa esta fase del desarrollo subjetivo como «fase del espejo» y la considera una identificación equivocada del niño o la niña con su imagen reflejada y por extensión, con sus ideales del yo. El niño o la niña utilizan estas imágenes parciales, a menudo contradictorias y distorsionadas, para crear un yo imaginario (Flax, 1995, pp. 173-181). El niño o la niña solo adquieren una identidad de género o subjetividad cuando desarrollan el yo simbólico. Después de pasar por la crisis edípica, el niño o la niña se conciben como una persona que desea, pero que no posee (que jamás poseerá) a la madre y que tiene prohibido satisfacer ese deseo de ella. La ley del padre prohíbe los diversos deseos del niño o de la niña con respecto a sus «otros» identificados que también incluyen asociaciones libidinales o sexuales. Por lo tanto, para acceder al lenguaje y a la cultura, los niños y las niñas deben reprimir sus deseos, los cuales quedarán en el inconsciente (el yo simbólico es, entonces, el superyo moralista, que ejerce el control, la parte que reconoce su carencia de madre deseada y que ha aceptado una posición de género en el marco del lenguaje, ocupando ya sea una posición legítima, en el caso de los varones, o una posición de sujetos de lenguaje de manera secundaria, en el caso de las mujeres).
4. Ver Joan Rivière: «La femineidad como máscara», una actualización de Gabriela Mistral en Vailakis (1995, 25-28).

La feminidad se porta como una máscara con la que poder, a la vez, disimular la existencia de la masculinidad y evitar las represalias que el descubrimiento del robo (del pene paterno) produciría. La feminidad no es una esencia, una forma esencial de ser de las mujeres, sino una construcción interesada. La pregunta que surge ahora es obligada: ¿Acaso toda feminidad es una máscara, la feminidad es siempre un «hacer-como-si»? Y si no es esto, ¿cómo trazar la línea que separa la «genuina feminidad» de la «mascarada»? ¿cómo distinguir «la femineidad verdadera y el disfraz (Rivière, citada por Vailakis, 1995)»? La respuesta de Rivière es contundente: «De hecho, no sostengo que tal diferencia exista. La femineidad, ya sea fundamental o superficial, es siempre lo mismo». Entonces, la feminidad es una máscara, un disfraz, una parodia, una ficción: una mascarada.

Butler apunta que el concepto de mascarada en las mujeres es ambiguo. La mascarada es una noción falogocéntrica en la que existe una remisión performativa que hace que el género se convierta en parodia hasta transformarla en mascarada, donde el «parecer» adquiere categóricamente la noción de «ser». En la búsqueda de estrategias que permitan develar relaciones opresivas y jerárquicas, presentándolas como naturaleza y verdad, y a su vez, admitan la subversión del binarismo de género, la autora sigue a Foucault, tomando la noción de disciplinamiento y la idea de que no hay dos elementos que puedan distinguirse: el sexo como lo biológico y el género como lo construido. Lo único que existen son cuerpos que ya están contruidos culturalmente (Femenías, 2003, p. 15).

Con estos argumentos teóricos, Butler (2007, pp. 46-99) analiza la obra *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir (2005), y se centra en la afirmación de que «la mujer no nace; se hace». Así, llega a la conclusión de que la categoría de identidad femenina puede tener dos interpretaciones: la primera sería que la identidad femenina es una especie de afirmación circular. Si nos hacemos mujer, tenemos el deber de formarnos en algo que ya estaba previsto para nosotras y sería una meta por alcanzar. «Se “llega a ser” mujer, pero siempre bajo la obligación cultural de hacerlo» (Butler, 2007, p. 57). En este sentido, actuaríamos cumpliendo una especie de objetivos que nos son impuestos a través de mandatos sociales.

En la segunda interpretación se puede decir que la naturaleza es destino y entonces las mujeres, en ese «hacemos», serían una repetición de lo que ya somos desde el origen.

Burgos (2008, p. 62) señala que Butler, en su ensayo «Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory» se acerca a la obra de Simone de Beauvoir para analizar su fenomenología existencialista en relación con su productividad para el feminismo. Butler toma como referencia las teorías de la representación y actuación, y la teoría de los actos de habla, que convenientemente desplaza de su lugar de origen y las adecúa a una dimensión sobre todo lingüística. Con estos elementos, formará su definición de género.

A partir de la sentencia de De Beauvoir, «la mujer no nace, se hace», Butler indica (Burgos, 2008, p. 62) que el género no remite a una identidad substancial sino a una identidad construida en el tiempo mediante actos discontinuos y repetitivos: el género es «un resultado performativo» abierto a la transformación. Por lo tanto, no está fijado ni por el cuerpo, ni por la naturaleza, ni por lo simbólico, ni por el lenguaje.

Butler tiene como propósito impugnar las concepciones que naturalizan el género, puesto que en ellas el género resulta cosificado e inmovilizado, para acceder a otra comprensión del modo en el que este se constituye. Así pues, presenta sus argumentos a partir de una teoría denominada teoría performativa. Asimila este planteamiento del filósofo analítico John Austin (1998) y de su teoría de los actos de habla, donde los actos constituyen la identidad del sujeto actor y también producen la creencia sustantiva de nuestra identidad. El modelo teatral y el fenomenológico deben ser revisados en tanto asumen, en contra de la tesis performativa, la existencia de un «yo» anterior a sus actos. El desmantelamiento de este supuesto, del «yo» como preexistente y núcleo fundante, como lugar de origen de las acciones, comportamientos, enunciaciones discursivas, será tema recurrente en el pensamiento de esta autora.

Asimismo, Judith Butler (2007) presenta una crítica a la noción de identidad. Cuestiona el presupuesto de las identidades autoidénticas persistentes a través del tiempo, unificadas e internamente coherentes. La identidad para ella es solo un ideal normativo, más que vincularse con la noción de naturaleza y esencia por creerse estable y fija.

Recordando nuevamente sus referentes teóricos podemos afirmar que la autora, al interesarse por el modo de la constitución cultural de género, ha podido desplazarlo al lugar del efecto, formulando la tesis de la performatividad del género y, por tanto, de su trazo en la producción de la identidad. La performatividad⁵ es, precisamente, lo que determina la constante inestabilidad de una identidad que nunca halla su conclusión, lo que la convierte en una identidad vulnerable. Pero con ello no se quiere decir que una vez postulada la identidad como resultado provisional de una acción incesante finalice el problema de género. Disputar el género significa cuestionar críticamente las teorías que piensan la identidad de género como dato previo, fundador y, más allá de ello y de modo más importante, defender que el género como performativo es siempre un efecto problemático. Sin embargo, esta problemática es positiva mientras se someta a permanente revisión, porque permite realizar una apertura a una nueva configuración que es productiva. La disputa del género es, así, un rasgo inmanente a él.

El género, pensado por Butler aprovechando los análisis sobre el poder de Foucault, presenta una doble faz indisoluble: es un mecanismo de control y de sujeción, al tiempo que también es una fuerza productora de resistencia. Es un problema que debe ser cuestionado, pero no con la mirada puesta en su solución, porque su carácter problemático es su propia vida y porque no hay vida humana conocida fuera del género (Butler, 2001b, pp. 95-118).

El género, como fuerza productora de resistencia, es el elemento que da posi-

5. Desde la filosofía analítica, la autora localiza la productividad del uso de la teoría de John L. Austin (1998) sobre la performatividad y, conjuntamente con otros autores, logra producir un nuevo marco teórico desde donde pensar la inteligibilidad humana.

bilidad de contestación y subversión a la teoría de la performatividad. Hay una posibilidad de resistencia y contestación; la misma actividad de repetición de las normas puede también alterarlas. La agencia está precisamente en la variación que un sujeto pueda producir al repetir o no repetir activamente tales normas y convenciones creadas. Esto, sin embargo, no lleva a una visión voluntarista del sujeto, el cual tiene a su merced su propia identidad y agencia, entre otras cosas porque para Butler la identidad es social, depende del reconocimiento de los otros. La identidad, en realidad, es un efecto de una *performance* y no al contrario (Butler, 2002).

Cada *performance* reinscribe en el cuerpo las normas sociosimbólicas que no se dan en un proceso voluntarista, sino que obedecen a una reiteración forzada de normas, en cierta manera obligatorias (en determinados espacios, contextos y épocas) que precisan y, a la vez, sustentan nuestra identidad. Ejemplo de ello es la construcción del género (masculino o femenino) y la heterosexualidad (Butler, 2002, p. 19).

Esta reiteración de las normas simbólicas es necesaria para que estas persistan y den la apariencia de naturales, pero no son naturales ni inevitables. Por el contrario, son susceptibles de cambio, elemento importante para apartarse del esencialismo.

Butler plantea, en términos de práctica, que para subvertir la identidad y sustraerse de los efectos normalizadores de las reglas, siempre hay una posibilidad dada por las variaciones a las que da lugar la repetición. La identidad alcanza su condición de posibilidad, porque las mismas dinámicas discursivas sitúan vías alternativas para echar abajo la coacción de la identidad.

Cuando Butler (2007) sostiene que los sujetos no son constituidos una vez y para siempre se refiere al sujeto producto de relaciones y enunciaciones. Además afirma que el lugar de la «enunciación» no es una conciencia previa ni un yo ajeno

a la contingencia, pues nos encontramos ante una cadena de significaciones y resignificaciones en la que surgen los sujetos que deben ser como cualquier otro significado, reactualizado. «Este proceso de significación no es un acto fundador, sino un proceso reglado de repetición que a la vez se oculta e impone sus reglas mediante la producción de efectos sustancializadores» (Butler, 2001a, p. 176). Así pues, entiende que, en cierto modo, toda significación tiene lugar dentro del círculo obligatorio de la repetición. De este modo, la «capacidad de acción» está dentro de la posibilidad de cambiar esas repeticiones.

Si las normas que gobiernan la significación no solo limitan, sino que también posibilitan la afirmación de campos diferentes de inteligibilidad cultural, es decir, nuevas alternativas para el género que refutan los códigos rígidos del binarismo jerárquico, entonces solo puede ser posible una subversión de la identidad en el seno de las prácticas de significación repetitiva.

El precepto del ser de un género concreto obligatoriamente genera fracasos: una variedad de configuraciones incoherentes que su multiplicidad sobrepasan y desafían el precepto mediante el cual fueron generadas. Asimismo, el precepto mismo de ser un género concreto se genera mediante rutas discursivas: ser una buena madre, ser un objeto heterosexualmente deseable, ser un trabajador capacitado; en definitiva, significar a la vez una gran garantía que satisfacen una variedad de exigencias distintas.

La coexistencia o concurrencia de estos preceptos discursivos permite una reconfiguración y un replanteamiento complejo; no se trata de un sujeto trascendental que permita la acción en medio de tal concurrencia (Butler, 2001b, p. 282).

Para la reconfiguración y el replanteamiento «solo existe el recoger las herramientas de donde están, donde un “recoger” mismo es posible por la herramienta que está allí» (Butler, 2007, p. 283).

Para pensar en un sujeto con capacidad de acción subversiva se requiere tener en cuenta que el sistema de signos fluidos y abiertos, que es el lenguaje, configura lo que es inteligible, pero también se opone a la inteligibilidad en un momento dado dentro de contextos históricos y contextos lingüísticos, por lo que aquello que se denomina «capacidad de acción» está contenido en la práctica de la significación. Esto quiere decir que lograr la comprensión discursiva como proceso de significación es la manera con la que adquiere sentido la formulación de Butler de un sujeto construido, capacitado para la acción subversiva y la transformación.

Para impugnar los efectos discursivos que emplazan el orden sexo/género se requiere de una serie de estrategias que desarmen las premisas de las políticas de identidad. Se trata, en definitiva, de desalojar la normatividad que albergan las identidades. Para desengranar esta discursividad, Butler plantea un programa de intervención teórica en el que considera necesario un análisis genealógico para desvelar la naturalización de los cuerpos, al igual que permite mostrar que la distinción sexo/género es establecida por el discurso del binarismo sexual, discurso de orden patriarcal que opera naturalizando y esencializando.

Así pues, para Butler (2007) se hace necesario comprender que el sexo es una categoría ficticia (Foucault, 2005a) que unifica rasgos anatómicos, funciones biológicas, prácticas sexuales y elementos psíquicos que han llegado a ser el signo de nuestra identidad esencial. No es que tengamos un sexo; es que somos sexo y ese sexo que somos se dice que se manifiesta en todos los aspectos de nuestra existencia, física y psíquica. De ahí el fundamento de la asignación de sexo como categoría e instrumento de la lógica productiva del poder. Mediante el sexo somos generados como objetos controlables.

Otra de las tareas necesarias es la de contravenir la norma más opresiva y naturalizada, por ser la primera que tenemos sobre el cuerpo: la heterosexualidad. Un ejemplo claro de transgresión de esta norma es la transformación *drag*, porque «reflexiona sobre la estructura imitativa por la cual el género hegemónico es, en sí mismo, producido y discute la afirmación de la heterosexualidad como natural

y original» (Butler, 2006, p. 306). El *drag* crea otra realidad, confunde las identidades y destruye el orden de los códigos jerárquicos de género.

El *drag*, con su cuerpo, desborda los límites del género y los supera. Trae a lo cotidiano el carácter subversivo del carnaval, juega con las categorías de ser y parecer y lo hace poniendo en relación tres factores: el sexo biológico, la identidad sexual (*gender identity*) y la imitación/parodia de la identidad sexual (*gender performance*). La falta de correspondencia entre sexo biológico e identidad sexual en la persona del *drag* crea tensión en el espectador. Esta tensión desnaturaliza la normal-normativa equivalencia entre sexo y género (identidad sexual) y hace que este último pueda ser visto por lo que realmente es: una *performance* (McNay, 1999, p. 97).

Para Butler (2006), el *drag* es subversivo porque con sus actuaciones pone de manifiesto que la heterosexualidad, como la división de género, no tiene ninguna correspondencia con una supuesta esencia o naturaleza, es decir, con un ser que exista previamente a nuestras representaciones y las determine *a priori*. Y es subversivo también porque nos abre la posibilidad de construir nuevas identidades no prefiguradas, ni estables, ni polarizadas. En la estructura imitativa del género está justamente la dimensión política de la identidad y el deseo. Se requiere de toda una articulación y un análisis político que denuncie la heterosexualidad obligatoria y la binariedad jerárquica mediante la cual se definen los sexos. Es necesario cuestionar todos los modelos de subjetividad heredados y las construcciones y asimetrías genéricas socialmente instituidas.

Otro elemento a tener en cuenta para una teoría de la liberación de los sujetos será desentrañar cuándo y cómo una reiteración tiene poder de resignificación. Es decir, cómo transformar un sujeto portador del proceso de repetición en un sujeto participante. Un sujeto con capacidad para activar en un momento dado y en una situación determinada su capacidad de romper, alterar o modificar la cadena de repetición. Para romper esta cadena de repetición es importante contar con el concepto foucaultiano de «microfísica del poder», que alude a un poder en

parte discursivo y que se localiza en prácticas discursivas, en normas y convenciones que regulan dichos discursos.

Por lo tanto, la agencia de los sujetos está regulada por esas mismas convenciones y normas que preceptúan y posibilitan estos actos. El poder se ejerce también a través de la reiteración. Para hablar y actuar de manera inteligible es importante reiterar y «citar una y otra vez» estas convenciones. Así pues, el poder no está localizado tanto en los contenidos de las convenciones mismas, sino en su reiteración. Es en ese curso donde se da la posibilidad de estabilizar o desestabilizar una norma o convención. La intervención de los sujetos en este proceso es fundamental para determinar las cadenas de reiteraciones (Vasterling, 1999, pp. 17-38).

Por último, el poder se ejerce de un modo productivo. El poder y su cadena de reiteración produce realidad y nuestra percepción de la realidad es producto de convenciones y significados. La producción de estas convenciones y significados es excluyente, por estar basada en categorías limitadas. Un ejemplo de ello es el binarismo sexual.

Para intervenir en este proceso de significación del poder hay que tener en cuenta que la exclusión, la producción y la posibilidad de exclusión son parte de la cadena discursiva. Por lo tanto, todo significado, toda exclusión y dominación es, en principio, contestable. Siempre hay alternativa posible, ya que las convenciones que son hegemónicas o dominantes son arbitrarias y no hay fundamentación o justificación concluyente para ello. Además, las exclusiones que estas producen son violentas y deshumanizadoras.

Para luchar contra estas exclusiones se debe plantear la necesidad de seguir utilizando la identidad como una categoría política, aclarando que «la deconstrucción de la identidad no es la deconstrucción de la política; más bien instauro como política los términos mismos con los que se estructura la identidad» (Butler, 2007, p. 288). La autora afirma, a su vez, lo siguiente:

La movilización de las categorías de identidad, con vista a la politización, siempre está amenazada por la posibilidad de que la identidad se transforme en un instrumento del poder al que nos oponemos. Esta no es razón para no utilizar la identidad y para no ser utilizada por ella. No hay ninguna posición política purificada de poder y quizá sea esa impureza lo que ocasiona la capacidad de acción como interrupción eventual y cambio total de los regímenes reguladores (Butler, 2007, p. 32).

El estudio de la categoría de identidad a través de la revisión de la matriz heterosexual como un nuevo elemento y categoría de análisis educativo en el contexto educativo latinoamericano

Para abordar el tema de la identidad en el espacio escolar a partir de la revisión de la *matriz heterosexual* es inevitable plantear ciertos interrogantes que preceden a esta reflexión: ¿Puede la acción educativa lograr procesos que rechacen la normalización de los/las agentes educativos? Sin embargo, a su vez, esta pregunta genera otros entresijos como: ¿Qué identidades se hipervisibilizan y cuáles quedan al margen del régimen de visibilidad en los espacios educativos? ¿Qué secretos sociales –y sexuales– protegen los espacios educativos? ¿Qué silenciamos en nuestras prácticas educativas? ¿Cuáles son los temas que pretende ignorar la educación y cuál es su relación con los procesos de exclusión? ¿Cuáles son los sujetos cuyos deseos se ven vulnerados por los silencios y por la pretendida ignorancia de estos espacios?⁶

Esta variedad de interrogantes muestra más incertidumbre que respuestas esperadas, pero es una invitación a crear un lugar donde analizar un tema que, hasta el

6 Estas cuestiones tienen la intención de volver a interrogar la educación y sus espacios a partir de ciertas problematizaciones y cuestionamientos en torno a la categoría de identidad y su relación con el conocimiento, del que se sabe que está basado en binarismos, que establece jerarquías, persistiendo en un sujeto hegemónico que toma como parámetros de normalidad al sujeto varón, blanco heterosexual, burgués occidental, cristiano y adulto. Esto es, sostenido por la producción de procesos de invisibilización y exclusión de sujetos sociales como las mujeres negras, los pueblos originarios, niños/as lesbianas, gays, pobres, discapacitados/as y para el caso de Colombia, desplazados/as por la violencia y reinsertados/as en los grupos combatientes (guerrilla y paramilitarismo). Desde estas referencias se hace necesario preguntar qué papel cumple la heterosexualidad obligatoria en la clasificación y jerarquización de los sujetos en el espacio escolar y cómo influyen los discursos educativos en la conformación de las identidades.

momento, ha sido poco abordado en los discursos educativos en América Latina.

Para realizar un acercamiento a estos cuestionamientos proponemos tomar como eje de análisis dos elementos centrales: por un lado, la heterosexualidad como clave de identificación colectiva para el discurso escolar, y por el otro, los silencios que promueve y la ignorancia como política de conocimiento presente en los discursos escolares.

La idea central de este análisis es presentar la *matriz heterosexual* como una categoría de conocimiento que clasifica, define y establece los parámetros que regulan la identidad y la aceptación de los miembros de un colectivo, por lo que la diferencia sexual manifiesta dos límites para la emergencia de la identidad.

El primer límite está en la clasificación de los cuerpos en las categorías de sexo y el ordenamiento heterosexual del deseo, dado que el género, al propiciar una diferencia entre mujeres y hombres, ha sido encadenado a la heterosexualidad.

Este límite está centrado en la explicación de Teresa de Lauretis (2000, p. 35), quien expresa que el género y la sexualidad no son una propiedad adherida de los cuerpos o algo que existe originariamente en los seres humanos, sino el conjunto de los efectos producidos en los cuerpos, en el comportamiento y las relaciones sociales, debido a una compleja tecnología política que se sostiene sobre el «contrato heterosexual».

Este ha sido definido por Monique Wittig (2006, pp. 30-33) como aquel acuerdo entre sistemas teóricos y epistemológicos para no cuestionar el *a priori* de género y sostener que la relación sociosexual entre hombre y mujer sea el momento necesario y fundante de toda cultura. Es decir, el género quedó anudado a la heterosexualidad y omitió, de este modo, la construcción de sujetos heterosexuales como condición para su propia producción y sostenimiento. De esta manera, el género promueve un encadenamiento de significaciones que insiste en su estabilidad y permanencia. Así, existen dos sexos determinados por los genitales (pene/

vagina), dos cuerpos (varón/mujer), dos géneros (masculino/femenino) y un deseo. Todo ello con una dirección obligatoria y compulsiva hacia el sexo opuesto (heterosexual), que es lo que permite a dicha clasificación binaria de los seres humanos corresponderse con el imperativo social de regular la reproducción.

Un segundo límite de la *matriz heterosexual*, después de la clasificación de los cuerpos en las categorías de sexo y el ordenamiento heterosexual del deseo, es el efecto que tiene de incrementar la previsibilidad del comportamiento de los individuos. Generalmente, se acepta que la atribución de género es una característica ubicua y fundamental de todas las culturas y que se encuentra siempre presente en las interacciones cotidianas, puesto que la coordinación de los aspectos importantes de la vida social está basada en el género. Todo ello permite que los comportamientos de los seres humanos puedan ser regulados socialmente.

A través de una distribución de conocimientos autorreferentes, que se constituye y reconstituye a medida que es aprendida, la sociedad funciona como un modelo performativo en el que «todas las creencias sociales y todo el conocimiento son autorreferentes y constituyen a toda la sociedad» (Soley-Beltrán, 2009, p. 70).

Esta forma de entender la sociedad como performativa puede percibirse como un logro alcanzado por esta y que nos beneficia de forma particular porque disponemos de un conjunto de explicaciones reguladas, lo que hace que nuestras acciones estén implicadas en pensamientos compartidos por la colectividad. A su vez, nuestros comportamientos están mediados por un proceso reflexivo que nos permite calcular nuestras acciones de acuerdo con las categorías de interpretación con las que contamos.

Desde esta óptica, puede prestarse a confusión el creer que la *matriz heterosexual* es un mecanismo de reconocimiento que facilita la interacción social, que provee de categorías y de leyes de reconocimiento al actuar como mecanismo regulador de la sexualidad. También causa confusión pensar que el modelo de identidad generado por esa matriz permite predicciones fiables sobre cómo se

van a comportar los otros humanos, hasta llegar a concluir que la categoría facilita la interacción rutinaria en un contexto social sin que se logren percibir sus limitaciones al crear seres humanos identificables y, en cierta manera, predecibles.

La heterosexualidad encuentra en los sistemas educativos uno de los centros de mayor producción, reproducción y circulación de discursos, saberes y prácticas que la sostiene y propaga. En los espacios escolares es donde se despliegan una serie de rituales, símbolos, lenguajes, imágenes y comportamientos para constituir a los sujetos como heterosexuales y silenciar a aquellos que no respondan a esta norma social, razón por la cual la heterosexualidad debe ser analizada como norma. Además, tiene la capacidad de instalarse de forma tácita y sistemática, regulando múltiples discursos sociales, entre ellos el educativo, que define lo que es posible y pertinente aprender, y lo que resulta inconveniente saber.

La explicación que puede dar luz sobre qué es la *matriz heterosexual* y la importancia de su estudio es la aportada por Soley-Beltrán (2009), quien sugiere lo siguiente:

La *matriz heterosexual* es un *corpus* de categorías de conocimientos y prácticas definidas colectivamente; estas prácticas tienen una estructura circular y autorreferencial que se autovalidan. Sostengo que la matriz tiene la estructura de un lenguaje y que la estabilidad del significado de sus categorías funciona como un bien colectivo protegido por sanciones. Las categorías de conocimiento de la matriz definen y establecen los estándares normativos que regulan la aceptabilidad identitaria. Los miembros de un colectivo explican sus acciones y la de otros miembros citando y refiriéndose a este *corpus* de conocimiento. Así pues, los sujetos modelan sus identidades de acuerdo con las normas de la matriz y juzgan a otros a la luz de su conformidad con estos estándares de identidad. Además, el consenso con relación a sus categorías básicas se sostiene mediante la vigilancia reflexiva de la identidad de género (Soley-Beltrán, 2009, pp. 20-21).

Si recapitulamos las ideas anteriores podemos apreciar que lo más importante es que la *matriz heterosexual* es el *corpus* de categorías y lugares comunes que definen lo que se considera inteligible; por lo tanto, una identidad humana aceptable.

Obedecer este *corpus* de leyes tiene el carácter de obligación dentro de la *matriz heterosexual*;⁷ la identidad se afirma y se estabiliza mediante conceptos como los de sexo, género y sexualidad. Una identidad natural y normal se define con relación a las categorías de género. Dicho de otro modo, según Butler (1990, p. 115), se clasifica al individuo como sujeto humano en la medida en que se adhiere a una categoría aceptada de género. Así pues, los parámetros de género imperan como normas respecto a las cuales se espera que los individuos respondan para lograr la aceptación social.

La *matriz heterosexual* es un bien colectivo en el que nos sentimos forzados a identificarnos según sus estándares para poder ser «identificables» como humanos, y consideramos que debemos restringir nuestros comportamientos a los que los lugares comunes de la *matriz heterosexual* circunscribe como normas, con el fin de mantenernos dentro de los campos del yo. Del mismo modo, también se presupone que los otros están obligados a adecuarse a los lugares comunes que determina la categoría.

A su vez, se aprecia como un bien colectivo porque regula la reproducción, clasificando los cuerpos en categorías de sexo y performando deseos mediante la fragmentación del cuerpo erógeno. Además provee una base para las acciones sociales, ya que ayuda a hacernos más predecibles los unos a los otros al reducir las posibilidades del deseo sexual y al imponer estándares de identidad, roles y características.

7. Recordemos que, según Butler (2009, p. 115), aquellos que no encajan dentro de las categorías normativas de la *matriz heterosexual* no llegan a formar parte de la clasificación de humanos. Por el contrario, se les cataloga como abyectos. Lo abyecto es una realidad inclasificable que se sitúa fuera de un orden cognitivo de la *matriz heterosexual* porque no posee características cognitivas. Por lo tanto, todas las personas que ocupan este lugar fuera del orden del significado establecido constituyen el reino de lo deshumanizado, es decir, sin humanidad, cuya función es reforzar las normas de la *matriz heterosexual* y constituir sus límites externos.

Como puede verse, la *matriz heterosexual* funciona como una estructura de anticipación que se perpetúa a sí misma. Además, su tendencia es poner a prueba a quienes la utilizan, no a la teoría. Cuando ciertos individuos no encajan en la teoría de la matriz no son las categorías de conocimiento de la matriz las que se ponen en duda, sino el individuo (Soley-Beltrán, 2009, pp. 137-138). Así pues, la *matriz heterosexual* es una teoría que funciona como una estructura cognitiva, en la medida en que sus categorías de conocimiento forman una red de asociaciones que organizan y guían la percepción de los individuos.

Esa percepción de los individuos está definida por normas y las normas de la matriz se definen a partir de un acuerdo acerca de lo que son las normas, lo que a su vez está fundado en las explicaciones dentro de una lógica heteronormativa. Warner (2000, p. 220) introduce el término y el concepto de «heteronormatividad» como noción diferente a la de heterosexualidad. La heteronormatividad comprende:

[...] aquellas instituciones, estructuras de comprensión y orientaciones prácticas que hacen no solo que la heterosexualidad parezca coherente, es decir, organizada como sexualidad, sino también que sea privilegiada. Su coherencia es siempre provisional y su privilegio puede adoptar varias formas (que a veces son contradictorias): pasa desapercibida como lenguaje básico sobre aspectos sociales y personales, se le percibe como un estado natural y también se proyecta como un logro ideal o moral. No consiste tanto en normas que podrían resumirse en un *corpus* doctrinal como en una sensación de corrección –tácita e invisible que se crea con manifestaciones contradictorias, a menudo inconsciente–, pero immanente en las prácticas y en las instituciones (Warner, 2000, p. 220).

Así es como esta categoría pone de manifiesto la constitución de una normalidad heterosexual, de una dirección correcta y adecuada del deseo, de una identidad necesaria de todas las personas con «su» sexo. El poder coactivo de la heteronormatividad se hace evidente en los efectos de exclusión que produce. Las

sexualidades disidentes (homosexuales, lesbianas, transexuales) son un ejemplo de ello, pero también las mujeres y hombres deben estar sujetos a un imperativo de feminidad y masculinidad, ya que alejarse de dicho imperativo les supone una desidentificación y, en muchas ocasiones, violencias que se pueden ver reflejadas en un lenguaje de odio, en un lenguaje sexista.

La *matriz heterosexual*, como categoría de inteligibilidad a través de la heteronormatividad, demuestra presuponer una política opresiva que hace vulnerable a todos los sujetos, y que como garantía de eficacia nunca se formula explícitamente, presentándose como «natural» y normal. Por esta razón, en los discursos escolares se convierte en un elemento imperceptible en el aula, pues construye la normalidad solo mediante la producción y, paradójicamente, la expulsión de lo extraño. Asimismo, cataloga ciertos tipos de sexualidades y cuerpos como inteligibles y, por lo tanto, normales, mientras que otros tipos son relegados al dominio de lo impensable y de lo moralmente reprensible.

Siguiendo el análisis de cómo la heteronormatividad se convierte en un elemento imperceptible en el discurso educativo, hay que señalar que los/las estudiantes vienen a la escuela con una serie de convenciones que anticipan sus expectativas, es decir, ya llegan nombrados, traen marcado cómo es una niña o un niño. En términos lingüísticos, el escolar ya es un ser «condensado». A partir de aquí, la educación inicia un proceso que permite un desarrollo «armónico y equilibrado». De ahí que el conocimiento del cuerpo se presenta en el discurso educativo desde el inicio como un conjunto armónico y equilibrado, como un escenario normalizado. Por lo tanto, aquellos cuerpos que no tienen convenciones «normales» se enfrentan al desconocimiento y son considerados disidentes en el espacio educativo.

Britzman (2002, p. 197) llama a esta estrategia «normalidad exorbitante» (es el conocimiento que produce desconocimiento) y ocurre cuando el «otro» es representado bien como algo ininteligible, o bien como algo inteligible únicamente en un caso especial y, en consecuencia, nunca como alguien a quien le está autorizado formar parte del día a día.

La «normalidad exorbitante» se construye en el momento en el que se representa al otro como un espacio de desviación y violencia, como si fuera necesario contenerlo a través de políticas interpretativas que son el producto de la heteronormatividad. Además, ese es el interés que subyace a algunos discursos educativos para ignorar otros discursos y otras identidades no normativas. Asimismo, se utilizan como estrategias de represión, actitudes como el deseo de no saber, el no abordaje de las ideas o la separación de estas respecto a sus efectos. Esto se puede ver reflejado en frases como: «Eso debe tratarse con otros», «esa no es tarea de la educación» o «yo no sé nada de eso». De esta manera se sustentan la ignorancia y la negación de nuevas interpretaciones, pero la «ignorancia deliberada» se manifiesta precisamente cuando se trata de ocultar lo que se percibe como lo «no dicho», lo silenciado. Esa ausencia de habla aparece como una especie de garantía de la norma.

La producción de la normalidad, como señala Foucault (2006, p. 161), no es una «historia de las mentalidades, ni una historia de significados», sino «una historia de cuerpos», lo que significa que es una cuestión acerca de cómo pueden vivirse las relaciones sociales y cómo pueden imaginarse las políticas. Así, la normalidad consiste en la producción sistemática del binarismo y se instala como relación social hegemónica. La educación –como aparato de producción de narrativas repetitivas y confinamiento en la uniformidad– limita la forma de imaginarse y vivirse la cotidianeidad. Sin embargo, también puede configurarse como un espacio de producción de políticas y relaciones que habiliten la proliferación no jerarquizada de otras identidades y otros modos de vida.

En la búsqueda por configurar la educación como un espacio no jerarquizado en el que se pueda pensar pedagógicamente la identidad como un ámbito o espacio de emergencia cabe preguntarse si es posible la deconstrucción pedagógica de la normalidad a partir del análisis de la *matriz heterosexual* como bien colectivo.

Empezamos planteando que la normalidad se produce a sí misma como una uniformidad indistinguible que crea la otredad como condición para reconocerse a

sí misma. Por otro lado, la diferencia requiere la presencia de aquellos que ya son considerados subalternos, abyectos, siempre imaginados como sujetos carentes de algo. Para pensar una alternativa a estas afirmaciones es preciso prestar atención a dos de las estrategias pedagógicas que realizan las funciones normalizadas en educación. Una de ellas es el modelo de la información que se trabaja en el discurso educativo y la otra, las estrategias que la información utiliza para lograr el cambio de actitud.

La primera, el modelo informativo, se emplea en los discursos educativos, no es autorreflexivo, sino que estos discursos se socializan desde el plano de la evidencia. Esto indica que la reflexión y la vivencia de lo cierto no generan inquietudes. A su vez, el discurso de la información tampoco puede explicar las distintas confusiones que surgen cuando el sentido de cohesión y/o evidencia se convierte en un espacio en el cual los sujetos no se reconocen o el trauma que se desata cuando los discursos de los que se apropia para crear y reflexionar sobre las ficciones de la subjetividad dejan de tener sentido. Hay, por lo menos, dos ficciones reguladoras sobre la información como vía directa hacia el conocimiento que deben ser deconstruidas: la primera es que recibir información constituye un factor provocador y la segunda, que la información es un reflejo de la realidad.

En el discurso educativo, la recepción de la información no constituye un factor provocador para el estudiante, ni ayuda a comprender las contradicciones, las fuerzas, las tendencias y las posibles formas de solución de determinados problemas que se desarrollan en la realidad. El modelo en cuestión debe ser revisado, pues no es ya de recibo la idea de que la información neutraliza la ignorancia porque normaliza, lógicamente, el flujo comunicativo y los posibles cambios y disensos en el ámbito escolar. De ahí se deduce que tanto estudiantes como profesores acepten racionalmente nuevos conocimientos sin entrar en conflicto con los ya aprendidos. Si bien, este modelo de información puede expresar nuevos términos, crear discursos inclusivos, neutralizar el lenguaje y visibilizar personajes, hay que tener en cuenta que puede inducir a un conocimiento de lo «políticamente correcto», pero que no tiene más que una función representativa

para evitar la crítica de la exclusión y así logra obstruir el proceso de igualdad proporcional.

La segunda ficción concierne a la información como reflejo de la realidad. Esta ficción se convierte en un obstáculo porque no estimula la revisión de los términos, las imágenes y las representaciones sociales usadas por el discurso educativo para mostrar la realidad, lo cual limita la creación de espacios para examinar profundamente los instrumentos conceptuales usados para representar esa realidad.

Desde esta perspectiva se sitúa al conocedor dentro de lo normativo como si fuera una especie de voluntario que no recopila conocimiento porque esté en juego su identidad social, ni siquiera porque su propia identidad sea posible gracias a la opresión de los otros, sino que lo hace porque esta información puede protegerle de la ininteligibilidad de otras personas. De esta manera, el discurso que llamamos información pretende construir la compasión y la tolerancia como la posición subjetiva correcta, pero en realidad acaba dando lugar a la oposición binaria nosotros/ellos en términos más elaborados y normalizados (Birtzman, 2002, p. 213).

Al hilo de las reflexiones de esta autora, que plantea que las tácticas para el cambio de actitud que utiliza la información educativa son los sentimientos –que si bien son necesarios–, deben ser considerados como formas contradictorias y ambivalentes de pensamiento y no pueden existir sin convenciones discursivas y sin sus propias estructuras de inteligibilidad.

Los discursos que asocian valoraciones sentimentales y que se utilizan como transición hacia un cambio de actitud no nos proporcionan estrategias pedagógicas de la negación, como tampoco la manera en que las ideas y los hechos puedan desvincularse de los lazos emocionales.

Compartimos la propuesta de la autora de explorar las formas en que se imaginan las experiencias de aquellos a los que se les considera subalternos o abyectos,

porque significa examinar de nuevo lo normativo del día a día y reflexionar sobre lo que producen las bases del extrañamiento, además de descubrir nuevas formas de identificaciones que el discurso educativo «ignora».

En educación, para examinar lo normativo del día a día, el acercamiento entre intelectuales, investigadores y maestros es una necesidad apremiante. Todo intento de suprimir o relativizar esta distancia pasa por lo político y conceptual, pues este propósito modifica relaciones de hegemonía que han excluido, durante siglos, a los que saben de los que no saben y supone modificar el lugar que el maestro ocupa en la división social de los saberes. Por otra parte, supone también no analizar únicamente las escuelas y colegios desde las demandas externas, sino desde su reproducción, lo que hace imprescindible desplegar un campo de intersecciones que traduzca los lenguajes de las ciencias, los saberes, las experiencias, las prácticas y las culturas que habitan las fronteras de la Pedagogía y la Didáctica. En palabras de Dewey (1994, pp. 20-30), este campo acercaría a los maestros a las teorías generales, liberándolos de los particularismos que les impone la rutina diaria.

Una forma de acercamiento parte de hacer una invitación a concebir una pedagogía crítica como una forma imaginativa de llevar a cabo las prácticas interpretativas que todavía se preocupan de las prácticas de identificación y de las relaciones sociales, y como una técnica para reconocer la diferencia como una condición de posibilidad para crear una comunidad.

Referentes conceptuales para una práctica pedagógica crítica a partir de la idea de performatividad

Desde una dimensión descriptiva, las prácticas pedagógicas suponen la existencia de unos escenarios concretos (aulas), unos agentes (comunidad educativa) y un guión (los discursos educativos) que se ponen en marcha para poder escenificar una ley natural (en este caso la ley educativa), como lo es la de dotar de inteligibilidad y referentes de interacción social a los/las estudiantes a través de una labor intelectual. Todo ello pretende la aceptación/adecuación identitaria mediante ca-

tegorías de percepción y sistemas sociales de clasificación como las clases sociales, las taxonomías corporales, raza/etnia, etc. Pero esta ley no es estable, en la medida que se reitera, se cambia y se transforma desde dentro. Esto se ve en la iteración que subvierte en cada contexto y puede resistirse de múltiples formas, más allá de los binarismos existentes en los sistemas educativos. Bajo esta visión, es posible trastocar desde dentro el discurso educativo.

Considerar las prácticas pedagógicas como prácticas performativas, entendiéndose la performatividad como un método de trabajo que contemple el concepto de que la ley discursiva no es un universal, que siempre produce diferencias, aunque parezcan mínimas, y que presenta contradicciones y límites, permite reflexionar sobre una práctica que trabaje directamente las diferencias, las contradicciones y los límites, y que ponga en juego las diversas relaciones como elementos de la práctica pedagógica.

Esta visión pedagógica debe trabajar la articulación de las diferencias a través de ellas y su punto de articulación debe estar en la multiplicidad de frentes que se abran y se negocien en cada contexto. Lo importante es producir situaciones para que estos frentes se abran y se reinterpreten las experiencias de formas diferentes. Para ello es necesario entender la Pedagogía como una forma de traducción cultural, que sirva como un discurso provisional de significados, que sea capaz de ocupar una posición intermedia imposible de identificar, de mantenerse siempre en tensión. Ello supone irrupción, ruptura, negociación, aplazamientos para rearticular nuevos significados que pueden ser apropiados, interrumpidos y diseminados de nuevo. Este reto es una práctica pedagógica intermedia entre la articulación y rearticulación.

Desde este nuevo escenario es posible hablar de la Pedagogía como una forma de traducción cultural en donde el texto educativo se escenifica como una actuación política. La capacidad subversiva de la pedagogía crítica performativa consiste en la negociación constante entre el impulso dominador de actuación del texto educativo y la resistencia y reapropiación constante de los educandos. La

pedagogía crítica performativa debe actuar políticamente no por los contenidos a mostrar, sino por los mecanismos que pone en actuación. Para que se consiga esta constante traducción, su práctica política debe radicar en la capacidad de acción rearticuladora, de trabajos en red, a través de las posibilidades que abren las formas colectivas, las oportunidades que ofrecen las TIC. Estos espacios permiten trabajar la negociación y los conflictos, y considerar el espacio contextual de actuación como un conflicto de voz, agencia y empoderamiento.

También podemos decir que la pedagogía performativa tampoco se debe politizar solo con abordar trabajos sobre las diversas problemáticas y/o visibilizar temas. Menos aún estaría compuesta por la idea generalizada del carácter liberador y progresista de los agentes del cambio, por ejemplo, los/las docentes. Por el contrario, una política educativa performativa se articula a partir de la dimensión discursiva y el complejo social donde se produce la práctica cultural, siempre en relación con los mecanismos y discursos que se ponen en escena y su posible subversión.

Una pedagogía crítica performativa debe construir espacios de constante traducción, donde la producción/distribución de la cultura se negocie desde el intercambio de los agentes y posiciones dentro de un mecanismo que se investiga. Para ello implica entender que la relación pedagógica es un constante acto de investigación y producción colectiva de conocimientos, donde los materiales de trabajo e investigación sean, entre otros, las relaciones de poder y las resistencias implícitas, evitando el riesgo de caer en la construcción de discursos críticos o en narraciones «represivas» de la emancipación liberadora. También hay que tener presente que la mayor limitación de esta pedagogía es la representación de las voces, porque estas corren el riesgo de ser mediadas e instrumentalizadas por otros y con otros.

A modo de conclusión se hace necesario retomar la idea de que si las categorías ontológicas de identidad utilizadas hasta ahora no solo son insuficientes sino que encierran en su interior una violencia radical hacia lo otro, hacia aquello que no

se define según sus parámetros, es entonces fundamental un replanteamiento completo de estas construcciones.

En este sentido, una autora como Butler va a reivindicar un espacio de lo político, un lugar para la política en el que el punto de partida no sea ya la designada unidad identitaria, sino la diferencia, lo otro, lo diferente, todo aquello que desde un discurso de lo mismo se pretende callar, marginar, excluir, olvidar.

La idea de una identidad cerrada comienza a tambalearse. Como respuesta alternativa a la idea de sujeto, Butler apela a una identidad abierta, a una «política de la abyección» que permita a las diferentes subjetividades y a aquellas vidas hasta ahora ilegibles cobrar sentido y adquirir consistencia política. Es por ello que aportaciones como la revisión butleriana de la *matriz heterosexual* en las dinámicas de dominación de género, como herramienta de investigación educativa, permite la articulación y un análisis político que denuncia la heterosexualidad como un dispositivo obligatorio reforzado en el contexto escolar. En este contexto, obliga a mantener relegada la identidad sexual, la vida privada, anulando en los educandos el derecho para actuar en libertad en un ámbito público.

BIBLIOGRAFÍA

- Austin, J. L. (1998). *Cómo hacer cosas con las palabras*. Barcelona: Paidós.
- Bell, V. (2007). *Culture and Performance: The Challenge of Ethics, Politics and Feminist*. United Kingdom: Bergs.
- Britzman, D. (2002). La pedagogía transgresora y sus extrañas técnicas. En R. Mérida Jiménez (Ed.), *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*. Barcelona: Icaria.
- Burgos, E. (2002). Mujer. Mujeres. Figuras polisémicas en la escritura de Nietzsche. En Joan Bautista Linares (Ed.), *Nietzsche, 100 años después*. (89-112). Valencia: Pretextos.

Burgos, E. (2008). *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*. Madrid: Machado Libros.

Butler, J. (1990). Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault. En Butler, J. (1991). *Imitation and Gender Insubordination* en Diana Fuss (Ed.), *Inside/Out: Lesbian Theories, Gay Theories*. (575-578). New York: Routledge.

Butler, J. (1994). Gender as Performance. *Radical Philosophy, a Journal of socialist & feminist philosophy*, 67, 32-39.

Butler, J. (1999). La universalidad de la cultura. En Martha Nussbaum (Ed.), *Los límites del patriotismo. Identidad, pertenencia y ciudadanía mundial*. (59-66). Barcelona: Paidós.

Butler, J. (2000). El marxismo y lo meramente cultural. *New Left Review*, 1 (2), 109-121.

Butler, J. (2001a). Sexual difference as a question of ethics. En L. Doyle (Ed.), *Bodies of resistance* (59-77). Evanston, IL: Northwestern University Press.

Butler, J. (2001b). *Mecanismos psíquicos del poder*. Madrid: Cátedra.

Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.

Butler, J. (2003). *Butler, Laclau y Zizek: Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: FCE.

Butler, J. (2004). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Síntesis.

Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. España: Paidós Studio 167.

Butler, J. (2006). *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.

Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. España: Paidós Studio 168.

Butler, J. (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu Editores.

De Beauvoir, S. (2005). *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra.

De Lauretis, T. (2000). *Diferencias: Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid: Horas y Horas.

Derrida, J. (1981). *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos Editorial.

Dewey, J. (1994). *La opinión pública y sus problemas*. Madrid: Ediciones Morata.

Femenías, M. L. (2002) (Comp.). *Perfiles del feminismo iberoamericano*. Buenos Aires: Catálogos.

Femenías, M. L. (2003). *Judith Butler: Introducción a su lectura*. Buenos Aires: Catálogos.

Flax, J. (1995). *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios*. Madrid: Cátedra.

Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós.

Foucault, M. (1997). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.

Foucault, M. (2000). *El orden del discurso*. Barcelona: Fábula Tusquets Editores.

Foucault, M. (2005a). *Historia de la sexualidad*. Tomo 1. *La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.

Foucault, M. (2005b). *Historia de la sexualidad*. Tomo 2. *El uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Foucault, M. (2006). *Historia de la sexualidad*. Tomo 3. *El cuidado de sí*. Madrid: Siglo XXI.

Freud, S. (2003). *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de la neurosis*. España: Alianza Editorial.

Irigaray, L. (1981). *Speculum. Espejo del otro sexo*. Madrid: Saltés S.A.

Irigaray, L. (1990). *Tú, yo, nosotras*. Madrid: Cátedra.

Irigaray, L. (1994). *Amo a ti*. Barcelona: Icaria.

McNay, L. (1999). Gender, habitus and the field: Pierre Bourdieu and the limits of reflexivity. *Theory, Culture & Society*, 16(1), 95-117.

Nietzsche, F. (2000). *Sobre la utilidad y los perjuicios de la Historia*. Madrid: EDAF S.A.

Rich, A. (1996). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. *Duoda*, (10), 15-45.

Salih, S. (2004). *The Judith Butler reader*. USA: Blackwell.

Soley-Beltrán, P. (2009). *Transexualidad y la matriz heterosexual: un estudio crítico de Judith Butler*. Barcelona: Bellaterra.

Vailakis, I. (1995). A hungry wolf: The mask and the spectacle in Gabriela Mistral. In Agosín, M., *Gabriela Mistral: The Audacious Traveler*. (113-131). Athens: Ohio University Press.

Vasterling, V. (1999) Butler's Sophisticated Constructivism: A Critical Assessment. *Hypatia* 4(9), 17-38.

Warner, M. (2000). *The Trouble with Normal: Sex, Politics, and the Ethics of Queer Life*. Estados Unidos: Harvard University Press.

Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Egales.

de investigación se encuentran la propuesta teórica y metodológica de la escuela de Pierre Bourdieu y de la Sociología Crítica española, los estudios feministas y los movimientos sociales, especialmente el movimiento 15M. Recientemente ha defendido la tesis doctoral que lleva por título *Tomar la palabra en el 15M: condiciones sociales de acceso a la participación en la asamblea. Un estudio de caso*.

Jesús González Fisac

Profesor asociado de la Universidad de Cádiz desde 2009, investigador en el grupo de investigación "Sobre el problema de la alteridad en el mundo actual" (HUM-536) de la Universidad de Cádiz, España, e integrante de la RED-HILA. La obra de Judith Butler ha ocupado buena parte de su trabajo reciente impartiendo los cursos "Lenguaje y performatividad en Judith Butler. Hacia una política de la precariedad" (UCM, 2009) y "Judith Butler y la política del género" (UCA, 2011). Asimismo, ha organizado y participado, junto a Luis Alegre, en la "I Jornada Judith Butler" (UCM, 2013).

María Nohemí González Martínez

Doctora por la Universidad de Cádiz, en el marco de los Estudios de Género, Identidad y Ciudadanía. Investigadora del grupo "Sobre el problema de la alteridad en el mundo actual" (HUM-536) de la Universidad de Cádiz, España. Investigadora del Instituto de Investigaciones Científicas de la Universidad Simón Bolívar de Barranquilla. Coordinadora de la RED-HILA. Entre sus principales líneas de investigación se encuentra el estudio de la categoría de género y las implicaciones de su uso en la revisión de la categoría de identidad y su recensión en el discurso educativo latinoamericano.

El objetivo del texto es proporcionar una interpretación sociológica de la evolución de los pensadores y disciplinas dentro de las humanidades desde un marco más comprensivo, partiendo de la idea que existen los incentivos y las ventajas que llevan a los intelectuales estratégicamente en una dirección u otra dentro de una disciplina o campo, por lo que este trabajo se aleja de los esfuerzos anteriores en la sociología del conocimiento reduccionista que enmarca la ubicación del pensador dentro de un conjunto de estructuras sociales. Es desde esta perspectiva que el texto apuesta a visibilizar y traer la agencia de vuelta y en torno a los diferentes capítulos, se introduce la idea de la función de "auto-concepto" de la persona, que resulta ser la base para las decisiones que el intelectual hace dentro del contexto de las realidades y sus estrategias de ajuste del campo.



CARLOS FEDERICO MIRANDA MEDINA

Psicólogo, gestor de procesos editoriales y de escritura científica de la RED-HILA, Profesional de publicaciones de la Universidad Simón Bolívar de Barranquilla. Editor de esta obra.

JUAN GUSTAVO NÚÑEZ OLGUÍN

Investigador en el grupo de investigación «Sobre el problema de la alteridad en el mundo actual» (HUM-536) de la Universidad de Cádiz, España, e integrante de la RED-HILA. Editor de esta obra.

MARÍA NOHEMÍ GONZÁLEZ MARTÍNEZ

Doctora por la Universidad de Cádiz, en el marco de los Estudios de género, Identidad y Ciudadanía investigadora del grupo "Sobre el problema de la alteridad en el mundo actual" (HUM-536) de la Universidad de Cádiz, España. Investigadora del Instituto de Investigaciones Científicas de la Universidad Simón Bolívar de Barranquilla. Coordinadora de la RED-HILA. Editora de esta obra.



ISBN 978-958-8715-64-3

